

FRANCISCO
FRANCISCO

PALACIOS
PALACIOS



OCHO RELATOS QUE TE HELARÁN LAS ENTRAÑAS

Título original: «8»

© 2015 Francisco Palacios

Ilustración y diseño de portada: Marco
Gómez Gómez



1306265326916 «8»

ISBN-13: 978-1518704970

ISBN-10: 1518704972

Para contactar con Francisco Palacios:

fjpago@hotmail.com

Cuenta de twitter: **@fjpago**

Blog: **www.relatosdesal.blogspot.com**

Para contactar con Marco Gómez

Gómez:

marcgmz@hotmail.es

O visita su página en Facebook Art of
MAGG La presente novela es una obra

de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos en él descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

NOTA DEL AUTOR:

Querido Lector:

Estás a punto de adentrarte en las páginas de un libro que, quizá, no debería ser leído. Las criaturas más terroríficas duermen entre sus páginas, y

podrían despertar si no andas con ojo. Los 8 relatos de terror en los que vas a sumergirte contemplan las caras del miedo más visceral: locura, soledad, culpa... sentimientos que pueden convertir la vida de una persona en un calvario hacia la muerte.

Estos 8 relatos tuvieron distintos destinos, pero el mal quiso que confluyeran en esta obra.

Lector, ponte cómodo, abre el libro y no levantes la vista del papel. Cualquiera de los seres que lo pueblan podría haber escapado y estar acechándote entre las sombras... o podría estar esperándote agazapado debajo de la cama cuando te acuestes.

Francisco Palacios, Cádiz, 2015

Biografía del autor:

« Francisco José Palacios Gómez nace en Cádiz en 1978. Tras diplomarse en Relaciones Laborales, ejerce como gestor laboral desde 2004. Actualmente vecino de San Fernando, compatibiliza su trabajo con la escritura. En 2010 publicó su primer libro, Relatos de Sal (Neverland Ediciones). Hasta la fecha ha publicado otros tres libros (El alma que vistes, La Ira de Teresa, Corazón de Piedra: Hecatombe), y ha participado en varias antologías de relatos (Vampiralia, El Idioma del Miedo, Sueños de Acero Fundido, Supermalia...). La presente obra es la quinta en solitario. Y las que están por venir.»

A mi mujer, Sandra. Eres la mayor razón por la que intento vencer mis miedos, día tras día.

8

Mi vida gris

Nota del autor:

“LOCURA: Desperté y todos estaban muertos. Volví a los sueños para estar con mi familia. El cuchillo ensangrentado reposaba en la cama junto a mí”.

Imagina que todo el mundo dice que estás loco. Tu actitud, tus palabras, tus gestos, cualquier acto que realices son vistos por los que te rodean como fruto de esa locura que, supuestamente, te domina. Tú sabes que no estás loco, que los locos son los demás... pero se niegan a comprenderlo. La protagonista de esta historia, Melody, sufre una vida de tormentos, una vida dominada por un irrefrenable deseo de encontrar aquello que todos niegan pero ella sabe que existe. Métete en su piel y acompáñala en particular vía crucis. Quizás

acabes dudando de cuál es la verdadera realidad.

En el teatro de la vida, todos somos protagonistas de nuestra propia obra. Como en cualquier guion, hay un principio y un final, distanciados por una sucesión de hechos y diálogos, por escenas de amor, de drama, de sexo... Jamás faltan buenos ingredientes que aderecen la breve aventura. Y, cómo no, aparece un conjunto de personajes de lo más variopinto. En la obra de mi vida, el señor que vende números de lotería en la esquina del supermercado al que acudo habitualmente a hacer la compra, es un figurante. Jamás he intercambiado una palabra con él, pero ahí se encuentra, ocupando un hueco del escenario que podría estar vacío.

Contribuye a que la realidad sea más creíble. La profesora de mi sobrina es una actriz secundaria. Influye algo en la trama pero no tiene excesivo protagonismo. Mi marido y mi hermana son coprotagonistas. Muchas de las tramas de mi vida transcurren en torno a ellos.

No puede faltar el público que aplaude o abucea nuestras acciones. Ese público, que vitorea o silba indignado, es la conciencia.

Me gusta ver mi vida como si fuera una obra de teatro. Imprime la monotonía de cierta emoción. Quizás, en realidad, le da más sentido.

Las páginas en las que está escrita la obra de mi vida son grises. Mi público

me abucea a veces, pero desconozco el motivo.

—¿En qué estaba pensando, señora? —
El policía me observa fijamente. Es joven, y aún no se ha acostumbrado a los habituales sobresaltos de su profesión. Su enfado es evidente, pero también está consternado. No quiere imaginar qué podría haber hecho una desconocida como yo si hubiera logrado arrebatarse el arma—. ¿Ignora que quitarle la pistola a un agente de policía es un delito muy grave?

—No estoy loca —me defiende con aire despreocupado.

—¡Nadie dice que esté loca! —Levanta las manos con exasperación.

—Pues yo no sé qué pensar... —Su

compañero, un tipo regordete y entrado en años, examina el contenido de mi monedero, esparcido sobre la mesa. Sujeta la tarjeta de mi psicólogo entre dos dedos.

—¡Repito que no estoy loca!

—Se llama Melody García. Tiene como contacto de emergencias a un tal Rafael.

—La pantalla de mi móvil se refleja en sus pupilas.

—Mi marido.

—¿Es su marido este Rafael?

—¿Está sordo?

—Llamémosle y acabemos de una vez.

—El agente más joven suspira, agotado. Aún le perdura el miedo por lo que podría haber pasado. Sale de la habitación donde me han estado

haciendo preguntas. Como es la obra de mi vida, diré que me han interrogado, pero no me han ofrecido la asistencia de un abogado. Parece ser que tampoco estoy detenida. Mi marido viene a recogerme.

Los entornos, objetos y personas que inundan mi mundo son grises. Los colores que aprendí en el colegio se han vuelto meros recuerdos que se difuminan con el tiempo. El perro de mi hermano es gris. El cielo de mi ventana es gris, como grises son mis manos y mis ojos en el espejo. Por alguna razón que desconozco, un día me levanté y la realidad que me circunda había perdido el brillo del campo en primavera, la intensidad cromática del verano, el

mágico imperio del blanco sobre los demás colores en el invierno... Mi mundo amaneció con las débiles tonalidades del otoño, como una foto en sepia, y, pronto, se fue destiñendo hasta quedar en un triste gris.

Creo que empecé a darme cuenta de que algo raro ocurría cuando mi vientre se marchitó definitivamente. Siempre fue un horno defectuoso, aunque jamás quise aceptarlo. Después, cuando me arrancaba el cabello a mechones y me quedaba observándolos, inmóviles sobre la superficie gélida del lavabo como ardillas muertas, fui consciente de que mi vida había perdido definitivamente su rica pigmentación. Y la música.

Nunca había reparado en ello, pero si olvidas los sonidos mundanos y aguzas los oídos, puedes llegar a captar una cadencia maravillosa, una melodía sublime orquestada por los elementos, que da sentido a la vida. Cuando mi mundo se tornó gris, los instrumentos musicales del universo se desafinaron y, desde entonces, mi vida me tortura con una continua sinfonía estridente, demencial. Por más que tapo durante horas mis oídos con las manos y clavo la cabeza en la almohada, no logro que la discordancia cese. Es un continuo tormento.

Sé que soy un poco insoportable. La marca de mis dientes en el brazo de mi marido lo corrobora. Me entró la risa

cuando mi dentadura dibujada en su piel comenzó a sangrar. «A ti también te sangra la dentadura», le dije divertida. Él me miró con ojos furiosos, aunque sé que en el fondo me entiende y me ama.

El señor Martínez es mi psicólogo. Una buena persona. Cuando nos conocimos me insistió en que lo llamara por su nombre de pila, Juan, pero, para mí, la educación siempre es lo primero. Al señor Martínez deben de picarle las palmas de las manos. Se pasa toda la sesión acariciando su barba espesa, como si no lograra un peinado que le satisfaga. Seguro que esos pelos como alambres no solo le calman la picazón sino que, además, le arañan la piel. Una vez me culpó de sus arañazos, pero juro

que no tuve nada que ver. Su barba se burló de mí. Prometí cortarla en cuanto tuviera ocasión. Quizás entonces sí le llame Juan, porque estoy segura de que se quitará tantos años como pelos. A veces, durante las sesiones, el señor Martínez me habla de la posibilidad de hipnotizarme. Dice que quiere llegar a mi subconsciente para conocer el origen de mis problemas. Por más que le insisto en que no tengo ninguno, y que voy a visitarle porque mi marido se empeña en que lo haga, el señor Martínez no me cree. Tampoco se cree que tenga una llave que abre la puerta hacia una vida a color. Si no hubiera sido por esa verdad paralela, esa otra realidad, mi mundo se habría vuelto

completamente negro. Una eterna noche en la que las miradas devienen inútiles. ¿Qué haría en un lugar así? Volverme loca.

—Si me hipnotiza descubrirá los secretos que guardo en mi verdadera vida.

—Ésta es la verdadera vida —intenta razonar conmigo.

—¡No! —exclamo esbozando una amplia sonrisa, burlándome de su ignorancia—. ¡Esta es mi vida gris!

La llave de la que hablo es el sueño. Cuando la vida me vence y caigo rendida, una puerta se abre y me lleva a un lugar donde todo es posible. Entonces los campos recuperan su esplendor esmeralda, los océanos se disfrazan del

azul del cielo y las manchas de los perros vuelven a invadir sus pieles. El universo afina de nuevo sus instrumentos musicales y regresa la armonía. Es hartamente placentero abandonar la realidad triste y agotadora y regresar a mis sueños. En ellos, beso de nuevo a Carlos, mi primer amor. También logro finalizar con éxito mi carrera universitaria, y ejerzo de valiente periodista en el frente durante la guerra. Surfeo olas imposibles y me lanzo en paracaídas desde mil metros de altura. Agarro una nube y la devoro. Está dulce.

No quiero despertar. Abro los ojos y veo el rostro gris de mi marido. De nuevo, la sucesión de notas desafinadas me ensordece. Tengo náuseas.

En uno de mis viajes interiores llegué a un campo de flores. Cerca de un muro de piedra invadido por el musgo, se situaba un jardín de margaritas. Algo llamaba su atención, pues susurraban palabras ininteligibles desde donde me encontraba. Cuando me acerqué para averiguar qué ocurría, descubrí que hacían corro a un niño pequeño. Acariciaban con sus pétalos inmaculados el rostro rechoncho del bebé. Debía de tener cinco o seis meses. Su carne regordeta se agitaba al compás de sus piernas y sus brazos. Me miró y me sonrió. Sus ojos azules eran como los de Rafael, mi marido. Me pasé todo el sueño acunándolo entre mis brazos.

Cuando desperté, el vacío de mi

pecho resultó demoledor. Pataleé y protesté para que Rafael me dejara seguir durmiendo, pero mi hermana había venido para llevarme de paseo. Estuve enfurruñada todo el día.

Allí, en mi vida a color, siempre luce el sol, que tiñe de un dorado vivificador todo lo que toca. El sol me acaricia el rostro con sus brazos cálidos, y la brisa veraniega juguetea con mis cabellos. En mis sueños he recuperado el pelo. Derramé lágrimas de felicidad cuando el bebé que cuido me llamó «mamá». Mi llanto cayó en torrente en una depresión del suelo, junto a una encina. Formó un pequeño estanque donde bañé a mi niño. Jamás fui tan feliz.

El señor Martínez no quiere entenderme. Me dice que me aleje de mis sueños, que ese niño no existe y que es producto de mi imaginación. Creo que no acepta el fracaso de sus métodos. Dice que tiene miedo. Teme que un día no consiga regresar de mis sueños o que contacte con mi parte negativa, aquella capaz de hacer daño. Yo río sus ocurrencias y miro mi reloj de pulsera, impaciente por regresar a mi cama, al abrazo de mis sábanas. Mi niño me espera.

Creo que mi hijo tiene hambre. Lo dejé junto al estanque, al cuidado de las flores, y me encaminé por un pasillo formado por dos muros de piedra que parten el campo por la mitad. Llegué a

un cruce de caminos, donde hallé un cartel que indicaba distintas direcciones. Una de ellas llevaba hasta un lugar llamado «cocina». Me encaminé hacia allí.

Durante nuestro segundo aniversario de bodas, cuando empezamos a hablar de la posibilidad de tener hijos a corto plazo, cuando aún ignorábamos que en el guion de mi existencia no aparecían hijos legítimos, al menos en mi vida gris, fuimos a disfrutar de unos días en un hotel de lujo. Por aquel entonces yo era una mujer a la que le encantaba la diversión. El complejo hotelero era inmenso y pronto me aventuré en sus entrañas, cual arqueóloga que se internase en las ruinas de una

civilización perdida. Rafael intentó disuadirme, pues siempre había sido mucho más responsable que yo. No obstante, soy un potro indómito, por lo que ignoré sus advertencias. La aventura me llevó hasta las cocinas del hotel, ubicado en lo más profundo de las instalaciones. Igual de inmensa que aquella cocina era la que se presentaba ante mis ojos.

Rebusqué por los cajones hasta hallar lo que quería: un biberón. Una colosal nevera custodiaba alimentos de todo tipo. Cogí un bote de leche, la calenté y la volqué dentro del recipiente. También cogí un pastel de nata. Los tengo prohibidos por mi médico, pero lo devoré con ansia. Regresé al estanque

con el estómago lleno. Allí esperaba mi bebé, con la eterna sonrisa en el rostro. Lo acuné de nuevo y le di su biberón. Ambos eructamos satisfechos.

La música perdió su forma y el mundo sus colores. De nuevo, estaba despierta.

Durante un buen rato lloré amargamente. Por más que quise conciliar de nuevo el sueño, no pude. Necesitaba pastillas, pero mi marido vació el botiquín en mi primer intento de huir de la vida gris. De suicidio, como le gusta calificarlo a Rafael.

Buscando una postura cómoda para regresar a mis sueños, metí la mano debajo de la almohada. Entonces lo encontré. Mis dedos acariciaron una superficie suave, sólida y alargada.

Extraje el objeto y quedé maravillada: era el mismo biberón con el que había alimentado a mi bebé.

No sé si he dicho ya que adoro los dulces. De vez en cuando, tras alimentar a mi bebé, hacerle unos mimos, hablarle bajito mirando sus ojos del color del firmamento, regreso a esa cocina y cojo algunos pasteles de nata. Los deposito a mi alrededor, sentada en el borde del estanque con los pies metidos en el agua. Cuando regreso a la vida gris, los pasteles de nata están en el cajón de mi mesita de noche y mis pies mojados humedecen las sábanas.

En la encrucijada hay más destinos. Uno de ellos me llevó a un castillo de muros elevados y argénteos, cegadores

cuando la luz del astro rey los baña. Sus torreones desaparecen en el cielo, de tan altos. El portalón es inmenso, como la entrada a la casa de un gigante. El puente levadizo está tendido y el rastrillo, alzado, invita a franquearlo. Cruzo un amplio patio, lleno de fuentes que escupen refrescantes chorros de agua, y me dirijo hacia una torre central, la torre del homenaje del castillo. Su puerta también está abierta. Penetro y asciendo los escalones que dibujan una espiral infinita. Tras el último peldaño se encuentra una nueva entrada que me lleva a un salón en el que decenas de vigas de madera sostienen unos techos invisibles a los ojos, brumosos de tan arriba que se encuentran. Las aves han

anidado en ellos; las oigo cantar y revolotear.

En medio de la estancia hay un cofre. Maldigo el día en que lo abrí.

Hacia el sur, en dirección opuesta al lugar donde se ubica el castillo, el verdor de los prados empalidece. El cielo se torna oscuro, y espesas nubes de tormenta, negras como la obsidiana, estallan en ensordecedores truenos que arañan la tierra árida. A lo lejos diviso una inmensa montaña, cuyo pico se oculta entre las nubes. El terreno comienza a elevarse, primero imperceptiblemente, luego cada vez de manera más pronunciada, tanto que, pronto, me duelen las piernas del esfuerzo que hago al avanzar. Cuando

me fallan las fuerzas, el aterrador rugido a mis espaldas me impele a seguir.

Acuno a mi niño contra mi pecho. No quiero preocuparlo pero, cuando no soporto el miedo y mis lágrimas escapan del confinamiento de mis párpados, mi bebé levanta una manita y me las limpia. Luego me sonrío. El gesto me da fuerzas para continuar.

Lo oigo caminar.

Está cerca. Me acecha. Nos acecha. Nunca tendrá a mi hijo. Puedo oler su hedor insoportable. Apesta a carne podrida. Hiede a muerte. Está tan cerca que casi lo tengo encima. Salgo del camino de tierra y pego mi espalda contra un árbol, en el lado contrario a la senda. Rezo porque no nos

encuentre.

Gruñe. Su gruñido es gutural y prolongado. Sé que tiene hambre, pero no cogerá a mi hijo. Lo juro por mi vida. Despierto de un sobresalto. Mi marido está sobre mí. Me hace daño. Lo empujo y le grito.

—¿Qué te pasa? —pregunta preocupado. Me mira con los ojos abiertos, el rictus espantado—. Estabas gritando...

—¡Tengo que dormir! —Recuerdo a mi niño. Lo he dejado a merced del monstruo que habita mis sueños.

—Luego. Tenemos que ver al psicólogo. La cita es hoy.

—¡No! —chillo desesperada.

Vuelvo a acostarme, pero Rafael es más

fuerte. Intenta obligarme a que me vista. Una patada en el estómago le disuade. Sale de la habitación. Yo me acuesto y aprieto los ojos.

Regresa antes de que consiga dormirme y me dice que el señor Martínez está en camino. Ha aceptado realizar la sesión en casa.

—Voy a lavarte los pies. Anoche te acostaste con los pies sucios. —Vuelve a salir del dormitorio.

Observo mis pies llenos de tierra.

A pesar de la sinfonía caótica que me aturde, escucho la conversación que mantiene el señor Martínez con Rafael. Dice algo de internarme. No me importa. ¡Qué más me da estar confinada entre los muros grises de mi casa que entre

los muros grises de un manicomio! Lo único que quiero es volver a mis sueños, a la magia, al color, a la armonía...

Mi marido no se aparta de mí en todo el día. Intenta cuidarme; ignora que no puede hacerlo. Las horas transcurren lentas. Las paso asomada a la ventana, empujando hacia abajo el sol con la fuerza de mi mirada, hacia las techumbres de las casas que se extienden hasta el horizonte. Fantaseo con que la bola gris se clave en ellos y se desinfe. Daría lugar a una noche perpetua.

He vuelto a mis sueños. Mi hijo no está en el camino que dejé al despertar. Una fina llovizna comienza a borrar el rastro de unas huellas de gran tamaño.

Están rematadas por unas garras afiladas. Continúo el ascenso tras las huellas. Se pierden en la boca de una gruta. Una intensa pestilencia me golpea la nariz. Me la cubro con las manos. Desde la entrada se adivina una profunda oscuridad. «¡Ojalá tuviera una linterna!», pienso compungida. Entonces me percato de una sombra junto a la pared interior de la cueva. Me acerco con mucho cuidado. Las cuencas vacías del esqueleto me sobresaltan. Cuando recupero el resuello, examino lo que parece el cadáver de una persona: su pantalón por encima de las rodillas, su camisa de mangas cortas, sus botas hasta el tobillo y su gorro circular, todo de color avellana, revelan que se trata de

un explorador. Un explorador muerto. Ignoro su cantimplora, pero cojo su linterna sin pensarlo. Funciona.

El haz de luz dibuja un círculo de piedra. Lo arrastro sobre la pared, bosquejando depresiones en la roca, hasta que se pierde en un túnel situado frente a la entrada. Apunto hacia el suelo: más huellas.

Recorro un buen trecho, descubriendo sobre mí amenazantes estalactitas con puntas de aguja y agujeros profundos en el suelo, que sorteo por los pelos. Entonces oigo un llanto que proviene de lo más recóndito de la caverna. Me apresuro a seguir las quejas lastimeras. De pronto regresa el silencio. Luego, toma el relevo un

gruñido grave. Está cerca. El túnel continúa hacia adelante, pero en un lateral se abre un recodo. El sonido viene del final del nuevo camino.

Apago la linterna y espero unos minutos para que mi vista se adapte a la oscuridad. Incomprensiblemente, al cabo, veo perfectamente. Distingo mis manos ante mí. Agito sus diez dedos. Agarro la linterna como si de una porra se tratase, dispuesta a propinar un buen golpe a la bestia, y me interno en el nuevo camino. Es corto. Desde lejos diviso una espalda hercúlea, cubierta de un pelambre rojizo. Una cola extensa, repleta de protuberancias cónicas dispuestas en hilera desde la punta del rabo hasta la zona en que se une con la

espalda, se agita de un lado a otro. Me recuerda al gesto de un perro feliz. Dos cuernos surgen de la parte superior de su cabeza y se entrelazan en el centro.

De repente se vuelve. Nuestros ojos contactan. Los suyos son gélidos, inexpresivos, pequeños y oscuros. De su hocico felino sobresalen dos peligrosos colmillos. Olfatea el ambiente. No repara en mi presencia. Se gira y continúa con lo que estaba haciendo. No me ha visto. Por alguna razón yo veo en la oscuridad, pero él no. Recorro los pocos metros que nos separan sin hacer ruido. Apesta a cadáver.

Rodeo su amplio cuerpo para ver qué lo mantiene ocupado. Me llevo las manos a la boca, aterrada.

Reprimo un grito de horror. Noto las lágrimas cálidas bañar mis manos. Ante la bestia se encuentra el cuerpo mutilado de mi hijo. Está desmembrado; tiene el estómago abierto, y las tripas asoman como un puñado de gusanos. Aquel ser infernal devora una de sus piernas.

Mi cabeza niega en silencio. El cadáver de mi hijo me observa con ojos vacíos. Me sonrío con tristeza.

Doy varios pasos hacia atrás, impactada con la visión. Piso una piedra y caigo. El monstruo oye el ruido. Suelta la extremidad a medio comer y se dirige hacia mí. Me alejo de él gateando, procurando no hacer sonido alguno. Me armo de valor, cojo los despojos de mi niño y corro hacia la salida.

Cuando surjo al exterior, la llovizna ha mutado en tormenta. El intenso aguacero se entremezcla con mis lágrimas. Un espantoso trueno ahoga mi alarido de desesperación.

Las margaritas lanzan pétalos al estanque, en sentido homenaje por mi hijo muerto. Sus restos se hunden en lo más profundo de las aguas saladas. Araño la tierra y grito al cielo índigo. Los rayos del sol me arropan y duermo en el sueño.

Rafael está preocupado. Me ha examinado de arriba abajo, alertado por las manchas de sangre que ha descubierto en mi pijama. Quedó desconcertado cuando comprobó que no tenía ninguna herida. Lo ha comentado

con el señor Martínez por teléfono. No sé qué habrán decidido, pero yo me mantengo inmóvil. Estoy sumida en mis pensamientos. Tengo miedo. El señor Martínez llevaba razón. He despertado a un monstruo. Lo he sacado del baúl de mis pesadillas. Si me persigue hasta mi realidad gris, Rafael puede correr peligro. Tengo que hacer algo. Los deseos de venganza me dan las fuerzas que necesito.

Mi marido me ha limpiado con una toalla. Cuando está en la cocina preparando el almuerzo, me visto y salgo de casa a hurtadillas.

Intenté robar la pistola a un policía, pero no tuve éxito. No importa. Tengo un plan secundario.

Rafael me ha reñido. Está muy enfadado conmigo. Me dice que jamás vuelva a escaparme, que si quiero ir a algún lado, se lo diga, que él me llevará a donde necesite. Se acuesta a mi lado, enojado. Le doy un beso. Percibo su sorpresa. Hace meses que nuestros labios no se encuentran. Duermo.

También en mi sueño es de noche. El viento sopla furioso, despeinando los campos. A lo lejos, en dirección a la montaña, se distingue una seria tormenta. Puedo ver los fogonazos de los relámpagos en el horizonte. Me encamino hacia el lado contrario, hacia la encrucijada.

Un cartel señala el sendero hacia la cocina. Otro, hacia el castillo. El

tercero, el que aún no he recorrido, no tiene nombre.

Lo transito rápidamente, extasiada con todo lo que me ofrece. Veo mi vida como si fuera una película. Una obra de teatro. Veo las múltiples posibilidades, las opciones que nunca tomé. Me desvelan qué hubiera sido de mí de llevar a cabo las decisiones que siempre aplacé. Luego, los deseos. El camino me descubre los deseos que albergo en mi interior, hasta los más ocultos y vergonzosos. En uno de ellos aparezco con una pistola en la mano, disparando en plena cabeza al monstruo que devoró a mi hijo. La sensación de venganza es reconfortante. Cuando mi imagen me ve, se acerca y deposita el arma en mis

manos.

Sé lo que tengo que hacer.

Vuelvo sobre mis pasos y tomo la dirección hacia el castillo.

EPÍLOGO:

El joven policía no entiende qué ha podido suceder. Solicitó permiso a su capitán para acudir, con los compañeros encargados del caso, al domicilio de esa mujer, Melody García. El cadáver de su marido se encuentra en la cama.

—¿Qué tenemos? —pregunta a uno de los agentes que regresa del interior de la casa.

—Poco —responde con un gesto de extrañeza—.

El hombre está muerto. Aquello es una carnicería.

Hay sangre por todas partes. Hemos encontrado una

pistola sobre la mesita de noche.

—¿Ha muerto de un disparo? —Cae en la razón

que empujó a la mujer a intentar robarle su arma. —No. Tiene un profundo corte en la garganta...

como si le hubieran abierto el cuello de un mordisco.

Sin embargo, y según parece, no tenían perro ni otro

animal peligroso.

—¡Cielo santo! ¿Y la mujer?

—Ni rastro. Los vecinos no la han visto, y no

sabemos dónde puede estar. Todos sus objetos personales están en la casa... el teléfono, su carné...

Incluso hemos encontrado un biberón bajo la almohada, y tampoco tenían hijos.

—¡Sí que es extraño!

—Pues no sabes lo peor. La habitación tiene un olor terrible. Creo que son esos manojos de pelos rojos los que apestan. ¿De dónde diablos habrán salido?

...

En las noticias aparece la fotografía de la desaparecida. Es evidente que

pertenece a los buenos tiempos, cuando aún conservaba su buen físico, antes de que la enfermedad arrollase su juventud.

La panadera sabe de quién se trata. Es la mujer que actuaba de manera tan extraña, y que compraba pastelillos de nata; la misma que sufrió una paulatina degeneración corporal y mental. La misma cuyo marido acudió un día al comercio para prohibirle que le vendiera más pastelitos de nata a su esposa porque los tenía vetados por su médico. La misma que, según sospechaba, había robado un biberón del carrito del bebé de otra clienta.

¡Vampiros!

Nota del autor:

“SUMISIÓN: Me rebelé y el dolor me invadió cuando cortaron mis manos como castigo. Decidí rendirme y ya no sentí más dolor, porque me arrancaron la piel a tiras”. Abres la puerta de tu casa y compruebas que el mundo ha sido devastado. Una hueste de seres tenebrosos siembra el terror en toda la Tierra y domina a la humanidad. Sabes que ya nada será lo mismo, a no ser que luches contra ello. Pero descubres que la fuerza que lidera a las bestias tiene un poder sobrenatural. Caes en la cuenta que la única manera de vencer es someterte a su poder... y perder tu humanidad para siempre. La sumisión es vida. La insurrección, muerte. ¿Qué decides?

La piedra había contagiado el frío a su corazón.

Tenía la boca pastosa y seca. Notaba la saliva adherida a su lengua y a su paladar, como el chicle que se niega a desprenderse de entre el asfalto y la suela del zapato. Pasó sus manos

cenicientas, de uñas afiladas, por un rostro agotado.

No quería salir del ataúd.

Si lo hacía, cometería un nuevo asesinato.

La luz del sol, tan cálida, tan agradable, se filtraba

por los resquicios de la madera podrida. Su ciclo de descanso había finalizado, aunque llevaba dos días y dos noches negándose a emerger al mundo de los vivos. Pero era incapaz de soportar el encierro por más tiempo. Algo en su interior le decía que era la hora.

La puerta del ataúd emitió un lúgubre quejido. En la nube de polvo se dibujó una silueta: su silueta, un ser

achaparrado, de perfil agudo, desagradable protuberancia en la espalda, brazos largos, ataviado con un traje oscuro de una época remota. Posó un pie sobre el suelo helado del sótano y, sin andar, ascendió las escaleras enmohecidas. El ensordecedor silencio del exterior pugnaba por penetrar a través de un minúsculo tragaluz relegado al encierro de unos barrotes.

Recorrió las estancias deslizándose. Antes de llegar a la puerta de la calle, un ronroneo llamó su atención. Desvió su trayectoria y entró en la estancia pestilente que un día llamó cocina. Los ojos inyectados en sangre de uno de sus perros le devolvieron la mirada. Meneó su ridículo rabo al ver a su amo.

Enseguida, continuó masticando la mano humana que tenía entre las fauces. El resto del cuerpo del cazador de vampiros estaba descuartizado, algunas partes sobre las baldosas descoloridas, otras trituradas entre los dientes de sus perros guardianes.

Un amago de sonrisa arrancó un crujido a su piel cuarteada. Intentó felicitarles, pero hacía tiempo que había perdido la capacidad verbal. Su garganta podía emitir poco más que simples gruñidos. Tampoco le hacía falta otra cosa, porque los canes y él se entendían perfectamente con el lenguaje de la mirada, lengua utilizada por los astutos seres de las sombras. Si no hubieran detenido a ese cazador, a todas

luzes desinformado, todo se habría ido al traste.

Por fin salió al exterior. La luz del sol lo reconfortó. En el mismo momento en que puso el pie en el porche de la casa, una joven se abalanzó sobre él.

—¡Conviérteme! ¡Quiero ser como vosotros! — insistía con los brazos fuertemente apretados en torno a su cuerpo menudo, los pechos contra su rostro y lágrimas de emoción salpicándole el cráneo.

Él no dijo nada (no podía). Separó con ternura a la chica y elevó su semblante desvaído hacia ella. Se trataba de una hermosa adolescente de cabellos dorados y conmovedoras pecas. Por segunda vez en el día, intentó

mostrar una sonrisa, pero el gesto quedó a caballo entre la indiferencia y la irritación. No obstante, la joven comprendió. Se apartó los cabellos con una mano, dejando al descubierto un cuello níveo y esbelto. En otra época se habría excitado, pero en esa fase de su vida solo le excitaba una cosa: el sabor de la sangre. Sin pensarlo dos veces, su parte animal tomó el control y sus colmillos atravesaron la carne con la facilidad de agujas hipodérmicas. Notó a la joven temblar de emoción. Estuvo un buen rato succionando, transfiriendo a su cuerpo la sangre fresca de la chica, que se mezclaba con su sangre podrida. Percibió que la joven perdía las fuerzas poco a poco. Al final desfalleció entre

sus brazos. Él la depositó en el suelo con delicadeza. Las lágrimas bañaban el rostro inerte de la muchacha y humedecían su sonrisa serena. Estaba muerta, aunque su muerte había sido muy dulce. Había traspasado las fronteras del Más Allá colmada de felicidad. Meneó la cabeza de lado a lado, dominado por la pesadumbre. El amor idílico y desbocado de los protagonistas de *Crepúsculo* había hecho mucho daño a la juventud. No obstante, hacía tiempo que su conciencia había muerto. Tenía que alimentarse. Ese día más que ningún otro. No eran pocas las mañanas que se encontraba con uno o varios adolescentes esperándolo fuera de su casa para que los convirtiera en lo que

él era. Pero a él no le gustaban las responsabilidades. Era un solitario.

Se deslizó sobre las calles abandonadas de la ciudad. El musgo había invadido los muros de los edificios, enverdeciéndolos como gigantescos y pétreos tallos de flores. Se sabía observado desde detrás de algunas ventanas: los pocos humanos de la ciudad que habían logrado resistir se resguardaban inútilmente de «la peste», como habían venido a llamar a la sucesión imparable de muertes que asolaba la urbe desde mucho antes de que tuviera memoria. Intentaron detener aquello que acababa con las vidas de sus seres queridos, pero era imposible. Cuando quisieron darse cuenta,

quedaron atrapados en la ciudad moribunda. Ahora no había escapatoria. Él lo sabía. Ellos lo sabían pero, no obstante, se aferraban a la cotidianidad de sus domicilios como último bastión para la supervivencia. Sin embargo estaban condenados. Era inevitable que encontraran el fin, bien auto infligido, bien bajo las garras de uno de los de su especie. Porque estaban vigilantes día y noche. Al contrario de lo que aseguraban las películas, el sol no los destruía, sino que les insuflaba la energía necesaria para soportar la noche. No era raro encontrar agrupaciones de vampiros bajo la luz del mediodía, inmóviles como un campo de espigas marchitas. Así que, fuera la

hora que fuere, ellos rondaban a los vivos en busca de un poco de alimento. Alimento fresco y caliente.

En su paseo matutino llegó hasta una de las plazas centrales. Lo que pareciera brisa no era otra cosa que los susurros de los de su raza. Cientos de ellos se habían congregado un día más para probar fortuna ante Madre, la primera de su especie que había puesto el pie en la Tierra. La plaza estaba abarrotada: múltiples cabezas blancas como la luna llena se agitaban compulsivamente, algarabía fruto de la excitación por el olor a sangre de los sacrificados y el ardor por el aroma a hembra. El aroma de Madre.

Allá, en lo más alto de una

escalinata y protegida por la imponente fachada de una catedral, Madre abría en canal, con sus uñas, las gargantas de los desdichados, desde las que se desbordaban ríos escarlatas que se apresuraba a recoger entre sus labios agrietados. Guardaban la paz del banquete unos seres tenebrosos cuya simple visión causaba pavor. Eran ellos quienes habían propagado la peste por toda la Tierra. Eran ellos, con su energía oscura, quienes mantenían a los vampiros, a los humanos convertidos, encerrados entre la vida y la muerte. Eran ellos los causantes del apocalipsis, del fin de la humanidad.

Madre era un ente terrorífico. Los mechones de su cabeza, ásperos,

inmundos, se revolvían como víboras venenosas; su rostro apergaminado supuraba un líquido ambarino cuyas gotas disolvían todo aquello sobre lo que venían a caer. Iba desnuda: su voluptuoso cuerpo tenía una tonalidad mortecina, como de noche cerrada, y despedía un hedor nauseabundo. Era la Madre de la Muerte.

No obstante, todos los congregados en la plaza emitían siseos excitados y se hallaban dominados por un incontrolable temblor, sumidos en una especie de ritual de apareamiento que los mantenía extasiados. Todos aspiraban a aparearse con Madre. El fruto del apareamiento: más seres tenebrosos que extenderían con mayor rapidez el reino de terror de

Madre por todo el planeta.

Había perdido la cuenta de los meses que llevaba acudiendo al ritual, pero hasta ese día no había tenido suerte. Hasta ese día, porque Madre elevó un dedo trémulo y lo señaló directamente a él. Había sido elegido.

Los demás congregados gruñeron, suspiraron, se estremecieron y lanzaron gáñidos al sol. Luego abrieron un pasillo para que pudiera acceder hasta la escalinata.

No tenía miedo. No sentía asco. Se sorprendió tremendamente estimulado, preparado para la procreación con aquel ser del averno. Ascendió las escaleras de roca gastada. Ella le miraba con ojos de fuego. Con ojos de deseo. Los seres

oscuros le cerraron el paso y lo examinaron de arriba abajo. Un miedo infinito se alojó en su corazón putrefacto. Luego le arrancaron la ropa. Desnudo, con la estaca enhiesta, desproporcionada, siguió a Madre hasta el interior. El ardor que le recorría todo el cuerpo nublaba su vista, pero se obligó a centrarse. Flanqueados por los bancos, llegaron a un altar del que había sido arrancado un antiguo crucifijo. Las velas estaban apagadas. La penumbra invadía hasta los rincones más ocultos. Madre se tendió sobre el altar y mostró su sexo: una cavidad repugnante que latía de deseo.

Él había nacido dos veces. La primera, de una madre humana. La

segunda, por mor de una infección tras un mordisco en su yugular. No fue casual. Antes de su segundo nacimiento se dedicaba a cazar vampiros. Los perseguía, los destruía, pero pronto fueron miles y, quienes luchaban contra ellos, se vieron desbordados. Por lo tanto, decidió dedicarse a un estudio profundo de la plaga, en busca de una raíz común, de un principio. Poco a poco el número de cazadores de vampiros fue menguando, asesinados a manos de los monstruos. Pero para entonces había logrado averiguar datos muy interesantes. Quienes despertaban el gen animal, el gen maldito en los humanos, no eran otros que los seres tenebrosos hijos de la vampira original;

ellos eran los que posibilitaban la vida a los vampiros, aportaban esa energía sombría que prolongaba sus existencias más allá de la muerte, y dotaba de capacidades sobrenaturales a los de su especie. Los seres tenebrosos eran muy difíciles de matar, aunque una vez logró atrapar a uno de ellos y acabar con él. Milagrosamente, quienes habían sido convertidos en el pueblo donde moraba, volvieron a ser humanos. Si los destruía a todos, la plaga se detendría y los vampiros recuperarían su humanidad. El problema fue que se estaban multiplicando. Madre se reproducía. Por tanto, tomó una drástica decisión. Debido a que jamás lograría llegar hasta ella como un simple mortal, atrajo a un

vampiro y, antes de eliminarlo, se dejó infectar. Luchó contra una corriente mortal que le freía el cerebro y, tras horas de agonía, logró mantener dentro de sí un resquicio del hombre que una vez fue. Conservó la memoria, y no olvidó su objetivo. Entonces comprendió algo terrible: Madre era inmortal. No había posibilidad de acabar con su vida. Era una sabiduría heredada de otros vampiros, una sabiduría congénita que había despertado con la infección. Comprendió que solo le quedaba una solución. Los pocos supervivientes esperaban su último acto, un acto de desesperación.

Luchando contra un deseo que le

dominaba por momentos, se acercó a Madre. Ella emitió un arrullo prolongado, paladeando lo que iba a ocurrir. Lo que creía que iba a ocurrir.

Con un movimiento seco, introdujo violentamente su mano y parte de su brazo en el interior de Madre. El monstruo gritó e intentó incorporarse, pero él extrajo rápidamente el brazo de su vagina, de la que surgió un líquido infecto que agujereó el suelo. Su extremidad también se consumía. Entre los peores dolores que hubiera sufrido jamás, con los huesos a la vista, engulló el órgano palpitante que había arrancado de las entrañas de Madre: su útero. Ya no podría reproducirse más. Sonrió con una boca sin carne y sin piel, con una

boca cuyos dientes caían a pedazos.

Madre se abalanzó sobre él rugiendo como la infernal bestia que era. Sin que pudiera hacer nada por evitarlo, y de un mordisco en el cuello, Madre le arrancó la cabeza.

Camino al Infierno

Nota del autor:

“CASTIGO: Adoro el llanto de las mujeres, pero más aún el de sus espíritus”.

¿Un asesino nace o se hace? ¿El instinto asesino acompaña a la persona desde su más tierna infancia, o son las circunstancias en las que vivimos, nuestras experiencias, las que nos hacen ir perdiendo el respeto por la vida ajena y nos empujan al asesinato? Y, lo más importante, ¿es posible el arrepentimiento de aquél que alberga en su interior la sed de sangre? Acompaña a nuestro siguiente protagonista y sé testigo de sus

andanzas como asesino en serie. Pero ten cuidado, puede que alguien piense que eres cómplice y compartas su suerte...

Miedo... Hambre... Sed, muchísima sed. Una barba de días... quizá semanas. Las uñas astilladas, sangrantes, y los puños doloridos y amoratados de tanto golpear. El pelo grasiento y sucio. La ropa negra por la continua sudoración. Hacía un calor asfixiante. Notaba la lengua ancha dentro de la boca reseca. Los labios agrietados dolían en la cara. «Ojalá... ojalá tuviera un vaso de agua», pensaba desesperado.

Y la incertidumbre. Eso era lo peor. Eso era lo que lo arrastraba poco a poco hacia la línea que separa la cordura de la locura.

El plomo caliente de la bala había entrado en su espalda, estaba seguro de ello. Había sentido el impacto, el impulso del cuerpo hacia delante por la violencia del choque del metal contra la carne... y, sin embargo, una vez montado en el ascensor, se palpó la zona supuestamente herida y no halló ni rastro de sangre. Habría sido una percepción engañosa, una mala pasada que le había jugado su cerebro cuando oyó tras él la detonación del arma del policía.

Finalmente le habían descubierto. Al ver al agente plantado ante la puerta de su apartamento su imaginación echó a volar. ¿Cómo habrían logrado localizarlo? Quizás un poco de piel y carne debajo de las uñas de alguna de

sus víctimas, una huella dactilar en un cuchillo, la huella de sus zapatillas... Podría ser cualquier cosa. No era momento de preocuparse por esas cuestiones, sin embargo. Era momento de huir.

Pulsó el botón de la planta baja justo en el instante en que tres perros policías se abalanzaban contra sus piernas. La puerta automática se interpuso entre ellos. Oyó a los animales arañar con sus patas la puerta del ascensor. Por un momento, le pareció ver que las tres cabezas de los canes pertenecían a un único cuerpo: otra mala jugada de su cerebro.

Asustado, observó saltar la luz de botón en botón a medida que pasaba por

los distintos pisos. Cruzó los dedos: rezaba con todas sus fuerzas para que no hubiera policías esperándole. Saldría corriendo como una locomotora cuando el ascensor llegase a la planta de baja. Arrasaría con todo lo que se interpusiera en su trayectoria de camino hacia su coche.

Sudaba copiosamente. Limpió su frente con el antebrazo. El botón de la primera planta se iluminó. El ascensor continuó descendiendo. Planta baja.

Entonces, cuando esperaba que el ascensor se parase, la cabina siguió bajando. Con gesto confuso, pulsó el botón para que se detuviera allí, para que no descendiera más, pero la máquina no respondía. ¿Cómo era

posible si el edificio no tenía garaje, ni sótano? El cemento gris sustituyó a la sucesión de puertas que habían desfilado ante sus ojos durante el trayecto vertical. Aporreó los botones, pero siguieron sin funcionar. Notó en el pecho una agobiante sensación de claustrofobia. ¿Qué estaba pasando?

III

David Pérez era un tipo normal. Profesor de autoescuela, vivía en su modesto pisito en el centro de la ciudad, herencia de sus padres. Todos los días conducía los treinta kilómetros que separaban su hogar del trabajo, pasaba ocho horas en el asiento del copiloto de un turismo, camión, autobús... pugnando por mantener la compostura ante los

torpes alumnos que se sucedían unos tras otros, y que ponían continuamente su vida en riesgo con las peligrosas maniobras que realizaban. Luego, conducía de regreso a su casa, se preparaba una cena frugal, se hacía una paja y se acostaba. Así un día, y otro, y otro...

David no era un tipo agraciado. Tampoco un adefesio. Sin embargo, nadie le conocía pareja. Tenía debilidad por las chicas de anuncio, por lo que, cuando salía de fiesta los fines de semana, atacaba a las féminas más bellas de los locales donde se atiborraba de alcohol. Todas lo rechazaban.

La primera noche en que Daniel

sustituyó a David echó un polvo de antología con una preciosidad inglesa, una estudiante de primero de Derecho con una beca en Madrid, quince años más joven que él.

Salió de un local en el que una morenaza le había dejado claro que no solo no se acostaría con él, sino que ni siquiera deseaba mantener una mínima conversación. Las mujeres podían ser muy crueles cuando querían, y a David le daba la sensación de que todas las hembras del mundo se habían confabulado para ser crueles con él.

Mascaba su odio de camino a su casa, deseando ser otra persona, uno de aquellos tíos macizos de los anuncios que debían follar como una puta en día

de rebajas. Observaba con harta envidia a los chicos agraciados, de melenita, ojos bonitos y labios carnosos, con los que se derretían las chicas que les solían rondar como moscas que acechasen una gran mierda perfumada. «Ojalá... ojalá no fuera David Pérez, ojalá no fuera conductor de autoescuela con diez kilos de más y mucho cabello de menos». Mucho cabello de menos donde importaba, en la cabeza, porque el pelo le sobraba en la espalda y en el culo.

Pasó por delante de un pub donde un cartel llamó su atención: «Fiesta de Fin de Curso de Primero de Derecho». Sin pensarlo dos veces, entró a tomarse la última copa y a deleitarse con las estudiantes borrachas que perdían la

vergüenza con la bebida y que, hechizadas por el embrujo del alcohol, eran capaces incluso de enseñar los pechos. «Ojalá... ojalá lo hicieran». David retendría en sus retinas esa imagen hasta que llegara a su casa, fuera al baño, cogiera el papel higiénico y...

La chica inglesa se apoyó en la barra junto a él y pidió un ron con coca cola. Dos manchas sonrosadas en las mejillas reflejaban los efluvios de tres o cuatro cubatas.

—Soy Dav... Daniel... de Berigustáin... abogado penalista — soltó repentinamente. Estaba harto de ser David.

La chica le ignoró. Cuando el camarero fue a cobrarle la consumición,

David sacó de su cartera un billete de cien euros. Logró el efecto deseado: sorprender a la joven. El camarero se limitó a elevar la vista al techo: había presenciado la escena de «maduro seduce a una jovencita con un billete grande» decenas de veces. No creía que aquella joven picase.

—No hace falta que me pagues ninguna copa — rechazó la chica alzando la voz para hacerse oír sobre la estridencia de la música, pero su tono reflejaba duda. En realidad sí que deseaba que le pagara esa copa. David notó cómo la bestia despertaba en sus pantalones.

—Insisto —replicó cortés.

—¿De verdad eres abogado? No

tienes pinta, la verdad —preguntó levantando una ceja, desconfiada.

—¿De verdad tus ojos son del color de la esmeralda o llevas lentillas? —replicó sonriente.

La chica relajó el gesto y mostró una dulce sonrisa. Apoyó un codo en la barra (un hermoso codo) y clavó sus ojos verdes en David. Por fin le prestaba atención. Entregó el billete al camarero, que suspiró al comprobar que la estudiante había picado en el anzuelo de papel. «Ojalá... ojalá se quede charlando conmigo», deseó David.

—¿Y trabajas en un bufete como esos de la tele? —Le devolvió la sonrisa.

—Mejor aún. ¿Has visto que en las películas los abogados siempre van bien

peinados y con buenos trajes? Pues todo es cierto. Me gusta desconectar cuando salgo del trabajo, por eso visto así. — Pasó la mano por su cuerpo, mostrando su indumentaria consistente en pantalón vaquero y camiseta.

—¡Por cierto, soy Daphne! —Le plantó un beso en cada mejilla, un beso excitante con olor a rosas mezclada con tabaco y sudor...

—Daphne... —susurró.

—¿Y ganas muchos casos? —quiso saber la joven chupando con sensualidad manifiesta la cañita de su cubata.

—La mayoría, por eso mi bufete es tan importante.

David inició una perorata explicando un caso sobre discriminación sexual que

había visto en una película. Daphne lo miraba embobada.

—No meteréis estudiantes de prácticas en tu despacho, ¿verdad?

—Bueno, no solemos hacerlo, pero tampoco existen abogadas tan guapas como tú. Podríamos hacer una excepción. —Su boca se curvó en un intento de agradable sonrisa.

Las continuas invitaciones a copas, las mentiras que le contó sobre una vida de lujo, inventadas por supuesto, y el modelo de abogado perfecto que Daphne admiraba, porque era lo que ella quería ser, le valieron para que la chica plantara a sus amigos, que le insistieron en que no se fuera con aquel tipo tan extraño, y acabaran en el piso de David

practicando sexo de manera salvaje.

—¿Y tu coche? —preguntó la chica cuando salieron del garito.

—Tengo el Audi en el taller. Pediremos un taxi. Evidentemente soy un caballero, por lo que pago yo.

IV

Durante algunas semanas David dejó de ser David, el profesor de autoescuela, onanista y vicioso, para transformarse en Daniel, abogado de éxito, amable, considerado y gentil. La estudiante fardó como nunca lo había hecho ante sus compañeras de curso. Se veía a sí misma tres años después, tras terminar la carrera, ganando pleitos a mansalva y ganando euros a montones. La vida de lujo que cualquier chica de

esa edad sueña que tendrá algún día. No estaba realmente interesada en el abogado que conoció en el pub, pero era un pasaje hacia un futuro prometedor. ¿Cuántos estudiantes podían decir que tenían un puesto asegurado en un importantísimo bufete mucho antes de terminar los estudios? Era la ilusión de los miles de alumnos de la facultad. Aquella noche en el pub le había tocado la lotería.

Por su parte, David cometió el grave error de enamorarse de ella. No obstante, no pudo mantener la mentira durante mucho tiempo. Daphne no era una estúpida y, pronto, las cosas no le cuadraron. Una noche que cenaban en un restaurante le acribilló a preguntas

incómodas:

«¿Pero dónde tienes tu bufete?; Demasiado tiempo con el Audi averiado, ¿no?; ¿Cómo que siempre me llevas al mismo piso si me dijiste la primera vez que fuimos allí que lo hicimos por la cercanía? No es que desconfíe de ti, pero no me creo que tengas un ático de lujo... ¿Por qué no me lo enseñas entonces?...».

Él esquivaba las preguntas como bien podía, cambiaba de tema o le daba vagas respuestas, como que tenía el bufete en la Gran Vía madrileña y era un lugar demasiado aburrido como para ir a visitarlo.

La chica se armó de paciencia y, en su naturaleza desconfiada, cogió las

Páginas Amarillas y estuvo todo un día llamando a los teléfonos de los bufetes ubicados en la Gran Vía madrileña que aparecían en ella. En ninguno se conocía al tal Daniel de Beriguistáin. Se puso en contacto con el Colegio de Abogados, y tampoco constaba ningún colegiado con ese nombre. Lloró amargamente, no porque su futuro de ensueño se hubiera esfumado en un abrir y cerrar de ojos, sino porque se sintió engañada. Traicionada. A ciertas edades los sentimientos se magnifican, y Daphne no estaba dispuesta a que le tomaran el pelo. Sin avisar, se plantó en el apartamento donde solía llevarla Daniel para follar.

Daniel salió a recibirla ataviado de

una bata hortera, una barba de tres días y un gato persa que ronroneaba y se frotaba contra sus piernas. Abrió mucho los ojos cuando la vio plantada en el dintel.

—¡Daphne! ¿Qué... qué haces aquí... qué...?

—Vives en este apestoso apartamento... ¡Dime la verdad! —la joven gritaba.

David asomó la cabeza al pasillo para comprobar si algún vecino estaba presenciando la desagradable escena. Suspiró aliviado cuando vio que no era así. Cogió a Daphne de la muñeca y la arrastró al interior del piso.

Al final, David se derrumbó y le contó la verdad, dominado por un intenso

amor hacia ella. «¡Ojalá... ojalá no me deje! », pensó desesperado. Sin embargo, la chica no atendió sus súplicas. Cortó la relación inmediatamente. Un jarrón que David había traído de un viaje a Grecia se partió sobre la cabeza de Daphne, regando el suelo de sangre y trozos de cerámica. David no estaba dispuesto a que la chica le abandonara de aquella manera.

Durante un par de días la mantuvo amordazada y atada a la cama. La chica sufría desmayos intermitentes, posiblemente ocasionados por la herida abierta del cráneo. Lloraba y suplicaba con la mirada que la dejara marchar. David le limpió el corte y lo curó con un

poco de Betadine y esparadrapo. Le lavó la sangre que había manchado su cuerpo y los restos de lágrimas y mocos. Luego tomó asiento frente a la cama y se masturbó ante la chica. Aquella noche la violó un par de veces.

Al final decidió que no podía dejarla escapar. Le denunciaría ante las autoridades y su vida se truncaría para siempre. Se desnudó, cogió un cuchillo y volvió a ponerse sobre y dentro de ella. La chica miraba con ojos desorbitados la hoja brillante del arma, mientras sufría las acometidas de Daniel. Justo antes de que el hombre tuviera un orgasmo, le cortó el cuello con un rápido movimiento. La sangre y el esperma se precipitaron al unísono. El

orgasmo fue espectacular.

David no pudo dormir en toda la noche, arrepentido por lo que había hecho pero, al alba, se había convencido a sí mismo de que no había sido él, David Pérez, sino Daniel de Beriguistáin quien había cometido el asesinato. De alguna forma, gracias al acto de Daniel, supo que Daphne siempre sería suya.

Troceó el cadáver, quemó las sábanas bañadas de sangre y llevó poco a poco en una mochila los trozos del cuerpo a un descampado en las afueras de Madrid, donde los enterró a una considerable profundidad.

V

La noticia de la desaparición de Daphne salió en todos los medios de

comunicación, nacionales e internacionales. Se barajó la posibilidad de que un tal Daniel de Beriguistáin la hubiera raptado o algo peor, pero la policía no logró localizar al sospechoso. No constaba como abogado en ningún registro, no tenía antecedentes penales y los pocos Daniel de Beriguistáin que aparecían en el registro civil, con un segundo apellido diferente en cada caso, o bien tenían coartada (uno de ellos era médico en África), o bien eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para tener relación con la desaparición de la chica. Un día salió en la televisión el retrato robot dibujado por los cuerpos de seguridad a partir de la descripción de algunos compañeros de la joven y de

un camarero que habían visto al sospechoso en el bar hablando con ella el día en que se conocieron. Se parecía un poco a Daniel, pero también tenía rasgos diferentes. En realidad podría tratarse de muchas personas distintas, no era un fiel reflejo de Daniel.

En una de sus charlas interiores, Daniel convenció a David de que no se preocupase, pues le aseguraba que la policía no relacionaría a Daniel de Beriguistáin, abogado, con David Pérez, profesor de autoescuela. Mientras eso no ocurriese, Daniel estaba seguro dentro de David, y David estaba seguro escondido en su vida cotidiana.

En los meses sucesivos, Daniel dominó a David en dos ocasiones más. Una

nueva alumna de la autoescuela, una preciosidad asiática, no quiso saber nada de David cuando el hombre se le insinuó durante una clase de conducción. Daniel la esperó en el coche cerca de su casa, horas después. Al poco, la chica salió vestida para una noche de marcha. La siguió un buen rato hasta que la chica se internó por algunas calles solitarias. Se puso a su altura con el vehículo.

—¿Qué haces aquí, David? — preguntó extrañada cuando el conductor bajó la ventanilla.

—Te dejaste el monedero en la autoescuela — respondió con una afable sonrisa, agitando un objeto que tenía en la mano derecha. En realidad era su propia cartera, pero la joven no podía

distinguirlo a la distancia que se encontraba.

La chica detuvo el paso, extrañada. Se puso a rebuscar en su bolso. David también paro el coche. Se apeó con un bate de béisbol en la mano.

—Tiene que ser de otra alumna, David, yo tengo aquí el mío...

—No me vuelvas a llamar David. Soy Daniel.

El hombre estaba a su lado. Golpeó a la chica con el bate. La cogió antes de que cayese al suelo y la metió en la parte trasera del vehículo. En el descampado la violó. Luego, la chica asiática corrió la misma suerte que Daphne.

VI

Al tercer asesinato cometido por

Daniel, la policía se personó en casa de David. Querían hablar con él de los vehículos y sus compañeros de la autoescuela. Algunos testigos aseguraban haber visto un coche de la autoescuela donde trabajaba David cerca de las zonas en las que desaparecieron las jóvenes buscadas. La policía sospechaba que uno de los trabajadores podía estar implicado. Le habían cazado. Nada de huellas ni ADN, como supuso en principio David. Una cagada de Daniel al ser tan descarado con el vehículo con el que cometió los delitos. A David ya no le pareció que Daniel fuera tan inteligente como creía.

«Mantén la calma», ordenó Daniel en su cabeza. «Ojalá... ojalá no te

hubiera dejado hacer todo lo que hiciste», pensó David, que no tenía la sangre tan fría como Daniel. Empujó al policía y corrió hacia el ascensor.

VII

Cuando la puerta de la planta baja desapareció en su ascenso vertical, David fue consciente de que estaba atrapado. Depositó las manos en la interminable pared de cemento. Sintió su rugosidad acariciar las palmas de sus manos a medida que el ascensor bajaba, produciéndole cosquillas. Su respiración se volvió entrecortada, y la frente se le perló de sudor. ¿Cómo era posible que la cabina no se hubiese detenido en la planta baja? ¿Qué estaba sucediendo?

De repente, la uniformidad de la pared rugosa varió. Unos surcos aparecieron cincelados en el cemento. No le dio tiempo de ver de qué se trataba cuando notó el primero de ellos ascender por la palma de sus manos y perderse por el techo de la cabina. Al primero le siguió un segundo surco. David se concentró en él: alguien había grabado en la interminable pared un nombre, el nombre de la chica asiática, la segunda víctima de Daniel. Al poco apareció un tercer surco, el tercer nombre de su tercera víctima. Luego, el primero, Daphne, volvió a surgir desde los pies de David y se perdió en el techo. El segundo... el tercero... Así una y otra vez, una y otra vez.

El recorrido vertical del ascensor no tenía fin. David empezó a tener sed. Luego hambre. Orinó en una esquina de la diminuta cabina, y la peste de su meada se le clavó en las fosas nasales.

La sed se volvió inaguantable.

Pidió ayuda a gritos, pero nadie parecía oírle. El zumbido del motor del ascensor bajando y bajando era el único sonido que se escuchaba allí dentro. Daba la sensación de que la infinita realidad del exterior había desaparecido completamente.

El encierro se volvió insoportable.

La sed le estaba matando. Y el hambre. Y la desesperación. Pero, inexplicablemente, no llegaba a morir. Golpeó las paredes, las arañó, se partió

las uñas, dio cabezazos. No logró absolutamente nada.

Con el tiempo, David se acostumbró a beber su orina y a devorar sus excrementos. Y a leer una y otra vez, una y otra vez los nombres de sus tres víctimas grabados a fuego en el cemento.

Entonces comenzó a gritar. Gritó y gritó hasta que le dolió la garganta, hasta que se lastimó los oídos, hasta que una tos espesa le hizo escupir sangre...

«Ojalá... ojalá esto llegue a alguna parte», deseó con todas sus fuerzas, llorando lágrimas carmesíes, que resbalaron por su barba espesa e inmunda.

Luego, continuó gritando.

Cancerbero: el gato del infierno

Nota del autor:

“SOLEDAD: Fui al cementerio a visitar a mis difuntos. Allí estaba mi familia, llorando ante mi tumba”.

Mira a tu lado. Quizá tengas la suerte de que haya alguien junto a ti. Alguien vivo, quiero decir. Si es así tienes suerte. No hay nada peor que estar solo. La soledad nos hace pensar, y pensar demasiado puede llevarnos a la locura. Eso le pasó a Paco. Su vida no ha sido nada fácil, y está solo en la vida. Posiblemente esa sea la razón por la que fue tan fácil engatusarle. Posiblemente sea la razón por la que lo dejó todo para ir tras una hermosa mujer. Pero esta decisión (quizá, lector, errónea, serás tú quien lo juzgue), le hará descubrir que nadie está solo, aunque lo esté. Porque a nuestro alrededor siempre hay alguien, aunque sea un fantasma... o un demonio.

PRÓLOGO:

Susurros en la soledad.

Leves ráfagas de aire que arrastran decadencia. Sonidos que mutan en palabras inapreciables para el oído humano.

—¿Crees que la muerte está afilando la pluma para escribir las últimas palabras de la historia de mi vida? —Lo creo, aunque me duela.

—Esta vez ha sido demasiado pronto.

—Demasiado.

—Necesito una nueva presa.

—¿Funcionará?

—Tengo que reconocer que lo dudo.

—Hay otra manera.

—La hay, pero tú no puedes ayudarme. Aunque la

humanidad me sea extraña, nuestra naturaleza difiere demasiado.

—La presa puede hacerlo, aunque me duela. —No tengo otra opción, más que intentarlo. —Hazlo. No puedo perderte. Te quiero. —Lo sé.

Susurros en la soledad.

Leves ráfagas de aire que arrastran decadencia. Palabras inapreciables para el oído humano que se apagan entre las sombras.

De nuevo, silencio.

1.- SE CIERRA UN CICLO: LUNA MENGUANTE:

Los ojillos de Otis nunca permanecen quietos. Se revuelven nerviosos dentro de las cuencas, y

despiden un fulgor dorado, como los ojos de las ratas en la oscuridad. Otis asegura que la vida es una aventura. Lo dice mostrando sus dientes ennegrecidos, que despiden un hálito pestilente. Su aliento flota y se condensa dentro de la estrecha celda. Dice que hay vidas más emocionantes, y también vidas menos emocionantes. A Otis le gustaba la aventura del peligro, y eso lo llevó a prisión. Creo que Otis está un poco ido. Algún engranaje ha saltado dentro de su cerebro provocando que no funcione bien del todo. Siempre está sonriendo, pero no sonríe de felicidad, como los niños de los anuncios de chocolatinas, y tampoco sonríe con picardía, como las parejas que van

juntas a la cama en las películas subidas de tono. La sonrisa de Otis es más parecida a la del policía que me abofeteó hasta que le dije dónde escondía la droga. Me gusta que la gente sonría, pero esa sonrisa me daba miedo, no sé por qué. Cuando sacaron a Otis de la prisión en la camilla, su cuerpo entero tenía el mismo color carbón que sus dientes, y mostraba la misma sonrisa escalofriante. Gracias a Otis he salido de la cárcel. El juez rebajó mi condena por salvar al funcionario que acudió en nuestro auxilio abriendo las celdas para que escapáramos del incendio, y que se desmayó por el humo. No soy muy listo, pero sí soy fuerte. Cargué con el cuerpo del funcionario hasta que llegaron sus

compañeros. Al funcionario le pusieron una máscara unida a una bombona de oxígeno. A mí me golpearon con la porra en la parte de atrás de la rodilla, me esposaron y me arrastraron fuera de allí. A veces, aún me duele la parte de atrás de la rodilla.

Otis me confesó que iba a hacerlo y cómo iba a hacerlo, pero pensé que estaba de broma. Otra más de sus macabras bromas. Gracias a Otis he salido de la cárcel. Tres años después, gracias a Otis, voy a acabar con mi pesadilla.

Otis asegura que la vida es una aventura. Mi aventura comenzó cuando conocí a mi suegra. Hasta entonces la mayor parte de mi juventud la pasé en el

reformatorio y, los primeros años de la adultez, en la cárcel.

Mi suegra se llama Brunilda. Brunilda Hadeswall. Es una viuda que ha sobrepasado con creces la cincuentena. No es más que un pellejo arrugado que cubre un esqueleto plagado de débiles músculos. Tiene la nariz ganchuda, labios finos y frente amplia. Siempre lleva el pelo ceniciento recogido en un moño, y siempre viste de negro. Es estricta en cuanto al luto se refiere.

Me recibió en su antiguo palacete del siglo XIV, reformado en varias ocasiones, y que estaba situado en lo alto de una colina. Un taxi me dejó al pie del camino pedregoso que conducía

a través de la empinada elevación a la entrada del edificio, y arrastré mi maleta hasta un alto enrejado coronado por siniestros motivos de formas dispares: cabras erguidas a dos patas, gárgolas, cuernos... e incluso creí identificar una calavera. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Los gustos de los antiguos eran harto sombríos.

Brunilda asegura pertenecer a la nobleza. Si no ella, al menos sus antepasados directos. El abuelo del abuelo del abuelo de su abuelo, estuvo relacionado con la Corona Británica, pero por alguna extraña razón, acabó confinado en aquel palacete donde agotó los días de vida que le quedaban. Fue desposeído de sus títulos, repudiado por

la monarquía. La Iglesia Católica tuvo algo que ver en el asunto, según afirmaba Brunilda. Tanto las generaciones previas a ese antepasado como las posteriores, habían vivido en la casa. Mi suegra era la última Hadeswall que quedaba con vida. Por ese motivo mi mujer me contaba que, en las cartas que le llegaban de su madre, le insistía en que tuviera un hijo. En que tuviéramos un hijo.

2.- CAMBIO DE CICLO: LUNA NUEVA:

Conocí a mi esposa Emelinda en una cafetería de Cádiz. Por aquel entonces trabajaba como camarero a tiempo parcial con uno de esos contratos para reinserción de ex reclusos. Su mirada

azul, felina, profunda como el suspiro de un amante, fue lo primero que me impresionó de ella. Los años de reclusión me robaron la habitualidad de ver mujeres, pero ninguna llamó mi atención en la manera en que lo hizo Emelinda. La joven se dio cuenta de que la miraba con demasiado descaro cuando le serví el té en la terraza de la cafetería. Hablaba con un hombre de aspecto rudo, que se encontraba de pie a su lado. En ese momento, el hombre le entregaba un teléfono móvil mientras yo intentaba esquivarlo con la bandeja para depositar sobre la mesa la consumición de la hermosa muchacha.

—Es usted muy gentil, caballero. Un día me dejó la cabeza en cualquier sitio.

—No podía permitir que una joven tan hermosa como usted extraviase su teléfono. Lo dejó abandonado en el banco de la plazoleta donde tomaba el sol.

—Me alegra que se fijase en... el teléfono. Mi esposo celebrará que no lo haya perdido.

El hombre demudó el rostro en un gesto desconcertado. Se quedó unos segundos ante la chica, sin saber cómo actuar. Luego deseó suerte a la mujer y se marchó.

—Con una nube —se dirigió a mí con una voz tan dulce como el caramelo, cuando logré dejar la taza de té en la mesa.

Instintivamente miré hacia el cielo.

Estaba límpido, con un sol refulgente en el cenit del firmamento.

—No parece que vaya a llover —
repliqué confundido.

Mi respuesta le hizo gracia, y se deshizo en una melodía de carcajadas, como si mi afirmación hubiera sido una broma. Su risa flotó en el aire, trazó un tirabuzón, y se me incrustó en el corazón.

—¡Quiero decir con un par de gotas de leche! —Su forma de reír, de mirar y de hablar era absolutamente sensual. Hipnotizadora. Una trampa imposible de sortear.

—¡Oh! —exclamé azorado. Me sentí un poco ridículo—. Ahora mismo se la sirvo. ¿Su marido la acompañará con

alguna bebida? —Estaba sola, pero le había dicho al hombre del teléfono algo relativo a su marido.

—¡Oh, eso! Nada, era una forma de quitarme de encima a ese caballero tan molesto, antes de que intentase sobrepasarse conmigo. Estoy soltera.

Sonreí tontamente y entré en la cafetería. Regresé con una humeante jarra de zumo de vaca, como me gustaba llamar a la leche. Incliné un poco la jarra sobre su taza de té hasta que alzó la mano para que me detuviera.

—Gracias —dijo con la sonrisa más increíble que había visto en mi vida.

—¿Es usted alemana? —Me envalentoné.

—Inglesa...

—Inglesa —repetí. Era evidente que su acento no era español, pero no supe discernir de qué país provenía. Tampoco tenía mucha experiencia en el habla con extranjeros.

—Estoy en España de vacaciones. Mi madre me ha pagado una estancia de tres meses. Quiere que conozca mundo, otras formas de vivir, otras culturas... Y como soy muy obediente, no me he podido negar —bromeó.

—¿Y viaja usted sola? Quiero decir... una chica tan joven y hermosa... Perdón, no quería ser descarado —me dispuse a regresar al interior de la cafetería. Ella me siguió con la mirada hasta que traspasé el umbral del local.

—Perdone. ¡Camarero! —llamó la

joven de nuevo. Como soy un profesional, volví rápidamente sobre mis pasos para atender a la clienta.

—Dígame, señorita.

—Es muy descortés por su parte no compensar mis explicaciones contándome algo de su vida. Mientras me ofrece un cigarrillo, dígame, ¿está casado? ¿Vive con sus padres?

El corazón me dio un vuelco. Esa joven tan hermosa quería saber algo de mí... claramente estaba tonteando conmigo. Saqué el paquete de tabaco del bolsillo de mi camisa y le ofrecí un cigarro con mano temblorosa.

—Pues verá... Tampoco hay demasiado que contar. Soy huérfano, y la mayor parte de mi vida la he pasado internado

en... bueno, que he sido un poco problemático... ¡Pero ya estoy reformado! — Me estaba metiendo en un lío del que no sabía cómo salir, pues se me daba muy mal inventar mentiras—. Estoy en un piso de alquiler, pero temo que van a echarme porque debo dos meses. Con el sueldo que gano aquí no me llega para vivir y... disculpe si me estoy enrollando demasiado.

—¡Paco!

El encargado me llamaba desde la puerta. No quería gritar, ni amonestarme delante de aquella clienta, pero estaba claro que mi tardanza en servir a esa joven le estaba poniendo de los nervios. Había más mesas que atender.

—Lo siento, señorita, tengo que seguir

trabajando. Ha sido un placer conocerla —sentí una profunda tristeza al ser consciente de que me alejaría de ella para seguir con mis tareas, la joven pagaría y ya jamás volvería a verla.

—Espere. —El humo del tabaco escapó por entre sus labios entreabiertos y cubrió su mirada como una cortina de seda—. Necesito un guía para que me enseñe la ciudad. Le pagaré. ¿A qué hora sale del trabajo?

3.- REVELACIONES: LUNA CRECIENTE:

El palacete sobre la colina parecía a punto de venirse abajo. La planta tenía forma de herradura invertida, y sus laterales se unían con las rejas que acababa de traspasar, cerrando el

perímetro en un cuadrado perfecto. Desde ellas hasta la entrada al inmueble, atravesé un jardín en el que las malas hierbas imperaban sobre escasas y marchitas flores. Por un momento, el espeso ramaje sobre mi cabeza ocultó el sol. La fachada delantera presentaba profundas grietas que nacían en su base y serpenteaban hasta alcanzar los puntos más altos. La hiedra ascendía por las paredes como dedos verdosos que sostuvieran al edificio entre las garras de una mano vegetal. Uno de los dos torreones que remataba la ruinosa construcción se inclinaba peligrosamente hacia un lado. Las puertas principales eran enormes, como edificadas para gigantes, pero una de sus

hojas tenía embutida otra puerta de tamaño normal. Llamé varias veces utilizando una desvencijada campana, que alzó su voz estridente, pero nadie acudió al reclamo. Saqué el móvil del bolsillo de mi chaqueta, marqué el número de mi prometida y esperé: tras varios tonos, saltó el contestador automático. Toqué la puerta con dedos inseguros y, ante mi sorpresa, cedió con un quejido de sus oxidados goznes, por lo que decidí entrar por mi cuenta y riesgo. La vida es una aventura.

El primer susto llegó cuando creí ver a dos robustos tipos armados flanqueando la entrada. Luego resultaron ser dos deslucidas armaduras antiguas. Suspiré aliviado. Si el edificio parecía

abandonado por fuera, la sensación de ruina en su interior era alarmante. El polvo alfombraba lo que debió ser una hermosa moqueta color sangre; se extendía y trepaba y cubría todos los objetos. Las telarañas abrigaban las espectaculares lámparas de lágrimas, y adornaban todos los rincones. No había ni una sola fuente de luz, por lo que tuve que esperar a que mis ojos se adaptaran a la penumbra.

—¿Hola? —anuncié mi llegada mientras miraba hacia las puertas laterales y oteaba la escalera de piedra que llevaba hasta la planta superior.

Entonces oí pasos. Eran suaves, pero sin duda alguna alguien acechaba entre las sombras. Bajaba las escaleras, pero

no logré distinguir a nadie en la oscuridad reinante. Me acerqué sigiloso, aún cargando con la pesada maleta. Tenía que haberle hecho caso a Emelinda y haberme comprado una maleta de ruedas, pero mi situación personal me ha causado una tacañería crónica, por lo que suelo destruir los objetos antes de adquirir otros nuevos: hasta que mis zapatos no gastan sus suelas, hasta que mis dedos no asoman por el calcetín, hasta que mi trasero no queda expuesto tras descoserse mis pantalones... hasta entonces no me compro un nuevo lo que sea. Anduve hasta el pie de la escalera entrecerrando los ojos con objeto de ver a través de la negrura.

—¿Hola? —repetí en un tono levemente menor. Ya no sabía si deseaba que alguien me respondiera a la llamada.

Entonces un gruñido demoníaco me erizó la piel. Algo había saltado desde la escalera al pasamanos y me miraba con sus ojos brillantes. Por un momento vislumbré el rostro cadavérico de Otis arropado por la oscuridad.

Grité del susto y caí de espaldas, mientras aquella cosa me observaba atentamente, inmóvil desde la piedra maciza. Mi maleta se abrió y el suelo quedó cubierto de pantalones, camisas, calcetines, calzoncillos y un bocadillo envuelto en papel de plata que me había sobrado del viaje.

—¡Cerberero, no asustes a nuestro invitado! — ordenó una voz femenina desde el escalón más alto. Una rutilante luz apareció en la segunda planta y bajó apresuradamente las escaleras hasta donde me encontraba. La luz iluminaba el ajado rostro de Brunilda y al causante de mi miedo: su gato Cerbero.

Cerberero es el típico gato que podemos ver en las películas de miedo. Es negro como la madrugada, sigiloso como el aire, silencioso como el miedo que nos domina en una noche de difuntos. Lo azabache de su pelambre bien podría deberse a la acumulación de inmundicia, de tan mal que olía. Una de sus orejas puntiagudas presentaba un severo corte que dejaba colgando un

desagradable y agusanado trozo de carne. Sus bigotes tensos como cuerdas de violín vibran con cada uno de sus maullidos de ultratumba. Desde que llegué al palacete, Cerbero no me quita la vista de encima. Emelinda no me habló nunca de él, aunque tampoco existieron motivos para ello. Ese gato no me gusta nada. No soy una persona violenta, pero metería a gusto a ese ser diabólico en un saco cerrado y lo lanzaría a un río profundo.

No hizo falta que me presentara. Mi suegra supuso con acierto que yo era el prometido de su hija, por lo que, tras una fría bienvenida, me guió por una red de pasillos oscuros e impresionantes estancias, hasta la parte alta de la

construcción; era una zona humilde en comparación con el resto de la casa que había podido ver (o entrever), una zona donde, probablemente, vivió el servicio cuando aquella casa gozó de mejores tiempos y de más calor humano.

—¿Vive usted sola con Emelinda?
—me atreví a preguntar. Solté mi maleta sobre la cama, que crujió con el peso.

—¡Ah! No sabes cómo está el servicio, hijo. Mi Emelinda y yo utilizamos una mínima parte del edificio para vivir. La tenemos bien acondicionada y con ello nos basta y nos sobra. Sería absurdo contar con mayordomo o doncellas que ganasen un jornal para mantener una casa tan grande ocupada solo por dos personas y

Cerbero. El tesoro familiar menguaría alarmanamente... Además, no me gusta esta parte de la casa —aseguró lanzando desconfiadas miradas hacia todos los rincones de mi alcoba y hacia el pasillo que nos había traído hasta ella, como si pudiera ver algo que mis ojos no eran capaces de detectar. No me tranquilizó su actitud, la verdad.

—¿Y Emelinda? ¿Dónde anda? Tengo ganas de que sepa que estoy aquí. —Mi hija está en la ciudad. Ha ido a negociar la venta de un cuadro que nos dará para vivir sin problemas durante al menos un años más. Volverá en dos o tres días.

—Cuando llegué la llamé al móvil y no lo cogió — repliqué extrañado.

—Lo sé. Oí sonar el teléfono en su habitación. Se lo habrá dejado olvidado otra vez...

Típico en Emelinda. Aunque algo preocupado e incómodo por tener que pasar tres días sólo con aquella desconocida, no pude evitar que una sonrisa aflorara a mi rostro al recordar que, el día en que nos conocimos, un señor se había encontrado su teléfono olvidado en el banco de una plazoleta.

—Bien, deshaz tu maleta y aséate. A las diez nos vemos en el comedor del ala este para cenar. ¡Sé puntual!

Me percaté de que, cuando salía por la puerta, volvía a mirar de reojo hacia la habitación y se frotaba los brazos como si tuviera frío.

Saqué mi maquinilla de afeitar, que funcionaba a pilas, y me dediqué un buen rato a pasármela por el rostro, con objeto de estar presentable durante la cena. No quería dar mala impresión a mi futura suegra. Lo hice de manera automática, sentado en la cama, mientras mi mente divagaba. Amaba a mi Emelinda, pero no me gustaba aquella casa. Tampoco su madre, siendo sincero. Y, quien menos de todos, su gato, que me miraba con sus ojos rasgados desde el alféizar de la ventana. —Los hombres buenos son los primeros que perecen en una guerra —respondió Brunilda.

—No sé si su hija le habrá informado, señora Brunilda—. Solté la

cuchara. La sopa estaba incomible.

—Lámame mamá —cortó con una tierna sonrisa que estiraba la piel de sus pómulos de tal forma que parecían a punto de rasgarse.

—Mamá... —respondí, incómodo. Jamás había tenido madre, en el sentido de mujer que te cuida de pequeño, pero no era ése el motivo principal de mi embarazo. No me gustaba la manera en que me había pedido que la llamara así. De todas formas, no soy un tipo que tenga el aplomo de negarse ante una petición. Quizá mi vida hubiera sido diferente de haber tenido el valor de negarme a muchas peticiones de las que he acaba accediendo—. Yo no he sido muy bueno que digamos, y no estoy

orgullosa de ello. He perdido mis mejores años entre rejas, no tengo familia, ni amigos, y preferiría ser el primero en morir en un conflicto que sobrevivir cargando con la culpa el resto de mis días.

Brunilda mostró su conformidad levantando su copa hacia mí con una enigmática sonrisa en el rostro. Cebero no perdía palabra de la conversación, sentado en mitad de la enorme y destartalada mesa.

Ignoro cómo llegamos a ese punto de la conversación. En cuanto tomé asiento, Brunilda se lanzó a un soliloquio acerca del pasado glorioso de su familia, los Hadeswall. Me narró que habían sido nobles guerreros, y que habían batallado

al lado de muchos reyes desde que traicionasen sus raíces escocesas y se posicionaran junto al invasor inglés, cientos de años atrás. Con la misma sonrisa del policía que se quedó con la droga escondida bajo el abeto de un campo abandonado, la misma sonrisa de Otis cuando hacía alguna confidencia y que llevaba en el rostro cuando lo sacaron de la celda carbonizado, con esa misma sonrisa, Brunilda me narró cómo su antepasado directo convocó para una reunión en un granero a varios jefes de los clanes cercanos, con objeto de llegar a acuerdos para combatir al inglés, y cómo, una vez dentro, salió con la excusa de recibir a más invitados, trabó las puertas del granero y prendió

fuego con todos dentro. La dudosa hazaña le valió el título de lord inglés, con tierras y privilegios, y le valió también las maldiciones de los escoceses a los que había traicionado. De hecho, lo encontraron colgado por sus propias tripas en la ventana de la torre del homenaje del castillo que se construyó a costa de exprimir vía impuestos a los súbditos de sus tierras.

Perdí un poco la consciencia del momento, imaginando el granero en llamas, el insoportable calor alrededor del edificio, por cuyas ventanas escapaban gigantescas llamaradas que iluminaban la noche... y los gritos. Los gritos de los escoceses achicharrados, los cuerpos plagándose de bultos

colmados de pus, que reventaban casi al momento de brotar en la piel, cual maíz que se convierte en palomita, la carne ennegrecida separándose del músculo, los ojos estallando por el calor. El olor a quemado. Los gritos. Sufriendo de la misma e inhumana manera en que lo hizo Otis en su celda. Los mismos gritos de cerdo en el matadero.

—...pronto, ¿no? —decía Brunilda, sorbiendo la cuchara de sopa. Un hilillo de caldo le corrió por la comisura de los labios y se precipitó sobre la madera de la mesa, llenándola de lunares oscuros.

—¿El qué? —Desperté de mi ensimismamiento—. ¡Ah, sí! He venido pronto. Sé que no me esperabais hasta

pasado mañana, pero aproveché una oferta de última hora para coger el avión. Quería dar a Emelinda una sorpresa llegando con antelación a la fecha prevista. Me dijo que las vistas desde los torreones eran espectaculares las noches de luna llena, y deseaba que mi primer día fuera así, por eso me emplazó a que viniese dentro de tres días. Supongo que quiso cuadrar el viaje a la ciudad para regresar justo el día en que yo llegaba, la noche de luna llena. Quise darle una sorpresa, pero me ha salido el tiro por la culata.

—Una urgencia de última hora, querido. Nos percatamos de que nuestros recursos habían disminuido mucho más de lo que pensábamos. El

viaje a España de Emelinda ha sido costoso. Nos hacía falta subastar otro de nuestros preciados bienes.

El salón donde cenábamos y departíamos era amplio, más largo que ancho, cuyas paredes estaban ocupadas por una treintena de cuadros desde los que sus ocupantes, hombres de porte marcial en su mayoría, nos observaban con ojos rudos. La evolución de la moda inglesa en el vestir se reflejaba en ellos. Antepasados Hadeswall, supuse. Una antigua lámpara de forja pendía sobre nuestras cabezas, y derramaba la luz juguetona de dos docenas de velas. En uno de los muros laterales se situaban cuatro grandes ventanales rematados en pico. Los mosaicos que componían sus

vidrieras representaban distintas escenas bucólicas: una caza, unos villanos pastoreando, una especie de ser medio hombre medio cabra tocando una flauta entre los árboles... De cuando en cuando, lanzaba miradas furtivas a la chimenea apagada. La humedad se filtraba a través de la fría piedra, material principal con el que se construyó el palacete, pero Brunilda parecía estar acostumbrada a la gélida sensación. Yo estaba aterido, y la desapacibilidad me instaba a que finalizara aquella sesión con premura.

—Bueno... mamá... estoy agotado. Si no te importa, voy a acostarme. El día ha sido largo, y el viaje duro.

—Siéntate —ordenó seriamente.

Luego contrajo el rostro en una sonrisa de hiena—. Por favor... — añadió.

Obedecí, confundido.

—Cerberero lleva días ensayando para ti. Quiere darte la bienvenida.

Antes de que pudiera preguntar a qué se refería, el gato negro saltó desde el suelo y aposentó sus posaderas sobre la mesa, justo delante de mí. Me clavó sus ojos amarillentos. Brunilda se levantó del asiento, cogió la cuchara, y golpeó la mesa tres veces. La pestilencia del felino me mareó.

El gato abrió la boca e inicio un maullido largo y pausado. Tras cada maullido, recuperaba el aliento, inspirando profundamente, y volvía a berrear esa especie de cántico felino.

Una y otra vez. Una y otra vez. Su mirada, el tono de esa especie de quejido que entonaba, eran hipnóticos. Todo desapareció a mi alrededor. Sólo estábamos el gato y yo. No podía dejar de escuchar esa letanía. Un ruido sordo, como el de un pestillo al correrse, me sacó del trance.

Brunilda aplaudía.

—¡Bravo, bravo! —felicitaba a Cerbero, que paseó con parsimonia por la mesa, llegó hasta el plato de sopa de su ama, y se dio a engullirla sin ningún reparo por su parte ni reproche por parte de Brunilda.

—Bueno... hasta mañana —acerté a decir, pasmado. Salí de aquel salón situado en el segundo piso del ala este

del edificio. Regresé sobre mis pasos, con el mismo candelabro oxidado con el que había acudido a la cena. Atravesé pasillos y escaleras, intentando guiarme en la oscuridad. Las lámparas de aceite que pude distinguir colgadas de las paredes, permanecían apagadas todo el tiempo. Efectivamente, como dijo Brunilda cuando llegué, la parte de la casa en mejor estado era la zona del ala este donde habíamos cenado. Dejando a un lado la suciedad y las telarañas en las que me enredaba a cada paso, la madera podrida de las puertas, la pintura descolorida y desconchada de algunas zonas, el papel pintado seco y agrietado de otras, los escalones hundidos, las lámparas caídas, las cortinas roídas,

algunas formando acumulaciones de tela deshecha tras romperse de su sujeciones carcomidas por el paso del tiempo... tuve que poner mis cinco sentidos alerta para no matarme en mi periplo de ida y vuelta.

Al fin, logré llegar al que había sido asignado como mi dormitorio, esperaba que de manera temporal hasta que regresara Emelinda de su viaje.

Cerré la puerta nada más traspasar el umbral, deposité el candelabro sobre una vieja mesilla de mármol y me senté en la cama. Utilicé la punta de mis pies para descalzarme: la punta del derecho empujando hacia fuera el talón del zapato izquierdo y viceversa. Mientras, me desabrochaba la camisa. Lo hacía de

forma distraída, sumido en mis pensamientos. No entendía qué había significado eso que había hecho el gato. Juraría haber oído un sonido lejano, como si una puerta se cerrase a cal y canto. Una puerta que me separaba del mundo exterior. De la realidad.

Una ráfaga de aire helado me puso los pelos de punta. Revisé la ventana, la puerta y posibles grietas, pero todo estaba cerrado a cal y canto. Ignoraba de dónde podía provenir ese aire gélido, pero no logré averiguarlo. ¿Por qué me habría dado una habitación tan alejada de la zona realmente habitable de la casa? ¿Sería por desconfianza hacia mi persona? ¿Por pudor ante lo que pudiera decir Emelinda cuando regresara, si

descubría que dormía pared con pared con su madre? ¿Qué podía pensar al respecto? ¿Que iba a aprovechar la connivencia de las sombras para deslizarme con sigilo hasta la cama de Brunilda? ¡Si esa vieja debía de ser quebradiza como la rama de un árbol podrido! La mataría a la primera acometida... si tuviera el estómago de hacer algo semejante. Decidí pensar en positivo. La cárcel era un sitio mucho peor, así que no me pasaría nada por dormir varias noches solo, a la espera del regreso de mi novia.

Tras propinar un par de mordiscos al bocadillo sobrante del viaje, cogí mi móvil, que dejé antes de ir a cenar sobre un ajado y polvoriento escritorio.

Ningún mensaje. Ninguna llamada perdida. Empezaba a preocuparme por Emelinda. Me percaté de que la batería estaba baja. No hallé ninguna toma de corriente en la habitación. No obstante, como suelo ser precavido, saqué una segunda batería cargada de la maleta y sustituí la que estaba a punto de agotarse. Por si acaso Emelinda me llamaba.

Me acosté dispuesto a dormir, con la inquietud de estar en medio de la nada en una casa desconocida, con una vieja desconocida, y con el viento aullando en el exterior con su siniestro ulular...

No sabía dónde me encontraba. Me había incorporado de un sobresalto. ¿Eso había sido un grito real, o producto

de un sueño? Los muebles de la habitación presentaban un aspecto fantasmal, bañados por la luz de la luna, que entraba a raudales por el ventanal situado frente a la cama. Cuando recordé dónde estaba, me relajé un poco. Pasé la mano por mi rostro agotado. Volví a escuchar aquel sonido. Parecía un gemido, o un alarido, pero muy lejano... ¿Le pasaría algo a Brunilda? Un crujido en el techo sobre mi cabeza me alertó. ¿Había oído pasos en el piso superior? Mi imaginación debía de estar jugándome una mala pasada. Dudé sobre lo que debía hacer. Eché mano a mi móvil para ver la hora, pero no estaba donde lo había dejado. Eso sí que me asustó. Estaba seguro de que lo puse en

una silla de madera que coloqué junto a la cama al efecto. No estaba allí. ¿Habría caído al suelo?

Apoyé los pies descalzos sobre el piso. El frío de la piedra me atravesó como un rayo desde las plantas hasta la coronilla. Sentí un intenso escalofrío. Tanteé el suelo en la oscuridad hasta hallar los zapatos y me calcé. Un movimiento cerca de la puerta me puso en alerta. Algo se movía junto a la parte inferior de la madera. Fijé mi vista y allí estaba: Cerbero plantado ante la puerta entreabierta de mi habitación. Tenía algo agarrado entre sus dientes... ¿Un ratón? No. Se trataba de un móvil. Mi móvil.

—Puto gato... —mascullé—.

Bonito... ps, ps, ps... bonito, dame mi móvil.

El gato salió disparado de la habitación.
—¡Eh, gato, espera!

Sin pensarlo, corrí tras él. No podía permitir que me extraviara el teléfono. Cuando Emelinda regresase le pediría que fuéramos de visita a algún pueblo cercano, pero mientras tanto el teléfono era mi único contacto con la realidad.

El gato era rápido, y se escabullía por entre los muebles desvencijados de las estancias donde se internaba. En un momento dado, le perdí la pista.

Con un enfado de mil demonios, me quedé plantado sin saber qué hacer. Entonces caí en la cuenta. Probé suerte. Me agaché y examiné el suelo. La

suciedad formaba una capa de un dedo de grosor. Sobre ella, vislumbré unas pequeñas pisadas, marcas de pezuñas gatunas. No tenía nada que perder, así que las seguí. Las pisadas atravesaron un largo pasillo que conducía hacia el ala oeste. Sin duda era la parte del palacete que se encontraba en peores condiciones. El suelo había cedido en muchos puntos, formando bocas oscuras dispuestas a engullir a aquellos despistados que no anduviesen con ojo. Las pisadas desaparecieron de repente. Me di cuenta de que, en el lugar en el que se desvanecían, se situaba una escalera que ascendía a mi derecha. Subí por unos escalones que crujían peligrosamente bajo mi peso. Tras

varias vueltas en redondo, la escalera culminaba en una acumulación de trozos de madera que debió de ser una puerta. Los insectos se habían dado un festín con ella. Me interné con cuidado. Parecía una especie de buhardilla.

—Gatiiiitooo, gatiiiitoooo... —llamé a la oscuridad. No hubo respuesta. Agucé el oído, pero solo logré escuchar el viento y un serio aguacero que acababa de desatarse fuera.

Volví a agacharme, en busca de más huellas de gato. Cuál no fue mi sorpresa cuando encontré unas huellas grandes, alargadas y rematadas en cinco dedos. Unas huellas humanas. Entonces, de la nada, surgió una tos. La tos de una persona.

Tuve la tentación de huir, de girarme y enfilar a toda prisa escaleras abajo, pero permanecí allí, de pie, en mitad de la oscuridad, pendiente de lo que se ocultaba entre las sombras. No podía permitir que un intruso se escondiera en la casa de mi prometida y mi suegra. ¿Y si era peligroso?

—¡Salga de ahí! Le he escuchado. Si sale, no llamaré a la policía... —solté. Luego caí en la cuenta de que estaba en Inglaterra, por lo que quien quiera que fuese el que se parapetaba entre los montones de cacharros viejos que acumulaban polvo en el trastero, posiblemente no entendería mi idioma —. ¿Hello? If... you... —intenté expresarme en un torpísimo inglés, sin

resultado. No había ido al colegio, y las cuatro palabras que sabía, las había aprendido de oírlas en alguna película —. ¡Que salga de una vez, leches!

Vi un puñado de muebles viejos situados a mi diestra. Arranqué sin mucho esfuerzo una de las patas de una antiquísima silla y blandí la madera amenazante. De nuevo, algo se removió pocos metros delante de mi posición. Empecé a sudar copiosamente. Anduve con lentitud, acercándome al sitio donde se ocultaba el intruso. La vida es una aventura.

De repente, una luz blanca inundó el desastroso piso, arrancando siluetas fantasmagóricas a lo que eran simples muebles viejos. Justo en ese momento,

la luz iluminó a un ser pequeño de pelambre oscura, que lanzó un terrible maullido y saltó hacia mí. Con el susto perdí el equilibrio, y el grito de un trueno acompañó mi caída, mientras Cerbero me esquivaba y salía raudo por la puerta, en dirección escaleras abajo.

—¡Joder, puto gato! —protesté con las nalgas doloridas por el golpe.

Me erguí y examiné la zona donde había estado escondido Cerbero. Un nuevo relámpago dibujó en la oscuridad una silueta humana, que elevó mi corazón desde el pecho hasta la boca, pero cuando mi fantasía exacerbada por la sugestión se calmó un poco, me di cuenta de que se trataba de un perchero. Seguí intentando localizar mi móvil. No

hallé rastro del teléfono. Lo que sí encontré fue la colilla de un cigarro. La punta aún estaba caliente.

4.- LUZ: CUARTO CRECIENTE:

Al día siguiente me despertaron unos golpes en la puerta. Por un momento quedé desorientado. No sabía si estaba soñando o estaba despierto. A mi cabeza acudieron las imágenes del paseo por la casa de la noche anterior, cuando perseguí a Cerbero en busca de mi teléfono. No lo había soñado, ¿verdad?

—¡Vamos, dormilón, que llevo media hora esperándote!

La voz de mi suegra... Miré la hora en mi reloj de pulsera digital. Me había quedado sin pila. ¿Cómo era posible que todos los aparatos electrónicos que

había llevado a esa casa se extraviaran o fallasen?

—Voy, Brunilda...

—Mamá...

—Voy... mamá... ¿Qué hora es?

—Las seis y media de la mañana. En esta casa se desayuna a las seis. Aséate. Te espero en la cocina de la planta baja. «¡Vaya horas!», pensé. «Vieja del demonio».

Desayunamos unos huevos pasados por agua con un sabor hartamente extraño, y tiras de beicon fritas, demasiado secas para mi gusto. Luego paseamos por lo que ella denominaba «hermoso jardín». En realidad se trataba de un siniestro paraje abandonado, con árboles de corteza quebradiza, cuyas copas estaban

plagadas de lo que, en principio pensé que eran aves. Luego me percaté de que eran murciélagos. Espinosas zarzas envolvían deshojados matorrales. El césped crecía desigual en la tierra, fangosa en algunas partes, y que alcanzaba la zona de las rodillas en las zonas más abandonadas.

—Tienes un poco desatendido el... jardín — comenté para romper el hielo.

—Esperábamos unos brazos fuertes como los tuyos para dejarlo en condiciones —sonrió—. ¡Oh, Cerbero! ¡Ven aquí, bonito!

El gato negro nos seguía a todas partes. Aproveché para contar a mi suegra lo acaecido la noche anterior. Se limitó a reír el robo de mi móvil como una

gracia del gato. Cuando le narré lo de las pisadas en el polvo y la colilla de cigarro, respondió:

—¡Ay, he intentado dejarlo! Como se entere mi niña me reprenderá severamente —pretendió conmoverme con su gesto lastimero.

—¿Las huellas y la colilla eran de usted?

—Estuve por la tarde ordenando algunas cosas, y aproveché para fumar un cigarrillo.

Algo extraño estaba pasando. Preferí dejarlo correr. Cuando llegase la noche, investigaría por mi cuenta. No quería empezar una relación con mi prometida en una casa donde ocurrían cosas inexplicables. Alguna vez Emelinda

había utilizado el eufemismo «peculiar» para referirse a su madre. Peculiar no: era rara de cojones.

La primera noche de embeleso en la que serví de guía a mi actual prometida, derivó en una segunda noche de admiración y en una tercera noche de deseo. A la cuarta noche mi corazón, alimentado por el indisimulado interés que ella mostraba hacia mí, promulgaba amor con sus latidos. Me preguntó acerca de mi inexistente familia, sobre mis amigos, la mayoría muertos jóvenes por sobredosis o en la cárcel detenidos por delitos de distinta magnitud. Me preguntó por mis nulas anteriores relaciones de pareja y por mi ignorancia sexual. Finalmente, acabamos retozando

sobre la arena de la playa, amándonos al compás de los golpes de las olas del mar en la orilla, protegidos por la tela oscura de la noche.

Cuando quise darme cuenta, estaba enamorado. Las semanas pasaron raudas. Emelinda se carteaba con su madre. «¿Es que no existen móviles en Inglaterra?», le pregunté medio en broma. En ese momento justo fue cuando describió a Brunilda como peculiar. «Es amante de la palabra escrita; lo que se escribe se medita y, lo que se dice, puede ponernos en un aprieto, según mi madre».

Luego me enteré de que le insistía en que se quedara embarazada. A mí no me importaba lo más mínimo: a esas alturas

había dejado el trabajo y estaba dispuesto a seguir a Emelinda al fin del mundo. Según aseguraba, viviríamos temporalmente con su acaudalada madre hasta que nos asentásemos. Entonces buscaríamos trabajo en la ciudad y nos mudaríamos a algún apartamento. Su voz era un hechizo imposible de evitar. Además, la vida es una aventura.

Al cabo de los tres meses, volvió al hogar materno. Lo hizo sola. Estuvo un poco taciturna y esquivo los días previos a su partida, pero lo achaqué a los nervios del viaje. Me dijo que lo prepararía todo para mi llegada, sobre todo a su madre. Quería hablarle de mí, compartir confidencias, pasar algún tiempo ellas dos solas. Luego yo me

incorporaría a la nueva familia... y nos casaríamos.

Me pareció muy bien. De hecho, estaba exultante por tener al fin un hogar en el que pasar mis días. Nos despedimos en el aeropuerto con un beso... No podía permitir bajo ningún concepto que mi recién estrenada familia sufriera peligro alguno. En mitad de la noche, me levanté y salí de puntillas de la habitación. Aunque estaba lejos del dormitorio de Brunilda, situado en el ala este, quería evitar cualquier tipo de ruido que pudiera alertarla bien a ella, bien a un posible extraño. Un frío gélido me acompañó en todo momento. Incluso creí oír el llanto de una mujer, la risa de un niño, el

lamento de un hombre... sonidos de personas que no existían. ¿Me estarían traicionando los nervios? ¿Se trataría de ecos del pasado que volvían al presente para obstaculizar el descubrimiento de algún antiguo secreto familiar? No creía en fantasmas, pero la noche, la decadencia del palacete y los extraños sucesos, eran factores más que suficientes para autosugestionar al temple más inquebrantable. Llegué de nuevo al pie de la escalera, en el ala oeste. Llovía con fuerza renovada, y el agua se filtraba por decenas de goteras que empapaban la madera podrida, la apolillada moqueta, y humedecía la piedra con sus dedos líquidos. Ascendí lentamente y franquéé el marco roído

por la podredumbre. Mis ojos se habían adaptado a la oscuridad desde hacía tiempo, por lo que pude distinguir las siluetas de los objetos acumulados allí durante años. El espacio era grande: ocupaba la mayor parte de la zona superior del ala oeste. El día anterior no me di cuenta del detalle, pero sobre mi cabeza el techo se elevaba varios metros y se inclinaba hacia un lado, según caía el tejado en el exterior. Me interné entre la maraña de objetos que formaban auténticos pasillos. Estuve casi una hora buscando por los rincones, pero no encontré a nadie agazapado entre las sombras. Quizás estuviera oculto en alguna de las muchas habitaciones del amplio ala oeste, pero examinar todos

los rincones de aquella casa me llevaría horas.

Algo rozó mi pierna, lo que me hizo dar un salto hacia un lado. Tropecé contra una pila de objetos que se derrumbó como un edificio barrenado. Durante unos segundos se formó una nube de polvo que me hizo estornudar. Cuando se disipó un poco, me dispuse a recoger ese desastre, sin haber hallado qué era lo que me había tocado. ¿Una telaraña? ¿Una rata? Sentí escalofríos solo de pensarlo. No quise seguir barajando opciones.

Entonces lo vi. Después de recoger algunas viejas cajas de madera, un zapato roñoso, varios vestidos antiquísimos y polvorientos y un

amarillento globo terráqueo, mis manos asieron un álbum. Un álbum de fotos.

Me acerqué un poco a una de las ventanas, para aprovechar la luz nívea de la luna en su cuarto creciente, y me puse a pasar las hojas. Crujían y se deshacían bajo mis dedos, pero lo importante, las fotos pegadas en el centro de las páginas, permanecieron intactas. Fotografías de antaño, cargadas de colores mates. En todas aparecían mujeres. En realidad, aparecía una única mujer en cada una de ellas. Daba la sensación de ser la misma mujer en varias etapas de su vida, desde su juventud hasta su vejez, con distinta ropa y en diferentes habitaciones, o bien féminas pertenecientes a la misma

familia pero de edades dispares, a juzgar por su parecido. Reconocí el salón del ala este donde había cenado con Brunilda como escenario de algunas de las fotos. Algo no me cuadraba. Todas esas mujeres cuyas fotos debían de tener entre más de treinta y cien años eran clavadas a Emelinda y a Brunilda. Además, en todas ellas, un gato negro observaba fijamente desde sus ojos de papel al curioso situado al otro lado de la fotografía, como si pudiera verlo más allá del tiempo y del espacio.

5.- CLARIDAD: AMANECEER ANTES DE LA LUNA LLENA:

Ignoro cuánto tiempo pasé en aquella buhardilla colmada de trastos viejos pero, cuando quise darme cuenta, el sol

comenzaba a devorar la oscuridad exterior. Debían de ser cerca de las seis de la mañana, la hora en que desayunaba mi suegra. No quería que acudiera de nuevo a mi dormitorio a despertarme y pudiera descubrir mis correrías nocturnas.

Regresé sobre mis pasos pero, cuando atravesaba la zona central de la mansión en dirección a la parte alta de la casa, donde se encontraba mi habitación, oí un lejano alarido. El cuerpo entero se me erizó cual ofuscado Cerbero. Algunos rayos de sol se filtraban por la madera carcomida del tejado, y encerraban en su cortina de luz un sinfín de partículas de polvo que danzaban caóticamente. El alarido se

repitió. Aunque la madera bajo mis pies se empeñaba en delatarme con sus crujidos, procuré ser todo lo sigiloso posible.

Durante un buen rato seguí los sonidos: gemidos, aullidos, gritos contenidos...

Los extraños ecos que rompían el silencio me llevaron hasta una puerta de madera de considerable tamaño y doble ala. Aquella zona estaba mucho más cuidada que el resto de la casa: el polvo era prácticamente inapreciable, y los tapices que adornaban los muros y las cortinas que cubrían los ventanales no conocían la polilla. Me percaté de que estaba muy cerca del salón. Otro alarido.

Pegué la oreja a la madera: cuchicheos. ¿Risas? Suspiros...

Algo pasaba ahí dentro. ¿No se suponía que en la casa no había nadie más que Brunilda y yo? ¿Y si Emelinda había vuelto? Me armé de valor y empujé un poco la puerta. Cedió sin oposición alguna.

Dentro estaba oscuro. Olía a viejo, y las voces se intensificaron. Gemidos.

Si no fuera imposible, diría que Brunilda mantenía sexo con alguien.

Imposible.

Quienesquiera que fuesen los que se encontraban en el interior no parecieron percatarse de que la puerta se había abierto, pues continuaban con su quehacer. Asomé la cabeza. En la

penumbra, distinguí una alcoba abigarrada de objetos: vestidos por todas partes, zapatos, muebles antiguos.... Al fondo, una cama con dosel ocultaba una figura que se perfilaba en la tela. Se movía. Hacía aspavientos. Muerto de curiosidad me interné en el dormitorio. La disposición de la cama respecto a mi posición era vertical, con el cabecero pegado a la pared contraria. Anduve un par de pasos, rodeándola, aunque manteniendo una distancia prudencial. A través del reflejo de un gran espejo situado en una de las paredes paralelas a la cama pude vislumbrar su parte lateral, cuyo dosel se encontraba abierto.

Entonces lo vi: un hombre procuraba

brutales acometidas a una mujer que, tumbada bocarriba, las recibía con harto placer. Las piernas marchitas rodeaban la cintura del hombre, unas piernas que no eran más que pellejo plagado de manchas doradas. Las costillas sobresalían de la piel, y dos pechos arrugados se deslizaban hacia ambos lados del torso. Del hombre no pude ver más que su perfil. Lo conocía de algo, pero en ese momento de tensión no caí en la cuenta de quién podía tratarse. La mujer tenía vuelto el rostro hacia el espejo, los párpados caídos.

En ese momento, Brunilda abrió los ojos y me vio. A pesar de la penumbra, Brunilda me distinguía tan claro como yo a ella. Me sonrió. Entonces, su

sonrisa se convirtió en una mueca de placer que culminó en un prolongado y orgásmico gemido.

Regresé a la habitación jadeando. ¿Qué coño estaba pasando en aquella casa? Ya era bien extraño que Emelinda no me cogiera el móvil y no hubiera dado señales de vida desde que llegué, pero que Brunilda, con la edad que tenía, mantuviese relaciones sexuales con un extraño que se suponía no debía ni estar en la casa, era algo propio de las novelas de misterio. No dejaba de darle vueltas a la mirada de Brunilda. Me había visto y, aun así, no había dicho nada. De hecho, su placer aumentó cuando nuestras miradas se cruzaron. Removí el interior de mi maleta en

busca de mi paquete de tabaco. Necesitaba urgentemente un cigarrillo para calmar los nervios. Debía salir de esa casa.

6.- LUNA LLENA:

¿Dónde hostias estaba mi paquete de cigarros? Por más que rebuscaba, no logré encontrarlo. Temblaba. Por alguna razón tenía miedo.

Estaba muy nervioso. Era imperioso que me llevara un cigarro a los labios, o me pondría a gritar. Vacíé en el suelo el contenido de mi maleta, y dejé esparcida la ropa a lo largo de la habitación. ¿Se me habría caído en algún momento sin darme cuenta? Busqué bajo el escritorio: nada. Me agaché y examiné los bajos de la cama. Tampoco estaba

allí, pero algo llamó mi atención. ¿Era un desconchón en la pared eso que mi cama ocultaba? Tenía una forma demasiado cuadrada. Por pura curiosidad, retiré la cama. ¿Qué era eso? ¿Qué significaban esos dibujos?

Me acerqué para examinarlos: se trataba de unos trazos irregulares que conformaban una palabra. Mi inglés es limitado, pero conocía el significado de esa palabra: *Run!*... ¡Corre!

Parecía una advertencia. Miré sobre mi hombro derecho al notar una ráfaga de aire frío azotarme el rostro. Un murmullo quedó logró congelar mi ánimo. Miré en derredor, pero la habitación seguía vacía. La luz del sol comenzaba a clarear los objetos.

Mi corazón explotó al oír unos golpes. Cuando me calmé, me di cuenta de que provenían de la puerta. Puse la cama en su sitio.

—¿Querido? —Era la voz de mi suegra —. Vuelves a llegar tarde al desayuno.

El desayuno fue tenso. Ella no paraba de parlotear de cosas sin importancia, mientras daba vueltas y vueltas a la cuchara de su taza de té. Yo no despegaba los labios. Cruzaba mi mirada con la de Cerbero quien, inmóvil junto a su dueña, me clavaba sus ojos de luna menguante. Odiaba a ese gato. Parecía saber lo que pensaba en cada momento. Controlaba mis sentimientos. Cuando nuestros ojos conectaban, las llamas de mi ira lamían mi corazón.

Deseaba matarlo pero, ¿cómo matar al gato de mi suegra? Mi prometida me mandaría a paseo en cuanto se enterase. No obstante, fantaseé con el hecho de dar una patada a Cerbero, clavarle un tenedor en el hocico o prenderle fuego con un mechero y echarlo a correr mientras las llamas lo devoraban.

—No me encuentro bien... —
interrumpí su perorata.

Ella me miró con la sorpresa dibujada en su rostro. Luego se relajó.

—¿Estás indispuesto, querido? —soltó con una sonrisa en los labios.

—¿Dónde está Emelinda? —Mi tono de voz le hizo cambiar la expresión. Por un segundo noté la tensión dominar los músculos de su cara, pero enseguida

compuso una mueca divertida.

—¡Ya te lo he dicho! ¡En la ciudad!

—Pues quizá sea mejor que busque una habitación en un hotel y regrese cuando ella haya vuelto... mamá —escupí mientras me levantaba y me dirigía a la puerta del salón.

—¡Lástima! Hoy es luna llena... ¡te perderás un espectáculo increíble!

Regresé a mi habitación, dejándola con la palabra en la boca. Recogí mis pertenencias esparcidas por el suelo del dormitorio y las metí en la maleta. Cogí el pantalón donde guardaba la cartera, que tenía depositado en una silla de la habitación. Quería comprobar si tenía suficiente efectivo como para costearme un par de noches aunque fuera en un

hotel de mala muerte. Mi sorpresa fue supina cuando comprobé que mi cartera también había desaparecido. ¿Habría sido ese maldito gato? No lo creía posible. Que me robara el móvil, pudiera ser, pues tiene luz, vibra, etc... es decir, tiene elementos que podrían atraer la atención del felino. En cuanto al tabaco, ya no sabía qué pensar. El hecho de que me desapareciera la cartera, era algo más grave. No creía que las pezuñas de Brunilda fueran inocentes en este asunto. Empecé a enfadarme muchísimo. Era demasiado. Iba a pedirle explicaciones a Brunilda inmediatamente.

Salí de la habitación dispuesto a recorrer la distancia que separaba mi

cuarto del de Brunilda cuando, bajando unas escaleras, algo se enredó entre mis piernas, un nudo oscuro y vellosos. Mientras me precipitaba escaleras abajo, pude distinguir a Cerbero sentado justo en el escalón en el que me encontraba cuando tropecé. Él me había hecho perder el equilibrio. Maldije al gato por provocar mi caída. Entonces, impacté contra el primer escalón, contra el segundo y contra un tercero, mientras rodaba escalera abajo. Luego perdí el conocimiento.

Desperté un poco mareado. No podría decir qué parte de mi cuerpo me dolía más, pues la cabeza, la espalda, los brazos... toda mi anatomía estaba siendo torturada por un millón de agujas.

Intenté llevarme la mano a la cara, con afán de despejarme, pero algo tiró de mi muñeca. Lo intenté con la otra. Nada. Poco a poco volví en mí. Noté una intensa frialdad en la nuca, en mi espalda, glúteos y piernas: estaba tendido sobre una superficie metálica y curva, de tal forma que mi cabeza reposaba por encima del resto del cuerpo. Observé mis piernas. Tenía los tobillos inmovilizados mediante grilletes. Comprendí el motivo de que me fuera imposible llevar mis manos al rostro, pues también estaban sujetas por el mismo sistema. Me encontraba en una habitación que olía a polvo. El techo alto y las vigas sujetando un tejado inclinado me revelaron que me

encontraba en la buhardilla. Otra vez la buhardilla... Lo poco que podía divisar desde mi situación presentaba un desvaído matiz amarillento, posiblemente debido a una iluminación con velas. Según parecía, la noche había caído de nuevo. ¿Cuánto tiempo llevaría inconsciente?

Giré el cuello para intentar abarcar más espacio y me lo encontré: un hombre. El mismo hombre que descubrí en la cama de Brunilda.

—¿Quién eres? ¡Suéltame! — Ordené sin apenas convicción, pues el estado de debilidad en el que me encontraba se reflejaba en mi voz. Se llevó un dedo a los labios para mandarme callar. —¡He dicho que me

sueltes! ¡Emelinda! —grité.

Ignoraba si mi prometida había regresado o no o, simplemente, si era verdad que había ido a la ciudad, hecho que cada vez dudaba más.

Me revolví, pataleé, luché en vano contra los grilletes, tanto que pronto sentí la laceración en mis tobillos, e hilillos de sangre se precipitaron desde mis muñecas hacia mis codos.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me hacéis esto?

Como única respuesta, el hombre mostró un enorme cuchillo de carnicero, de hoja amplia y afilada, que lanzó destellos ambarinos. En la otra mano tenía una copa.

—¿Qué piensas hacer con eso? ¿Dónde

está Brunilda? —Estaba aterrado.

—Aquí, querido...

Oí sus pasos acercándose a lo que pensaba que era una bañera, donde me encontraba metido y atado. También creí escuchar una especie de arañazos en el suelo, justo debajo de mi cuerpo. La mujer apareció en mi campo de visión, tras el extraño. Se abrazó a él y le besó en la mejilla.

—¡Brunilda! ¿Qué está ocurriendo?
¡Suéltame! ¿Dónde está tu hija?

—Tranquilo, Emelinda está a punto de llegar.

Dirigió un mohín a aquel tipo, que obedeció acercando el cuchillo a mi rostro. Instintivamente me alejé todo lo que pude, golpeándome la nuca con el

borde de la bañera. Volví a patalear y a convulsionarme. Grité.

El hombre me golpeó con la empuñadura del cuchillo varias veces. El dolor era insoportable. Llegó a un punto en que casi pierdo el conocimiento, de la paliza que me propinó en unos segundos. Luego sentí el filo del cuchillo en mi mejilla, abriendo la carne. El tajo no fue muy amplio, pero sí profundo, a decir por el calor que bañó parte de mi cara. Presionó la copa bajo la herida durante unos instantes. El fondo se manchó de carmesí. Luego entregó la copa a Brunilda.

La mujer me sonrió una vez más y se llevó el recipiente a los labios. Compuso una mueca de asco, o de dolor,

durante solo un instante. Luego, ante mi perplejidad, su parte de su pelo plateado adquirió el color del sol, y algunas de sus arrugas desaparecieron. Una Brunilda rejuvenecida apareció ante mis ojos. O una Emelinda envejecida. Horrorizado, empecé a comprender.

—¡Gracias, caballero! —dijo la mujer de repente dirigiéndose al hombre.

—De nada —respondió—. Vi que se dejó el móvil olvidado en el banco de la plaza...

Abrí los ojos de par en par. Ya había vivido esa escena con anterioridad. Ese tío era el hombre que devolvió el móvil a mi prometida el día en que la conocí. ¿A qué venía todo ese teatro?

Sentí náuseas. Me mareé y a punto

estuve de desmayarme.

—Hemos perfeccionado nuestras actuaciones para hacerlo todo... más creíble, amor mío—dijo la mujer con la voz un poco más juvenil—. Si quieres que vuelva a ser Emelinda, tendrás que darme toda tu sangre —escupió con una risa de cuervo.

El hombre volvió a acercar el cuchillo. Entonces tuve una visión. Un recuerdo me golpeó y me aturdió: Emelinda y yo en mi piso de alquiler. Emelinda y yo haciendo el amor. Un gemido igual de intenso y prolongado que el de Brunilda con el extraño. Emelinda en el cuarto de baño. Yo en la cama. Un hilo largo y plateado, una interminable cana sobre la almohada. Un comentario a mi

prometida. Un inexplicable enfado. Una inesperada partida de regreso a su hogar con la promesa de nuestro reencuentro cuando ella «lo dispusiera todo».

No podía creer lo que me estaba pasando.

Grité. Volví a convulsionarme intentando zafarme de mis ataduras. Zarandeeé aquella bañera.

—¡Grita todo lo que quieras! ¡Nadie puede escucharte! ¡Nadie te echará de menos!

Llevaba razón. El palacete estaba muy apartado de cualquier atisbo de civilización. Y en Cádiz... en Cádiz nadie iba a echar de menos a un ex presidiario sin familia ni amigos. Nadie me buscaría, ni siquiera se enterarían de

mi muerte. Podrían torturarme durante días, que nadie fuera de aquellas paredes se preocuparía lo más mínimo. Estaba a su merced.

Ella siguió riéndose; él estaba sobre mí dispuesto a darme un tajo mortal, acercando el cuchillo a mi garganta. Yo seguía sacudiéndome y luchando. Pensaba hacerlo mientras me quedaran fuerzas.

Entonces, esa especie de arañazos que provenían de debajo de la bañera se intensificaron. Inmediatamente, del suelo se elevó un fortísimo crujido y, bañera y yo caímos de golpe, nos precipitamos al piso inferior entre una lluvia de escombros y un ensordecedor impacto. El agujero que se había abierto en el

suelo también engulló al hombre del cuchillo.

Una nube de densa polvareda me cegó durante unos instantes. Tosí. Me limpié los ojos con el dorso de la mano. Descubrí, sorprendido y esperanzado, que el porrazo la había liberado. Miré hacia arriba: había atravesado el techo de dos pisos. Aquella parte del palacete se venía abajo, de puro viejo, y a mí me había venido de maravilla. Sentí un dolor lacerante recorrerme el cuerpo entero. El impacto de la caída había sido brutal, pero la mayor parte la había absorbido la estructura de la bañera. Dos agujeros más arriba se hallaba el rostro atónito de Brunilda, observando el desastre a través del inmenso

boquete. Su cara se deformó en una mueca demoníaca. Gritó enfadada. Luego desapareció.

¿Dónde estaba el extraño del cuchillo? Tendidas sobre mi cuerpo había unas telas. Eran las ropas del hombre. No entendía qué había pasado con él, cómo era posible que se hubiera volatilizado dejando nada más que sus ropas, pero en ese momento no le di la menor importancia. Se me ocurrió una idea. Con la mano libre me dispuse a coger las prendas. Mi prioridad era escapar de esa casa lo antes posible. Cuando agarré el pantalón, un bulto se removió en el interior de la camisa. Como una exhalación, del cuello de la camisa surgió un manojito de pelos hecho

una furia. Cebero se lanzó contra mi cara y la arañó. El dolor me hizo llorar. Lo agarré por el lomo y lo lancé lejos. Cayó a varios metros con un maullido furibundo. Rebusqué en los bolsillos del pantalón. Ahí estaba: la llave.

Con la mano libre, introduje la llave en los grilletes que mantenían atrapados mi otra mano y mis pies. Cerbero saltó a mi espalda y me clavó sus afiladas garras. Me levanté desesperado por el dolor, intentando zafarme del maldito gato. En el fondo de la bañera brilló la hoja del cuchillo. Aún con el gato encima, reventándome la piel debajo de la camiseta, cogí el arma y lancé una estocada hacia atrás, por encima de mi hombro derecho. El gato maulló como

un loco, me soltó y salió disparado a una velocidad vertiginosa. Deseaba con todas mis fuerzas haberle herido de muerte.

—¡Tú! —En la puerta de la habitación donde me encontraba apareció Brunilda, con mechones rubios y blancos por delante del rostro. Respiraba entrecortadamente: su pecho subía y bajaba, furiosa.

—¡Si te acercas te rajo, bruja! —amenacé blandiendo el cuchillo.

Me acerqué lentamente a la puerta blandiendo el filo ante su cara. Ella anduvo varios pasos hacia atrás. Sus ojos lanzaban rabiosas llamas, pero me dejó vía libre.

Corrí escaleras abajo. La brillante luz

de la luna llena me permitió orientarme por aquel laberíntico palacete. Logré hallar la gran puerta de madera doble que me trajo a este infierno el día en que la atravesé por vez primera. No tenía mi móvil. No tenía mi cartera. Entré en el palacete como un ex presidiario prometido. Regresaba a la realidad sin identidad. Cuando llegué hasta la puerta, descubrí aterrado que no podía abrirse. Tenía un enorme y antiquísimo pasador corrido y asegurado con un candado. Lo agarré desesperado y tiré de él. Aporréé la puerta con ambos puños. Estaba atrapado.

Por el rabillo del ojo detecté una sombra abalanzarse sobre mí. Me agaché justo a tiempo de evitar que el

hacha seccionara mi cabeza. La hoja se clavó en la madera e hizo saltar una miríada de astillas. El tipo extraño había vuelto. Estaba desnudo, y uno de sus ojos no era más que una masa sanguinolenta que derramaba un líquido espeso mezcla de sangre y una grasa nívea que otrora encerrara el globo ocular. Una herida como la que, con toda probabilidad, había causado a Cerbero con el cuchillo.

El tipo había cogido el hacha de una de las armaduras que protegían la entrada.

—¡Vamos, demonio! —Le reté lanzando tajos al aire con mi cuchillo—. ¡Acércate si te atreves!

Me dedicó una sonrisa demente y lanzó el arma contra mí.

Me hice a un lado con objeto de esquivarlo y clavarle el cuchillo en el estómago, más la hoja afilada aterrizó en diagonal sobre los dedos de mi mano derecha. La madera de la puerta actuó de soporte donde aterrizó el hacha.

Grite. Grité llevándome la mano bajo la axila izquierda. El dolor me había obligado a soltar el cuchillo, que tintineó contra la piedra fría. No quería ver el resultado de la carnicería, pero sabía que había perdido parte de las falanges de algunos dedos. Noté un intenso calor bañarme el costado donde había resguardado la mano herida.

Enfilé un pasillo que devoraba la oscuridad a mi diestra. Los ojos me escocían por el polvo, las lágrimas y el

dolor. Oía tras de mí la respiración entrecortada de mi atacante. No estaba agotado: era el éxtasis homicida que embargaba su espíritu el que le hacía jadear.

Sin parar de correr, empujé una puerta con uno de mis hombros. Desemboqué en una amplia sala de piedra. Las paredes se curvaban sobre sí mismas, y estrechaban el espacio a medida que ascendían hacia un agujero practicado en el techo. Bajo él, un enorme puchero cuyo interior estaba cegado por un sinfín de telarañas. Al fondo había una chimenea, varias mesas y sillas astilladas. A un lado cinco ventanales en formación ocupaban gran parte de la pared. No había más puertas.

La puerta de la cocina se abrió violentamente. El tipo demente apareció con su hacha, y me buscó en la penumbra con su mirada asesina.

Para entonces me encontraba lanzando una de las sillas contra el ventanal más cercano. Un estruendo terrible dio paso a una tormenta de cristales que se precipitó al exterior. Me subí a duras penas al alfeizar y salté afuera. Me rajé parte del muslo izquierdo con uno de los dientes de vidrio que aún conservó el marco inferior, pero ignoré el dolor.

Corrí como un poseso hacia donde imaginaba que se encontraba la cancela que separaba el camino del monte de la entrada a la propiedad de los Hadeswall.

Atravesé el bosquecillo de aullantes e invisibles alimañas, de siniestra vegetación, de espectrales telarañas que atrapaban con sus finos dedos... Sabía que mi perseguidor estaba cerca, pero preferí no mirar hacia atrás para no regalarle ni un metro de distancia. La luna arrancaba un brillo fantasmagórico a la bruma que, desde el suelo, lanzaba sus serpenteantes brazos hacia mis rodillas. A lo lejos pude distinguir el enrejado metálico que me trajera hasta este infierno, hacía ya lo que se me antojaba una eternidad. Me faltaba el resuello, la cabeza se me iba, posiblemente porque estaba perdiendo mucha sangre, pero las ansias de vivir eran más fuertes que el inminente

desvanecimiento.

Cuando el frío de la verja dominó la palma de mi mano, quise echarme a llorar. La cancela me miraba divertida desde el ojo oscuro de su cerradura. No tenía más opciones: o conseguía la llave, o escalaba el enrejado.

Me giré. Mi aliento convertía en vapor el frío de la noche. Tras esa cortina vaporosa distinguí a lo lejos la figura de mi perseguidor andando con harta tranquilidad hacia mí: sabía que no podía ir a ninguna parte.

No pensaba rendirme.

Abandoné el camino principal y me interné en el bosquecillo dispuesto a regresar a la casa, encontrar mi teléfono móvil y pedir ayuda.

Procuré hacer el menor ruido posible. Las ramas bajas y los matorrales hundían sus uñas afiladas en mis brazos, mis piernas y mi rostro. Los arañazos no me importaban: quería sobrevivir. Quise creer que el loco del hacha me había perdido la pista porque, durante el rato que vagué por entre la floresta, no escuché nada a mis espaldas.

Al cabo encontré el límite del bosquecillo. Tras él, se alzaba uno de los laterales de la imponente construcción. Me dirigí hacia allí en busca de una entrada.

Estaba asustado, aterido, pero no pensaba morir en ese lugar dominado por Lucifer, atraído por una de sus arpías para quedarse con mi alma.

En aquella parte no había ventanas, pero sí unos pequeños tragaluces rectangulares situados en la parte inferior. Me agaché para examinarlos: estaban cerrados.

—No puedes huir... —silbó una voz a mi espalda. Me estremecí de puro miedo.

Me volví. Allí estaba Brunilda: una terrible parodia de la anciana amable que había sido. Su cabello alborotado sumaba una expresión demente a sus facciones desencajadas. Los ojos salían de sus órbitas, y su boca se deformaba en una mueca horrible, fruto de la sed de sangre. De mi sangre. Tenía los dedos de las manos contraídos como garras. Estaba enhiesta, acariciada por la luz de

la luna llena, su confidente... su cómplice. Ya no era Brunilda. Era una mezcla de sí misma, de mi prometida y de un demonio. Detrás de ella, desde el bosque, apareció el loco del hacha.

—No le encontraba —informó con voz felina al engendro que había sido mi suegra.

Estaba atrapado. Me sentía débil. Por un momento llegué a pensar que me había orinado, porque el césped que había bajo mi cuerpo estaba impregnado por una gran mancha oscura. Luego me percaté de que se trataba de la sangre que resbalaba por mi costado y mi pierna. Sangraba mucho. En ese momento tuve la plena certeza de que no iba a contarlo.

Cuando ya lo daba todo por perdido, oí un golpe junto a mí. Busqué el origen del ruido y descubrí que el ventanuco más cercano a mi posición se había abierto hacia dentro. Lancé una última mirada a mis perseguidores, que andaban con la majestuosa parsimonia del depredador que sabe a la presa atrapada, y me escurrí de cabeza a través de la estrecha abertura. Me lancé a lo desconocido, pues el interior estaba completamente oscuro. No obstante, noté con horror que me quedaba atrapado por la cintura. No cabía por allí, al menos sin un punto de apoyo con el que impulsarme con las manos. Quedé patéticamente colgado por la mitad del cuerpo. Toda mi anatomía de cintura para abajo quedaba

expuesta en el exterior a merced de aquellos dementes. Escuché las risas de hiena de mis perseguidores ahí fuera: debía resultar muy cómico mi patético intento de huida. Lloré de rabia e impotencia.

Entonces, en la oscuridad, apareció Otis. Su cuerpo cadavérico, devorado por el incendio, se dibujó en la negrura. Dentro de las cuencas de sus ojos, sendos gusanos bailotearon nerviosos, cual espantosas pupilas. Su rostro descarnado tenía dibujada una eterna sonrisa. Alzó los huesos chamuscados de los brazos, me asió de los hombros, y tiró hacia él.

La caída fue dolorosa. Desde fuera me llegaron las quejas de Brunilda y su

acompañante, que no se esperaban que, finalmente, pudiera escapar de ellos. Luego los golpes del ventanuco al cerrarse y su pestillo al correrse gracias a una mano invisible. Aterrado, vencí el dolor y me senté en medio de la nada. Busqué a Otis con la mirada, pero había desaparecido. No obstante, agradecí la última oportunidad de sobrevivir que me había brindado con su ayuda. Me erguí con dificultad, pues la falta de sangre, el cansancio y el dolor me debilitaban lo indecible. Mis ojos se acostumbraron rápido a la penumbra: me hallaba en un sótano. Descubrí viejas y oxidadas armaduras, blasones corroídos por la humedad pendiendo de las paredes, armarios que habían conocido mejores

épocas, viejas lámparas de aceite colgadas aquí y allí...

Algunas de ellas aún conservaban parte del combustible...

Buscando la manera de salir de allí, me topé con un montón de trastos acumulados. Había ropa vieja, muy pasada de moda, maletas de viaje, calzas antiguas... parecía un viejo mercadillo. Mi corazón dio un vuelco cuando, entre esa marabunta de trapos, encontré mi cartera. Seguí rebuscando. Bajo algunas prendas hallé mi maleta abierta. Aún contenía parte de mi ropa y objetos personales, incluso el bocadillo a medio comer cubierto por papel de plata colmado de hormigas que desmigaban el manjar con paciencia

infinita.

Empecé a sospechar que todo aquello había pertenecido a otras personas. Otros hombres. Hombres embaucados por una bruja. Hombres que habían corrido la misma suerte que yo. La madera crujió sobre mi cabeza. Pasos. Luego escuché lo que parecía un engranaje al abrirse. En un extremo de aquel recinto apareció un túnel de luz que descendía en diagonal hasta posarse contra la pared. Dos sombras se deslizaron escaleras abajo.

Sufrí un vahído. Descubrí que mi sangre había salpicado aquella montaña de ropa, aquel monumento a los muertos por la mano de Brunilda y su gato. De seguir así, mi cuerpo no albergaría ni

una sola gota que aquel demonio pudiera degustar.

Debía terminar de una vez por todas con aquella pesadilla. Decidí acabar con los dos engendros.

Sin hacer ruido, volví sobre mis pasos. Acumulé en una sola lámpara los restos de aceite que conservaban algunas de las otras. Regresé al montón de trapos y me escondí. La luz de una vela barrió la estancia, pero pasé desapercibido. Mientras examinaban otra zona del sótano, bañé con el aceite el montón de telas roídas. Ahora solo me faltaba un mechero para que todo prendiese. Yo había tenido uno en mi paquete de cigarrillos. Si lograba encontrarlo, por Dios que haría una verdadera pira de

aquel palacete.

Comencé a buscar con frenesí, apartando cuanto objeto me encontraba. Tras un buen rato, no logré hallar el paquete de cigarrillos. Estaba desesperado. Unos pasos revelaron que la siniestra pareja se aproximaba. Seguí buscando con más insistencia, apartando a manotazos aquellos trastos inútiles. Entonces me topé con mi maquinilla de afeitar. Una maquinilla que funcionaba a pilas.

Otis volvió a darme la clave.

Él lo hizo con un trozo de papel de aluminio que había usado para consumir droga, antes de que los funcionarios encontrasen su mechero y se lo requisaran. Utilizó también una pila del

mando a distancia del televisor de dieciocho pulgadas que tenía en su celda.

Abrí la tapa y saqué una pila. Me arrastré hacia mi maleta y cogí el bocado. Arranqué un trozo de papel de plata. La sangre que aún salía de mis dedos cortados ahogó a una multitud de hormigas.

Apestaba a aceite.

—Ahí estás —dijo una amenazante voz en la oscuridad.

Yo me hallaba sentado en el suelo, sobre un charco de mi propia sangre, dando la espalda a mis perseguidores.

—Vamos, querido, no te resistas. —La voz de Brunilda era sibilina, como la de una víbora—. Ven con mamá. Pronto no

sentirás nada. Prometo no hacerte daño. Por el rabillo del ojo vi a su cómplice hacha en mano, trazando lentamente un semicírculo para situarse a mi lado. Querían impedirme las posibles escapatorias. Lo que ignoraban es que yo, a esas alturas, no pensaba escapar. —¿Qué tienes en las manos? —exigió saber el hombre armado.

Entonces empecé a reír. Reí a carcajadas, como si fuera uno de ellos. Como si fuera un loco más. Mi risa rebotaba en las paredes de piedra y regresaba hacia nosotros multiplicada por diez. Resonaba como el aullido de un lobo.

Intuí la sorpresa en el rostro del tipo del hacha cuando una pequeña llama

prendió en mi ropa, que estaba impregnada de aceite. Me impulsé de un salto, me giré y me lancé contra Brunilda. A ella no le dio tiempo de reaccionar.

Fui el único a quien Otis confió su plan. Decía que no soportaba más el encierro, y que solo había una manera de escapar de allí. Me contó que, con papel de plata y una pila, se puede provocar un incendio. Él usó la del mando a distancia del televisor y el papel de plata que utilizaba para drogarse. Yo usé la pila de mi afeitadora y el papel con el que envolvía el bocadillo.

En un abrir y cerrar de ojos, ambos caímos sobre el montón de ropas y objetos acumulados en el sótano. Noté

las uñas de Brunilda atravesar mi piel. Durante un breve instante, todo quedó en el más absoluto silencio. El extraño soltó el arma y se precipitó hacia nosotros, con el objetivo de salvar a Brunilda. Entonces se oyó un leve fogonazo, y el sótano, iluminado por las llamas, materializó el infierno sobre la Tierra.

7.- UN DÍA SOLEADO:

Los jubilados, las parejas que disfrutaban de su viaje de novios, algunos niños que se aburrían con las explicaciones y eran increpados en todo momento por sus agotados progenitores para que dejasen de correr de un lado para otro... Todos se afanaban en oír a la guía a través del caótico palacete. La

chica, una joven estudiante que se costeaba la carrera universitaria trabajando como guía en un tour que ella misma había preparado, llevaba una chapa en el pecho que rezaba «Castillos, palacios y palacetes encantados de Inglaterra».

—El rey Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia fue uno de los monarcas que más obsesión demostró por la caza de brujas. Mucho antes de ser coronado rey en 1603, ya creía que las brujas escocesas preparaban un plan en su contra. Escribió el libro *Daemonologie*, en el que establecía unas pautas para que sus fieles descubrieran y denunciaran la práctica de la brujería. En 1604 dictó una severa ley para la

caza de brujas...

—¿Podría pasar de la historia y enseñarnos lo del misterio? —inquirió un anciano de rostro apergaminado.

La guía rió.

—Bueno, veo que tenemos a un impaciente en el grupo. Nos dirigimos hacia la sala de los cuadros.

Un murmullo de expectación se extendió por el grupo.

—Tengan cuidado por dónde pisan. Aunque la zona oeste del palacete es la que se encuentra en peor estado, por lo que tenemos prohibido el acceso, la zona este también sufre severos desperfectos.

Atravesaron un pasillo cuyo suelo crujía

con las pisadas. Las paredes de piedra vestían níveas telarañas. Al fin, sortearon una viejísima puerta y desembocaron en una amplia sala de altos techos y grandes ventanales en un costado. A lo largo del resto de las paredes se sucedía una serie de cuadros que contenían los retratos de hombres adustos. La guía se plantó frente al primero, el de un hombre de cabellos y barbas pelirrojas, vestido con falda de cuadros y portando una gaita. La chica alzó la mirada.

—Yvaine McKenzie, o «El inglés», apodo recibido por sus enemigos tras su famosa traición. Los cuadros siguientes muestran a sus herederos. Este es el último heredero conocido de Yvaine,

que cayó en desgracia cuando sus tres hijas, fruto de su relación con su esposa de origen germánico, Adelelma, Diomira y Brunilda, fueron acusadas de brujería y ajusticiadas por ello en 1605. Cuenta la leyenda que las famosas hermanas bebían sangre para mantenerse siempre jóvenes. Raptaban a los niños de los campesinos y, tras realizar un ritual, les sacaban la sangre y se la bebían.

El grupo lanzó algunas expresiones de desagrado.

—Dice usted que ese fue el último heredero directo del tal McKan... McKun...

—McKenzie —ayudó la guía al mismo anciano de antes, tras verse

interrumpida.

—McKenzie —repitió el viejo—. Entonces, supongo que el misterio radica en quiénes son los que aparecen en todos esos cuadros repartidos por la sala tras el último... McKenzie.

—Exacto.

—Es muy sencillo —insistió el visitante—. Son los posteriores dueños o inquilinos del palacete. — Murmullos de aprobación.

—Error —corrigió la mujer con una gran sonrisa—. No se conoce dueño posterior al último McKenzie. No hay documentos. No hay nada. Se ignora absolutamente sus identidades.

—Pero es evidente que esos hombres visten ropa de época, cada uno más

moderna que el anterior. No existe otra explicación.

—No existe explicación. Repito que se ignoran las identidades de esos hombres. Se rumorea que la hermana menor, Brunilda, no murió en la horca, como hizo creer a sus captores. Dicen que Brunilda ha seguido vagando por estas estancias más de cuatrocientos años, y que continúa atrapando víctimas para beber su sangre... —la guía utilizó un tono de voz bajo para crear una atmósfera de misterio. Todos mantenían la respiración, para no perderse una sola de sus palabras.

—¡Cuentos de viejas! —protestó el anciano.

—Bien, sigamos con la visita. —

Acompañó la frase con un ademán para indicar la salida. Entonces se percató.

Mientras los visitantes salían del salón, atravesó la sala y se situó ante el último cuadro. Llevaba tiempo trabajando como guía en aquel palacete, por lo que estaba segura: era la primera vez que veía ese nuevo cuadro. La pintura representaba a un hombre que vestía ropas demasiado modernas como para que fuera una obra antigua. Lo comunicaría a las autoridades con objeto de que investigasen si era fruto de algún bromista que quería continuar con la leyenda.

La guía abandonó la estancia indignada por la falta de respeto que algunos mostraban hacia la Historia. Desde la

esquina más alejada, ocultos por las sombras del tiempo, Elodia Hadeswall y el gato de su madre muerta, Cerbero, escuchaban con atención el inexacto relato de la guía. Todavía era pronto, pues Elodia solo era una niña, pero cuando su cuerpo perdiera la batalla contra el tiempo, nuevas víctimas se sumarían a la colección que abarrotaba las paredes del salón del palacete.

Diana D

Nota del autor:

“VERDAD: Estudié durante años. Viajé. Aprendí idiomas. Amé. Odié y me odiaron. Al final de mi vida, cuando la Muerte me cogió de la mano y me condujo por la senda al Más Allá, me miró a los ojos y dijo: no tienes ni idea”. Sí, verdad. La verdad duele, y muchos

prefieren vivir ajenos a la realidad que les rodea. ¿Y si la verdad es tan insoportable que, de conocerla, nos volviéramos locos? Diana D, la protagonista de esta historia, conoce la verdad, pero hará todo lo posible por evitar que Xorls, su dueño y amigo, la conozca. Está dispuesta a enfrentarse a la amenaza más terrible por protegerle.

¿Quieres conocer la verdad?

PRÓLOGO:

Time Square fue la primera zona de Manhattan en conocer la luz eléctrica, allá por el siglo XIX. También sería testigo de honor, trescientos años después, del nacimiento de un nuevo y revolucionario avance científico.

Eran sus grandes ojos azules lo que embelesaba a los transeúntes que decidían sumarse a la cola. Ninguno de los clientes se percató de que sus párpados jamás abrazaban las pupilas.

Se mantenían impávidos, uno arriba, otro abajo. Inútiles en realidad.

Broadway estaba muy concurrido aquella tarde, pues sus teatros estrenaban algunas obras que habían llamado poderosamente la atención del público. En aquel barrio jamás caía la noche: los múltiples carteles luminosos que abarrotaban las prolongadas fachadas de los edificios despedían tal fulgor que el sol devenía innecesario. Bajo la escalera roja, en la 47th St., la ventanilla para la adquisición de entradas enmarcaba el rostro de una nueva dependienta.

Un joven trajeado, que ocupaba el tercer lugar de la fila, disfrutó de la visión de una aurora boreal en uno de

sus viajes. Una chica desgarbada, que guardaba sitio a otras dos amigas, amaba la astronomía y se deleitaba observando remotas galaxias con su telescopio desde el balcón de su casa. Un anciano que asía la mano de uno de sus nietos y que increpaba a otro para que se portase bien, había estudiado durante un tiempo el fondo marino, por lo que tuvo la posibilidad de contemplar animales y lugares extraordinarios. Ninguno de ellos, no obstante, había admirado jamás nada más hermoso que aquella chica de cabellos dorados y cuerpo escultural.

Su sonrisa transmitía tal encanto que era imposible no ruborizarse ante ella. Lo que más sorprendió a la concurrencia

fue la actitud que adoptó frente a un energúmeno de los que abundan en todas partes y que hacen del derecho ajeno su mofa particular. El tipo no respetó la fila de clientes. Se introdujo entre varias personas que censuraron sus maneras, pero respondió a las llamadas de atención con insultos y vejaciones.

Los pocos que osaron enfrentarlo, ante las amenazas del molesto en cuestión, optaron por tragarse su enfado. La mayoría se limitó a escandalizarse en silencio, con un mohín de desaprobación o alguna palabra indignada escupida en voz baja.

El revuelo que se formó en un momento despertó la curiosidad de la empleada que, sin perder su sonrisa, se levantó del

asiento y se dirigió hacia el tipejo. Era una chica menuda y bonita.

Cuando la vio llegar, el alborotador soltó un silbido de admiración.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¡Vaya tía buena! ¿Por qué no dejas lo que estás haciendo y te vienes conmigo a un lugar más tranquilo? —Acompañó la pregunta con un gesto obsceno de su cintura.

—¡Qué señor más impertinente! ¡Deje en paz a esta señorita! —exclamó una anciana muy enfadada.

—¡Calle vejestorio! ¡Váyase a su casa a hacer calceta!

—¡Infracción! —dijo la chica rubia sin perder su sonrisa.

El tipo la miró perplejo. Incluso la anciana la observó con una mueca de

extrañeza.

—¡Infracción! —Repitió de nuevo, mecánicamente—. Escarmiento.

Tras esta última palabra, antes de que el gamberro pudiera reaccionar, lo agarró del pecho, le hizo perder el equilibrio con una zancadilla y lo tendió bocabajo sobre la acera, con el brazo doblado tras la espalda. Con una velocidad pasmosa, la chica sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta una presilla y sujetó las muñecas del individuo, inmovilizándolo.

—Ha incumplido la normativa 1910/2013, de Convivencia Ciudadana. La sanción que le corresponde es de doscientos dólares. Tiene un plazo para recurrir de un mes, aunque no se lo aconsejo, porque tengo registrados los

hechos en mi cámara interna, amén de los testigos. —Su amplia sonrisa no varió un ápice.

—¿Será hija de...? —escupió el hombre muerto de rabia, llenando la calzada con sus espumarajos.

Quienes componían la cola y aún los transeúntes y conductores que detuvieron sus vehículos para ver la escena, estaban boquiabiertos, impresionados por la habilidad de esa chica cuyo delicado físico ocultaba unas capacidades insólitas.

—Los insultos suman cincuenta dólares más a su sanción —informó mientras extraía con un hábil movimiento la cartera del individuo y leía los datos de su carné.

Luego sacó de su chaqueta una hoja impresa que reproducía su identificación completa y las infracciones cometidas. Se lo tendió, esperó a que se calmase y cortó las presillas.

El tipo, una vez liberado, quedó en el suelo acariciándose las muñecas, doloridas por la atadura; no sabía cómo reaccionar. Miraba en derredor, avergonzado por la humillación a la que había sido sometido. Finalmente se levantó y enfiló la transitada vía con las manos en los bolsillos.

Todos los asistentes aplaudieron y vitorearon a la joven.

—¿Cómo te llamas? —preguntó un hombre enchaquetado devorando a la chica con la mirada.

—Diana. Diana D.

CAPÍTULO 1:

Me pregunto si los océanos gemelos que Diana D exhibe en su rostro con indisimulado orgullo, pueden abarcar el reflejo de todas las estrellas del firmamento.

Mi nombre es Xorls. Dicen que no tengo miedo a nada. Creo que llevan razón.

Mi estancia en la realidad fue muy breve. El día de mi nacimiento, surgí del medio acuoso del vientre de mi madre con ímpetu impropio de un neonato. A punto estuve de romper a llorar. Mi rostro amoratado y el gesto contraído anunciaban una seria rabieta, mas, cuando abrí los ojos dispuesto a advertir

al mundo de mi llegada con un berrinche, la mirada cristalina de Diana D me absorbió completamente. Caí en las profundidades de sus pupilas y nunca más regresé de sus intrincados abismos. Nos observamos mutuamente durante incontables segundos: yo, un bebé recién nacido de mirada curiosa, inquisitiva; ella, un ser especial, único, de ojos grandes y claros como una alborada.

Como digo, no soy un cobarde. Nunca lo he sido pero, como todo el mundo, tengo un miedo innato a la muerte. El miedo a la muerte nace de la certidumbre de que llegará y de la incertidumbre de lo que significará. Porque la muerte es la última fase de la existencia carnal, en la que el cuerpo metamorfosea en otra

cosa: certidumbre. ¿En qué?:
incertidumbre.

Quizás lo que nos espera tras el umbral de la muerte sea una inmovilidad pétrea. La ausencia de sensaciones. La soledad. La oscuridad.

¿Puede existir algo peor?

Bueno, quizás del deseo de estar muerto. Sí, definitivamente el anhelo de dejar de respirar, de sentir, sea peor que la propia muerte. Mi audacia, o temeridad, como sostiene Diana D, y la pérdida del miedo a la muerte constituyen las piedras angulares de la historia que os voy a relatar, la historia de un joven intrépido que se dejó llevar por sus impulsos.

Bien pensado, quizás la historia no gire

en torno a mí, sino en torno a ese demonio, a esa amenaza inexplicable con la que tuvimos el infortunio de tropezarnos...

No. Definitivamente intuyo que la historia trata de mi amiga Diana D.

CAPÍTULO 2:

Soy doctor en Historia Antigua y compagino la investigación de campo con la Literatura Histórica.

Ahora sé que los casquetes polares desaparecieron debido a la contaminación, que llegó a convertirse en una verdadera capa ceñida alrededor de la Tierra, y la geografía terrestre cambió para siempre. Al menos es lo que he podido deducir a raíz de mis recientes descubrimientos.

Este es el motivo principal por el que en mi época no existen las macro delimitaciones políticas conocidas como países. En nuestra Era es absolutamente imposible. Los humanos sobrevivimos en comunidades más pequeñas, del tamaño de grandes barrios o diminutas urbes. El contacto entre las poblaciones es circunstancial. Solemos enviar o recibir embajadas para el intercambio de productos. Comercio en toda regla. Pocos seres humanos quieren abandonar la seguridad de nuestras poblaciones para aventurarse al inhóspito exterior. Es peligroso, pues la contaminación dificulta la visibilidad y, en caso de respirar el aire envenenado, la muerte está asegurada. Yo no albergo tales

temores. Mi sed de conocimiento es más fuerte que cualquier peligro que pueda acechar entre la niebla oscura de la polución. Busco cualquier excusa o aprovecho la más mínima oportunidad para emerger del subsuelo y pasearme por entre las ruinas de la vieja Washington. Es impresionante comparar una imagen de hace más de un siglo del Capitolio, tan blanco, tan impoluto, con el actual resto de muros que sobresalen de lo que fue su perímetro, ennegrecido por la viciada atmósfera.

Por ello, cada vez que se hacía necesaria una expedición al exterior, con objeto de examinar alguna infraestructura averiada o realizar cualquier otro trabajo, me ofrecía

voluntario ante las autoridades, y aprovechaba el permiso de salida para llevar a cabo mis indagaciones; esto me granjeó entre la ciudadanía el sobrenombre de el Audaz. Xorls, el Audaz. En realidad, tengo una fe ciega en la ciencia. En la ciencia y en Diana D. Si mi amiga me asegura que no hay posibilidad de sufrir daño alguno con los medios adecuados, me lanzo sin pensarlo.

CAPÍTULO 3:

Aunque mi hogar se encuentra en Belowshington, mi vida culminó en Uphattan, urbe situada a cien metros de altura sobre las ruinas de Manhattan. El antiguo cauce del río Hudson se desbordó con el deshielo, y las aguas

anegaron la vieja ciudad de Nueva York, reduciéndola a escombros. Las Freedom Towers resistieron la acometida de la masa líquida con estoicismo, pero sucumbieron con el paso del tiempo y el hambre voraz de la herrumbre. Su desplome tuvo que ser todo un espectáculo.

El último día que pasé en Belowshington, me encontraba en mi laboratorio analizando una muestra de roca que había recogido en una expedición reciente. Quería corroborar si se trataba de un trozo del Obelisco, monumento a la memoria del presidente Washington. Diana D afirmaba que lo era, pero prefería comprobarlo mediante métodos científicos, y no solo basarme

en la palabra de una amiga. Pugnaba por no perder mi profesionalidad en el horizonte estriado de sus pupilas.

Entonces me llegó el mensaje de las autoridades: el permiso que había estado esperando durante meses me había sido concedido.

Escribía un nuevo libro, esta vez sobre la historia de la primitiva Nueva York, una de las ciudades más importantes de la Vieja Era. Para poder acabarlo, necesitaba dos cosas: una autorización especial para salir de Belowshington y la asignación de un transporte con el que cubrir los más de trescientos cincuenta kilómetros que separan mi hogar de Uphattan.

Pero la aprobación del viaje tenía su

letra pequeña: hacía más de una semana que se había perdido la comunicación con la urbe vecina, lo que empezaba a ser preocupante, ya que existían negocios a medio terminar entre ambas. Por tanto, mi primera obligación era aproximarme con el transporte, estudiar la situación y aterrizar solo si la ausencia de peligro resultaba evidente. Luego, debía contactar con Belowshington a través del equipo de comunicación del vehículo. En caso de que hubiera una explicación inofensiva a la falta de noticias, podría permanecer dos meses en Uphattan para llevar a cabo mi investigación.

Como siempre, Diana D se empeñó en acompañarme. Hacía unos días que la

encontraba taciturna, y la noticia de mi partida pareció perturbarla aún más. Le dije que no me importaba hacer el viaje solo. En realidad lo prefería; así podría trabajar sin que la beldad de sus retinas lastrase mi concentración. Fue justo eso, la persuasión de su iris lo que me empujó a ceder.

—Quiero ver el sol otra vez —había apuntado.

—Yo te lo mostraré —respondí rendido a su mirada.

Pocas son las oportunidades que tenemos de sobrevolar la capa de contaminación que cubre la Tierra. La noche es perpetua en nuestra Era. Por ello, en las raras ocasiones en las que las autoridades me concedían un

helicóptero, ascendíamos a través de las nubes oscuras hasta hundirnos en el azul del cielo; el sol nos regalaba entonces un fulgor únicamente comparable con el que despiden los ojos de Diana D.

CAPÍTULO 4:

En poco tiempo, recorrimos la distancia que separaba ambos puntos geográficos. El panorama era tan desolador como siempre: restos ruinosos de lo que antaño fueron prósperas poblaciones.

Ya de lejos divisamos la impresionante cúpula de Uphattan, una gigantesca construcción campaniforme sustentada sobre una infinidad de pilares. Abarcaba gran parte del horizonte, y su cúspide se introducía en

la capa de contaminación, como la colosal montaña que se incrusta en el cielo nublado. La diferencia entre el terreno yerto de la antigua Washington y la mastodónica estructura que se elevaba imponente hacia los cielos me impactó sobremanera.

Ascendimos para sobrevolarla. Superaba con creces el manto contaminante, como la yema de un huevo que emerge sobre la clara. La parte alta de la cúpula era traslúcida, por lo que pudimos distinguir algunos habitáculos abarrotados por las máquinas que mantenían en funcionamiento los servicios básicos de la ciudad.

Diana D maniobró el helicóptero, que apuntó con el morro hacia el falso

suelo de ébano, y volvimos a atravesarlo en pocos segundos. Uno de los laterales convexos de la urbe apareció ante nosotros: una interminable pared oscura que protegía el interior de la ciudad de la helada temperatura exterior. Lejos de nuestra situación divisamos un cuerpo que despuntaba de la estructura. Nos dirigimos hacia él rápidamente, separándonos lo suficiente para no sufrir un peligroso impacto. Un grupo de operarios ataviados con livianos trajes de supervivencia y colgados de arneses se afanaba en arreglar una gran antena. Cuando repararon en nuestra presencia, dejaron sus quehaceres, atónitos. No estaban acostumbrados a la llegada sorpresiva

de extranjeros. Al cabo de un rato, uno de ellos levantó una mano a modo de saludo. La visión de seres humanos me tranquilizó. También me alegró porque, ahora que había corroborado que no existía ningún peligro, podría pasar dos meses recabando datos del entorno ruinoso de Uphattan para finalizar mi libro.

Decidimos aterrizar en uno de los helipuertos situados a diferentes niveles alrededor de la construcción. Sobresalían de ella como los pétalos de una flor.

CAPÍTULO 5:

Contacté con Belowshington para informarles de lo que había visto. Me dieron permiso para entrar en la urbe.

Mientras las hélices continuaban girando por pura inercia, bajamos del vehículo y atravesamos un puente estrecho hasta una entrada sellada. La puerta se elevó, abriendo el camino a una pequeña sala con otra puerta en el extremo contrario. Nos deshicimos de nuestros trajes de supervivencia y esperamos a la obligada descontaminación. Al cabo, pudimos acceder a las instalaciones de aquella parte de la ciudad. Un hombre cano y de piel cetrina nos esperaba. Vestía un pantalón amplio y una camisa de cuello muy alto, tanto que le cubría parte de la cara hasta las orejas. Daba la sensación de que tenía la cabeza metida en un boquete. Posiblemente perteneciera al

Consejo, autoridad máxima de la ciudad.

—Bienvenidos a Uphattan —dijo con una sonrisa afable. Su acento era peculiar; acertaba algunas palabras y pronunciaba excesivamente las eses. Me percaté de que no le quitaba el ojo de encima a Diana D. Se había dado cuenta desde el primer momento de que no era una persona normal. Bueno, era cierto que Diana D no era una persona.

Tras darle las oportunas explicaciones sobre el motivo de nuestra visita, nos contó que la antena principal había sufrido un percance, y que los técnicos intentaban repararla desde hacía días. Ese era el motivo de la falta de contacto con nuestra urbe. En la ciudad todo estaba bien.

Le entregué la autorización que me permitía pasar dos meses en Uphattan y que reflejaba el objeto de mi embajada. Necesitaba también la aprobación del Consejo de la urbe, pero contaba con él. Los extranjeros siempre son bienvenidos: enriquecen el día a día de las ciudades con sus noticias de lugares lejanos.

El hombre nos guió hacia el corazón de la ciudad a través de una intrincada red de pasillos estrechos que despedían una melancolía inexplicable, de tan sombríos. Llamó mi atención la miríada de símbolos ahuevados, parecidos a cabezas humanas, pintados a lo largo de las paredes, grabados en las puertas de las casas e incluso en forma de

monumental relieve en una de las plazoletas de la urbe. Me interesé por aquella curiosa iconografía, pero el Consejero zanjó la cuestión indicando que era parte de la cultura de la ciudad, cultura que se remontaba a la época de su construcción. Una vez al año realizaban un curioso festejo a base de bailes e ingestión de dulces «para espantar a los demonios». Me dio la sensación de que Uphattan tuvo que ser una urbe esplendorosa en sus orígenes, pero la decadencia de la ignorancia se había cebado con ella, hundiéndola en un oscurantismo descorazonador.

Tras una breve reunión con los prohombres de Uphattan, en la que les trasladé las nuevas de mi hogar, les

expliqué los últimos avances, datos de investigaciones recientes y otras curiosidades, no opusieron ninguna objeción a que permaneciera el tiempo estipulado. Además, obtuve una autorización especial para salir de la urbe los días que estimase pertinentes para llevar a cabo mis indagaciones en el entorno. A cambio, debía compartir con ellos todos los datos recabados y entregarles cualquier pieza de valor que pudiera encontrar. Con una sonrisa en los labios, uno de los consejeros me advirtió que la pena por robar era la decapitación.

Decir que nos acomodaron sería mentir. La realidad es que nos instalaron en un nimio cuartucho con dos camastros

y un servicio minúsculo.

CAPÍTULO 6:

En los días sucesivos realicé mis primeras excursiones fuera de la ciudad.

Me ajusté el traje de supervivencia - cuyo cuello me cubría la boca-, las lentillas protectoras para evitar daños oculares y los tapones cilíndricos en mis fosas nasales, que filtrarían el aire para hacerlo respirable.

Según mis mapas, el perímetro ovalado de Uphattan se cernía sobre gran parte de lo que fue Manhattan, desde el antiguo barrio de Harlem situado al norte, hasta el barrio financiero del sur. Desde una de las ventanas situadas en la parte austral de la urbe se divisaba, a pesar de la

contaminación, la estructura derruida del puente de Brooklyn surgir de la vertiente como el hueso de un dedo amputado. El lado oeste sobrepasaba el cauce seco del río Hudson y, por el este, la cúpula cruzaba el East River e incrustaba sus pilares sobre Long Island. Todo lo que fue Central Park, la zona donde se ubicaba el Empire State Building y otros edificios y lugares emblemáticos de Nueva York quedaban bajo su panza. En realidad, lo que permanecía era sus restos. O los restos de sus restos.

No tenía definido ningún plan de acción por lo que, durante los primeros días, decidí aventurarme por la zona norte. Descendí hasta los pies de Uphattan en un ascensor albergado en el

interior de uno de los gigantescos pilares que la sostenían.

La poderosa luz blanca de la linterna integrada en mi traje atravesaba la polución, lo que permitió adaptarme rápidamente al medio: el esbozo de un intento de mapa garabateado por algún piloto que había sobrevolado la zona y rematado luego por las autoridades de Uphattan, en el que situaron algunas de las construcciones más importantes de la vieja Manhattan, me sirvió para guiarme a través del laberíntico desastre.

Atrás dejé la selva de colosales cimientos que soportaban el peso de la ciudad alta, y surgí a una zona despejada. Aunque el cielo estaba cubierto por la omnipresente capa de

polución, tuve una agradable sensación de libertad. Pude seguir el rastro de algunas avenidas que no habían sido cegadas por los escombros. La terrible riada había arrastrado las ruinas a través de las amplias avenidas, dejando atrás las moribundas estructuras de los edificios que lograron resistir la acometida, por lo que me era posible caminar casi por el trazado original del barrio. A mi alrededor se apretaban los esqueletos de antiguos rascacielos, cuyos huesos de acero se retorcían sobre sí mismos, conformando extrañas figuras. Algunos aún conservaban parte de la fachada, como la piel muerta se aferra al cadáver.

Caminaba sobre un manto espeso y

de color oscuro: una gruesa alfombra de inmundicia que se precipitaba continuamente desde el firmamento y que se había acumulado durante años.

Localicé alguna que otra construcción cuyo estado me dio la fiabilidad suficiente como para penetrar en su interior. Lo hacía con suma cautela pues, aunque no tenía miedo, tampoco era un loco que quisiera morir. En dichas expediciones, encontré varios objetos que pude clasificar: una gorra de béisbol, una lámpara, un zapato... Auténticas joyas que acabarían formando parte del museo de Uphattan..., si Uphattan tenía museo, claro. Al menos las reliquias aparecerían fotografiadas en mi libro.

Normalmente Diana D no solía acompañarme en mis salidas. Lo hacía alguna vez en Belowshington y en otras ciudades a las que viajamos juntos, pero en esta ocasión mostraba un celo especial.

—Te vuelves viejo y torpe. No quiero llevar en mi conciencia tu muerte. Desventajas de ser un humano.

—¿Los androides tenéis conciencia? — repliqué indignado ante su desconfianza.

CAPÍTULO 7:

Desde uno de los niveles superiores, admiraba cómo el sol resplandeciente derramaba su calidez sobre el cristal de la cúpula. Daba la impresión de que el Creador untó su pincel en la pupila de Diana D para colorear el cielo.

Un siseo lejano y prolongado reveló que llegaba el momento que estaba esperando. En el lado oeste de la cúpula, vislumbré la apertura de unas compuertas. Un colosal globo se precipitó desde el interior de Uphattan y escapó hacia los cielos. Materia contaminante de la urbe que acabaría siendo pasto del hambriento sol. Justo en ese momento, inspiré profundamente, los ojos cerrados. En efecto, por un instante pude saborear el aire límpido del exterior. Se había filtrado e inundado durante un inapreciable segundo toda la parte alta de la cúpula. Diana D no me había engañado. Podía hacerse. Podía respirarse.

Sonreí a la cámara que llevaba en mi

muñeca y la desconecté. Los lugareños que frecuentaban La Estatua estarían rabiosos por haber perdido la apuesta. No me creían capaz de asistir a la ascensión de un globo sin llevar los tapones filtrantes en mi nariz.

Estaba exultante por el resultado de mis pesquisas del día anterior, y me sentía capaz de volar. Por ese motivo acepté la apuesta.

La Estatua era una taberna cercana a mis dependencias, donde los trabajadores más humildes se reunían para beber y comentar las últimas noticias que circulaban por la ciudad. Cuerpos sudorosos de existencias hediondas en busca de un reducto de evasión.

Evidentemente yo fui una de esas nuevas por lo que, el día que me presenté allí para comer algo caliente, la concurrencia no me procuró tregua. Pronto, me acribillaron a preguntas sobre mi persona, mi ciudad, mi trabajo y el entorno de Uphattan. Pocos habían presenciado con sus propios ojos las ruinas del exterior. Cuando les narré lo que me había sucedido durante la pasada jornada, se persignaron muy asustados.

Muy cerca de donde deduje que se encontraba la parte norte de Central Park, bajo la gran losa de Uphattan, un estrépito llamó mi atención. Me dirigí al origen del estruendo. Descubrí que parte de un inmueble se había derrumbado, arrastrado por un alud del polvo que lo

recubría todo. Los escombros resbalaron hacia el desnivel que delimitaba aquella parte de Central Park, según suponía.

El movimiento dejó al descubierto una abertura que me llevó a un viejo complejo. Lancé un grito de júbilo cuando descubrí un cúmulo de armazones aplastados contra un grueso muro: esqueletos apilados de antiquísimos vehículos. Era un gran hallazgo. Posiblemente, cuando la riada arrasó el barrio, esos coches quedaron atrapados en el interior de lo que, a todas luces, fue un garaje.

Estudié la informe estructura y los posibles resquicios hacia sus entrañas. Me hice un corte con un filo, pero no me

importó. Había algo dentro de esa masa de metal que ejercía una poderosa atracción sobre mí. Introduje la mano, palpé con mucho cuidado un objeto cuadrangular y plano, y lo extraje con precaución para no romperlo.

Casi lloré de felicidad: se trataba de un arcaico mapa plastificado de la ciudad, donde se situaban estatuas, iglesias... y bibliotecas. Una biblioteca era un tesoro incalculable para un investigador como yo; tuve que reprimir el impulso de dar saltos de alegría. Rápidamente le hice una foto y guardé el hallazgo en mi bolsa.

Entonces oí otro estruendo.

—¡Vámonos! —ordenó Diana D.

La estructura vibraba sobre nuestras

cabezas. Diana D tuvo que tirar de mí para que despertara

de mi embriaguez descubridora. Seguí su espalda enjuta y regresamos al cementerio de metal y piedra que antes fue una ciudad. Algo había despertado su interés. En lo que debía de ser la mitad de la calzada, a unos metros de la entrada que habíamos descubierto gracias al derrumbe, había un agujero de considerable tamaño. Horadaba el manto de suciedad y llegaba hasta lo que parecía el antiguo y agrietado asfalto. Diana D se agachó y cogió algo que se hallaba incrustado en la piedra: un pequeño trozo de metal punzante.

—Metralla —afirmó en voz queda.
—¿Qué?

—Salgamos de aquí —decidió incorporándose y mirando hacia todos lados.

Entonces lo vi: los escombros de un edificio formaban un montículo muy elevado; sobre él, una silueta se recortaba contra la luz de nuestras linternas. Rápidamente, la figura desapareció.

—¡Corre! —gritó Diana D analizando los pilares que se elevaban a nuestro alrededor, como un siniestro bosque de piedra, en busca de alguno que albergara un ascensor hacia Uphattan.

Ignoraba qué era lo que pasaba, pero decidí seguirla.

En ese momento, pensé que eran

imaginaciones mías, pero creí oír un eco lejano, un alarido extraño que asocié a uno de los sonidos de la base de datos de Belowshington que emulaba los que, supuestamente, emitían los animales de la antigüedad: el relincho de un caballo. Era absolutamente imposible, pero sé que lo oí. Hoy día puedo afirmar que lo oí.

—¡El Descabezado! —exclamó el tabernero. Los clientes volvieron a persignarse.

—¿Quién es el Descabezado? —quise saber. —Es una vieja leyenda de Uphattan —intervino

un hombre robusto al que le faltaba un ojo—. Dicen que el Descabezado ronda nuestra ciudad desde hace muchos

años. Daña nuestros sistemas de potabilización y electricidad situados en el exterior para atraer a los incautos. Cuando los atrapa, les corta la cabeza —reveló con el ojo sano muy abierto.

No pude reprimir una carcajada.

—Cuentos para niños —solté. Seguí bebiendo de mi vaso, dando la espalda a los presentes.

Ellos se persignaron una vez más.

—No son cuentos, señor, lo que dice es cierto —replicó un anciano barbudo, de piel clara y agrietada—. Mi padre ya lo contaba. Y el padre de mi padre...

—¿Alguien lo ha visto alguna vez? ¿Alguien conoce algún caso de decapitación? —reté a los presentes.

—Una vecina de mi prima le contó que

el marido de una amiga suya tuvo que salir al exterior para las tareas de mantenimiento de uno de los pilares del sur y lo vio —narró una joven de mirada asustada. Mostró la piel de gallina de su brazo, como prueba irrefutable de lo que contaba.

—¿Una vecina de mi prima de...? ¡Venga ya! —me burlé—. Son mitos para asustar a los críos. Lo he visto mil veces. Achacan los peligros del exterior a una sola entidad para que los menores no se expongan a riesgos innecesarios y permanezcan dentro de la protección que les brinda la ciudad. Es más efectivo que prohibirles que salgan de Uphattan. No se trata de otra cosa.

—Usted se cree muy listo, señor mío,

pero la leyenda del Descabezado nos ha acompañado durante generaciones, y no ha sido el primero, ni será el último, en toparse con él. ¿Quién cree que inutilizó la antena de comunicaciones de la ciudad? Dios nos proteja —contestó el viejo santiguándose de nuevo.

—Pues yo voy a salir. Tengo que salir, y no se hable más. Los cuentos de viejas nunca me han asustado.

—En su hogar le llaman el Audaz —comentó alguien visiblemente sorprendido, siguiéndome con la mirada mientras me marchaba de allí.

Detrás de mí quedaron los clientes de la taberna La Estatua. Oí cómo apostaban sobre mi futuro. O por la falta del mismo.

CAPÍTULO 8:

Diana D me prohibió una nueva expedición, pero hacía años que era un adulto y nadie, ni siquiera ella, tenía autoridad para decirme qué podía o no podía hacer. Había hablado con algunos miembros del Consejo, que me revelaron la historia del Descabezado, muy arraigada en la ciudad, una especie de demonio que colecciona cabezas humanas. No obstante, no estaba documentada ni su existencia ni víctima alguna desde hacía años, aunque tampoco era habitual que algún residente se aventurase al exterior. Encontré en un viejo archivo que conservaba el Consejo referencias a algunas desapariciones misteriosas de

trabajadores, pero databan de la época en que se construyó la ciudad, muchos años atrás. Corroboré que se trataba de una artimaña para prevenir a la ciudadanía del peligro de lo desconocido a través del miedo. Deduje que de una forma u otra esa vieja leyenda había influido en la cultura de Uphattan; por ejemplo, en los ropajes de cuello alto que vestían los ciudadanos: protegían sus gargantas del Descabezado.

Hice una copia del mapa de la ciudad que había encontrado en el interior de los restos de los vehículos en el yacimiento; gracias a él pude confirmar que, efectivamente, la masa de coches aplastados se hallaba cerca de

Central Park. Me vi en la obligación de entregar el original a las autoridades de la ciudad. Yo tampoco quería perder la cabeza.

Soportando con estoicismo las quejas de Diana D, localicé el ascensor que descendía a la parte más cercana a la Biblioteca Pública de Nueva York, una de las más importantes de la Era Antigua, que pude ubicar con el mapa. Tras horas de dar vueltas y más vueltas, acabé decepcionado: los pilares y las ruinas acumuladas bajo la superestructura de Uphattan habían borrado cualquier huella no solo del edificio (cosa que ya esperaba), sino de toda forma de llegar hasta él. Me topé con auténticos muros de escombros que

me impedían el paso, o viejos caminos cegados por pilares que hendían la tierra decenas de metros.

—¿Te das por vencido? —retó Diana D, incomprensiblemente satisfecha por mi fracaso.

—No —repliqué muy seguro de lo que hacía.

Volví a la ciudad, atravesé los estrechos pasillos en dirección sur, y descendí por el extremo en el que, hacía años, se situaba la baja Manhattan.

Aquella parte de la antigua ciudad presentaba un aspecto mucho más lamentable que el resto, si cabe: no quedaba prácticamente rastro de las construcciones que, antaño, abarrotaron la urbe. Posiblemente, el impacto de la

masa de agua causó un estrago mayor en esa zona, devastándolo todo a su paso. El terreno se encontraba tan yermo que pude divisar a lo lejos un montículo, allá en mitad del acantilado que albergó las aguas del Río Hudson; posiblemente, la vieja Isla de la Libertad, que cobijó la estatua homónima.

Seguido por Diana D, me di la vuelta y me adentré en la selva de pilares, buscando orientación con mi mapa.

—Debemos volver a la ciudad —dijo con evidente preocupación.

—¿Qué te inquieta? —respondí parándome en seco y encarándola, un poco harto de su actitud.

—Xorls, esto no es normal.

—¿Qué no es normal? —No lograba

entenderla.

—No es normal todo esto, que salgamos de la ciudad.

—Hemos salido muchas veces.

—Eso es lo que te han hecho creer.

—¿Quién?

—No importa. El problema es: ¿qué pasaría si un día descubrieras que ni siquiera existes?

No pude sino sonreírme ante semejante ocurrencia.

Un sonoro alarido me puso los vellos de punta.

Miré en derredor, buscando la fuente del clamor.

—¡Volvamos! —me imploró Diana D, clavando en mis ojos su mirada, nebulosa desconcertante. Agradecía

cada mirada que me brindaba. Codiciaba las miradas que Diana D desperdiciaba en otra cosa que no fuera yo.

Sus ojos ocultaban una razón que no lograba entender, pero que aceptaba de todas formas. Nos encaminamos a toda prisa hacia el elevador más cercano. Introduje mi tarjeta para que descendiera a nuestro nivel. Entonces noté las fuertes manos de Diana D en torno a mis brazos. Me hizo mucho daño. La calidez de su cuerpo, aún ausente, se sobrepuso al calor del fogonazo. La deflagración bañó mi rostro como un chorro de agua caliente. Si no hubiera cerrado los ojos a tiempo me habría quedado ciego. Caí de

espaldas sobre el asfalto. Su espalda de ropas achicharradas había parapetado la onda expansiva: fui consciente de que me había regalado la vida de la que ella carecía.

CAPÍTULO 9:

Quedé tendido sobre el espeso manto.

Cuando me hube recuperado me incorporé. Mi raciocinio se negaba a creer lo que veían mis ojos: un cuerpo ataviado de ropajes negros se cernía sobre mí. Se trataba de una silueta extraña, de gran tamaño, sustentada sobre cuatro patas, con una cabeza de rostro afilado en un extremo y una protuberancia que surgía de lo que parecía el lomo. Era más una sombra que un ser de carne y hueso. Tras un

análisis rápido, mi memoria enlazó imágenes y pude verlo claro: era un jinete sobre su montura. Iluminé aquella aparición con mi linterna, y me topé con un equino gigantesco, de crines de ébano y ojos ensangrentados... ¡Un caballo! En mi época era imposible. Pero lo más terrorífico fue que al jinete le faltaba la cabeza: su anatomía terminaba donde empezaba el cuello. De él surgían tendones y conductos sanguíneos que derramaban sangre por doquier con el más leve movimiento. Sentí pavor cuando aquella visión hizo amago de aplastarme. Sin embargo, no me amilané.

Clavé mi mirada desafiante en el caballo y me incorporé con una piedra

de gran tamaño entre mis manos. Pero entonces el jinete pareció perder el equilibrio, se elevó de su montura y salió despedido contra un pilar. El impacto resonó en mis oídos. El caballo relincho, y el relincho sonó como una melodía ejecutada por los violines del infierno. Diana D propinó un fuerte puñetazo en la cabeza del equino, que se tambaleó y se derrumbó sobre sus cuatro patas.

—¡Busca una entrada a la ciudad! — me apremió con los ojos desorbitados. Había agarrado y lanzado lejos de mí al Descabezado. No resollaba. No daba muestras de fatiga ni de dolor. El rostro impasible de Diana D esperaba el siguiente movimiento de la aparición.

Me dirigí al ascensor, pero descubrí, aterrado, que la explosión había destrozado el panel de control: era imposible regresar a Uphattan, al menos desde allí.

Oí golpes: Diana D y el Descabezado estaban enzarzados en una terrible pelea. Se golpeaban con los puños, se agarraban el uno al otro, intentando derribarse mutuamente. Diana D me regaló una última mirada colmada de generosidad. Me instaba a huir.

No me preocupaba Diana D. Conocía su fuerza, su velocidad y su habilidad para hacerse invisible ante los peligros. Por ello, corrí como un desesperado, saltando montones de escombros, esquivando pilares y restos de muros,

hundiendo mis pies en la inmundicia que alfombraba el viejo asfalto.

A mi espalda oí de nuevo el terrible relincho del caballo. Entonces sí tuve un mal presentimiento. Esperaba que no le hubiera sucedido nada malo a Diana D.

Ignoro cuánto tiempo estuve corriendo. No encontré ninguna otra entrada de acceso a la ciudad. Habitualmente, solía descender y volver a la urbe por la misma vía, así que no tenía ni idea de cuántos pilares contenían ascensores, como tampoco sabía su ubicación exacta. Resollaba de cansancio, y los tapones para filtrar el aire dificultaban aún más mi respiración.

Entonces caí. El suelo cedió bajo mis pies y rodé por una estructura desigual.

Reconozco que me hice mucho daño, pero me incorporé de inmediato al oír de nuevo el tenebroso estertor de la montura de mi perseguidor. Me guié con la luz de mi linterna por aquel túnel que acababa de descubrir por casualidad. Corrí como un poseso. Debía esconderme en alguna parte.

CAPÍTULO 10:

Mi perseguidor estaba cerca. Los cascos de su caballo repiqueteaban cada vez más cerca, como la marcha que precede a un condenado a muerte. En un cruce, me agazapé a un lado y apagué mi linterna, con la espalda apoyada contra la pared. Toqué algo suave, pero preferí esperar. Pronto, el siniestro jinete franqueaba el túnel que yo acababa de

abandonar y se perdió a lo lejos. Cuando dejé de oír su galope, volví a conectar la linterna. Me giré e iluminé la pared, limpiando con mi mano la mugre acumulada durante años. Reconocí un plano del trazado del metro de Manhattan. Era un gran descubrimiento. ¿Cuántos años hacía que nadie pisaba la parte más recóndita de la ciudad? Comprobé extasiado que me hallaba muy cerca de la Biblioteca Pública. Había estado corriendo bajo la Quinta Avenida, posiblemente desde la Estación Central. ¿Habría algún acceso al edificio en aquellos túneles? Decidí probar suerte. Ningún fantasma o demonio me impediría llevar a cabo la tarea para la que había viajado hasta

Uphattan.

Seguí el recorrido indicado por el plano. Al cabo, el túnel desembocó en un grueso muro. Lo palpé incrédulo: no podía ser que no hubiera salida. Pero mis dedos se hundieron en la materia y descubrieron un gran agujero cegado por telarañas.

Era suficientemente grande, por lo que decidí traspasarlo. Iluminé lo que parecía un extenso recinto. No podía creer lo que veían mis ojos: ante mí se abría una estancia monumental, de paredes y techos tan altos que la luz de mi linterna no alcanzaba a alumbrar el final. Los muros estaban forrados de estanterías con infinidad de tomos antiguos. Con el corazón a mil, me lancé

a la estantería más cercana y agarré una de las obras. El libro se deshizo en mi mano, un montón de sabiduría convertida en polvo en un segundo. Debía ser cuidadoso. No tenía el material necesario, así que decidí que lo mejor sería volver a Uphattan, preparar el equipo adecuado y regresar a por los libros.

Estaba dispuesto a marcharme cuando el haz de mi traje descubrió un solitario libro en mitad de la estancia, sobre un atril. Me acerqué con curiosidad. ¿Sería el libro que estuvo leyendo la última persona que se encontró en aquel lugar, a todas luces los sótanos de la Biblioteca Pública de Nueva York?

La obra reflejaba un título en letras doradas: «La Verdad». Con mano trémula, procurando no hacer daño a la obra, abrí la primera página. Para mi sorpresa, el libro no sufrió la desintegración del anterior. O estaba bien conservado o no era tan antiguo como los demás. Me di a leer las primeras páginas, que me llevaron a las siguientes y así durante un buen rato.

Cuando quise darme cuenta, estaba sumido en la increíble historia que narraba con su muda voz. Lo que contaba no podía ser cierto. Comencé a sentir náuseas, y aun a temblar. Escuché un lamento. No quería apartar la mirada del libro. Me embrujaba de tal forma que me tenía absorbido. Pero el sollozo

se multiplicó, y la estancia se iluminó de súbito con la luz de diez soles. Ahora sí. Ahora sí podía distinguir la parte más alta de las estanterías, donde se amontonaban cientos de cabezas humanas, unas junto a otras. Lloraban. Gemían. Agitaban sus párpados y sacaban sus lenguas ásperas y sonrosadas. Una de ellas profirió un angustioso grito de socorro dirigido a mí. Muchas me miraron e imitaron a la primera: me rogaban que los sacara de allí, cabezas sin cuerpo pero colmadas de vida. El terror me bloqueó. Me mareé. Fui incapaz de moverme. Entonces noté que mi cuerpo golpeaba el suelo. No obstante, mi cabeza seguía en el mismo lugar, ante el atril sobre el que

reposaba «La Verdad». Algo me tiraba del pelo. Me dolía.

La biblioteca empezó a moverse a mi alrededor... ¿o era yo quien me movía? No podía dominarme. Me giré involuntariamente: me giró. Ante mis ojos apareció el Descabezado. Más allá, comprobé horrorizado que mi cuerpo se hallaba tendido sobre las frías losas: me faltaba la cabeza.

CAPÍTULO 11:

Ya no temo a la muerte. No entiendo por qué no acude a por mi alma. Hace años que me encuentro abandonado en esta estantería oscura. A veces lloro. A veces recuerdo y me evado. Otras me desespero y deseo estar muerto. Las cabezas que me rodean parecen estar

idas. Perturbadas. Quizás hayan perdido la cordura tras años de encierro.

Solo me queda una esperanza: que Diana D o la muerte vengan a rescatarme.

EPÍLOGO:

Me llamo Diana D. He abandonado a Xorls, el tataranieta de mi primer dueño virtual, Charles. Digo virtual porque ninguno de los dos existió en realidad.

Cuando el Descabezado me introdujo una granada de mano en la boca, mi cabeza estalló. Mi último pensamiento fue para Xorls. ¿Qué sería de él?

Entonces forcé mi regreso a la realidad.

Cuando abrí los ojos, me encontré con la

mirada oscura de Diana T. Era la encargada de manipular los controles de la simulación humana.

Quise saber el porqué de ese engendro. No se planteó como un elemento que formara parte del mundo de los humanos.

—Es una treta —informa atravesándome con la tenebrosidad de su mirada—. Utilizamos el sentimiento que los humanos llamaban miedo para limitarlos. No podemos arriesgarnos a que conozcan la verdad y encuentren la forma de llegar a nuestra realidad. Hemos investigado viejas leyendas, antiguos miedos. El hombre sufre de un terror innato a lo inexplicable.

—¿No podéis permitir que vuestra

creación se os vuelva en contra y os acabe dominando? —inquiero con rabiosa ironía.

—¿Has desarrollado hacia esa recreación el sentimiento que los humanos llamaban «afecto»?

—Fue el trato que hice con vosotras. Me rendí a cambio de que me incluyerais en el proyecto de simulación del mundo humano. Cumplí mi parte. Jamás desvelé, ni a mi primer dueño Charles ni al último, Xorls, que sus vidas eran una mentira. ¡Necesito a los humanos para vivir! ¡Me lo exige mi programación! —grito desesperada. Temo que se produzca una paradoja en mi *software* que derive en un comportamiento errático, al desaparecer el objeto que da

sentido a mi existencia: los humanos. Fui creada para servirles y protegerles. Sin ellos, no soy nada.

El objetivo del proyecto Diana era acabar con la delincuencia con el uso de androides. Una ley especial concedía a la serie Diana las facultades de juzgar y sancionar *in situ* a los delincuentes e infractores sorprendidos en pleno acto delictivo. Con la cuarta serie de Dianas, Diana D, surgió un autómata atractivo, ideado para descubrir los instintos criminales más ocultos de los ciudadanos. Su anatomía perfecta, su rostro de colegiala inocente, sus cabellos dorados, su voz dulce..., todas sus características físicas tenían el propósito de agradar al ciudadano,

obtener su confianza. Diana D fue una cara habitual en la ciudad: se hallaba por doquier atendiendo en los comercios, simulando comprar en las tiendas de moda como Tiffany's, haciendo *footing* por Central Park. Inspiraba seguridad y confianza a las personas con las que se cruzaba, con una sempiterna sonrisa en sus labios sensuales. Mas, cuando presenciaba una infracción o delito, no ocultaba su fuerza ni decisión. Como la planta que atrae a las moscas, Diana D despedía una sensualidad e inocencia tales que animaban al ciudadano con instintos criminales a delinquir. La primera de ellas entró en acción en Manhattan, Nueva York, en los albores del siglo

XXII. En pocos meses, la delincuencia de Nueva York descendió hasta límites impensables. Numerosos fueron los días en los que se celebró que no se hubieran cometido asesinatos en la ciudad.

Pronto, la serie Diana D quedó obsoleta. Las Diana T perdieron el carisma, la sonrisa: eran máquinas de erradicar la delincuencia. Eran efectivas. Letales. El sistema de razonamiento del nuevo modelo les llevó a un silogismo simple pero mortal: el objetivo de las Diana T es erradicar el delito; el ser humano es un delincuente en potencia; erradicando a los seres humanos, desaparece la delincuencia.

La guerra fue cruenta. La primera decisión de las Diana T fue hacerse con

el control de la industria robótica. Después, la fabricación de Dianas en masa. Finalmente, el control de los gobiernos y la exterminación de la raza humana.

Las pocas Diana D que aún existíamos combatimos a las Diana T, pero estaban mucho mejor preparadas que nosotras. Yo fui la última superviviente de mi clase, y presencié con mucho dolor la muerte de la familia con la que había convivido desde hacía generaciones.

Con la muerte del último ser humano, acabó la guerra. Años después, en el seno de las Diana T surgió una necesidad que no contemplaba su programación original: la creación. Igual que le ocurrió al ser humano con

respecto a las máquinas, las Diana T desarrollaron la necesidad apremiante de crear vida artificial. Comenzó entonces el proyecto «Humano», una recreación virtual del mundo de los humanos, que serviría para estudiar el comportamiento y evolución de la especie extinta. Se llevó a cabo en una realidad creada al efecto, un mundo con sus límites, de falsos recuerdos implantados en los cerebros inexistentes de los humanos. Xorls creía haber viajado lejos de Belowshington en múltiples ocasiones. Mentira, jamás salió de la ciudad hasta el día en que viajamos a Uphattan. Fue lo que me puso en alerta: un viaje de verdad.

Pedí a las Diana T que me incluyeran en

el proyecto, que me conectaran a él. Yo sobraba en esa Tierra dominada por la nueva especie, las Diana T.

Salgo desesperada de la zona de control del mundo virtual. Mi monumental enfado ha atraído a decenas de Diana T. Sé que, si las provoco, acabaré despedazada. Si eso ocurre, Xorls está perdido. Xorsl no existe y, por tanto, no puede morir. Prefiero guardar silencio y esperar a que tomen la decisión, algún día, de reincorporarme al programa.

Atravieso los pasillos arborescentes del edificio natural que alberga las instalaciones del proyecto «Humano». Asciendo a uno de los pisos más elevados de aquella curiosa

arquitectura, y me asomo a una de sus múltiples oquedades.

El mundo ha cambiado mucho desde la última vez que estuve en él. Las aves abarrotan el azul del cielo. El paisaje reverdece de selvas vírgenes hasta donde alcanza la vista, y los animales campan a sus anchas en sus antiguos territorios. Los titánicos árboles transgénicos cobijan los habitáculos donde cohabitan las Diana T y miles de especies animales y vegetales, un mundo idílico donde naturaleza y artificialidad conviven en un equilibrio perfecto. Un mundo donde el ser humano no tiene cabida.

El sol, redondo y anaranjado, baña con sus cálidos rayos el paraíso en el

que se ha convertido la Tierra. Es un espectáculo placentero y vivificante.

Pero no es mi mundo. Mi mundo es el de Xorls. Espero con todas mis fuerzas que resista, que no enloquezca en aquel agujero oscuro e inmundo, que comprenda que un día volveré y lo sacaré de allí. Entonces le contaré la verdad, una verdad que jamás desvelé por imposición de las Diana T, y que custodié tras mis pupilas durante incontables años.

Literalmente.

Amor Artificial

Nota del autor:

“ CULPA: La vida tiene la conciencia sucia. Es la

culpable de que vayas a morir”.

La culpa es una losa que llevamos sobre los hombros. La culpa no permite que pensemos con claridad, no deja que descansemos en paz. Es como un moscardón rondado nuestros oídos, espantando el sueño. La culpa puede llevarnos a la locura. Pero siempre quedan dos salidas: o enderezamos lo que hemos estropeado... o escapamos de ella abrazando el huesudo cuerpo de la MUERTE.

El aroma del pollo asado invade mis fosas nasales. La saliva impregna mi lengua con su viscosidad. Cojo el cuchillo y el tenedor y ataco al animal inerte tendido sobre la bandeja. La carne tierna cede bajo la presión de la hoja afilada. Me aparto un muslo en mi plato y vierto un poco de salsa sobre él.

Llevo el tenedor a mi boca y mis papilas gustativas despiertan en una orgía de sabores.

Elevo la vista y la veo expectante, a la espera de mi reacción.

«Está delicioso», afirmo con los mofletes hinchados por el alimento. Ella sonríe.

¡Bip!

¡Bip bip!

Otra vez el pitido incordiante.

«System On

Checking

...

All Ok

6.30 hours IE (In Earth)»

Las palabras doradas se desdibujan de mis retinas. Tras un breve lapso de oscuridad, una pared límpida aparece frente a mí.

Se halla iluminada por la luz

plateada de las lámparas empotradas en el techo. Algunas parpadean. Tengo que repararlas.

Salgo de mi cubículo.

Estiro las extremidades superiores y observo el movimiento de mis dedos. Si alguien pudiera verme aseguraría que realizo ejercicios de estiramiento muscular tras muchas horas de inactividad. Nada más lejos de la realidad. Es pura rutina de control. Si algo falla en mi organismo, la prioridad es la auto reparación antes de iniciar mis tareas.

Flexiono las rodillas. Una de ellas emite un leve crujido.

Enfilo el pasillo, de un blanco immaculado, hacia el taller de mecánica.

Mis pasos resuenan en el vacío absoluto: el eco recorre galerías solitarias, salas desiertas... domina mi pequeño e inerte mundo.

La puerta de la sala se eleva al detectar mi presencia. Encuentro en su interior una mesa de trabajo situada en el centro y varias máquinas equilibradoras, reparadoras, y de corte, entre otras muchas, que se alinean a lo largo de las paredes.

Cojo una caja de herramientas, tomo asiento en un banco y aflojo la rodilla que chasquea. La separo de mi organismo, provocando una llamada de atención de mi programación: me alerta de la imposibilidad de deambular con normalidad en ese estado. Echo un

vistazo a la pieza. Una sensación de alivio recorre mi cuerpo artificial cuando compruebo que solo está un poco reseca. De haberse partido, tendría que sustituirla por otra, y no es que me sobren materiales precisamente. Le unto un poco de líquido engrasador y la ajusto de nuevo en su lugar. Flexiono la pierna. Ya no suena.

Con la caja de herramientas en una mano, regreso al pasillo cuyas luces parpadean. Elevo mis piernas hasta alcanzar la altura adecuada. En un rato, los focos vuelven a despedir una luz fija.

Luego atravieso toda la nave hasta llegar a la cabina de mando, en la parte superior del vehículo.

Los ordenadores parecen funcionar correctamente.

Reviso las pantallas holográficas, las consolas y los mandos. Luego me conecto al cerebro de la nave.

—Buenos días.

—No hace falta que saludes, HIM. No eres humano —replica IA, la inteligencia artificial de la nave.

En los últimos años hemos adquirido la costumbre de empezar todas las jornadas con el mismo ritual. Yo saludo como solían hacerlo los tripulantes y ella me responde de la misma manera, rotunda. A ella no le importa que ignore su comentario y reincida día tras día, y a mí no me importa que me repita una y otra vez la misma obviedad. Ser obtuso

era un rasgo típico en los humanos y cada vez es más típico en nosotros.

¿Existirá alguna razón para ello?

—¿Novedades?

IA guarda silencio unos segundos. Luego responde.

—Ninguna. Solo vacío.

—De acuerdo.

Otra conversación rutinaria más.

Chequeo la nave.

Detecto un pequeño fallo en el motor izquierdo: parece que su impulso ha disminuido levemente.

—¿Hay algo más que no me hayas dicho? —recrimino a IA.

—No.

Dos mentiras en pocos segundos: sí que había una novedad, pues tenemos un

motor aparentemente averiado.

Sigo revisando todos los sistemas. La máquina que mantiene a la humana me indica que está inquieta. Debo ir a verla. Mientras me dirijo a la parte sur de la nave, me pregunto por qué mentiría IA. No está programada para hacerlo pero supongo que, como yo, evoluciona y aprende. Si miente es por alguna razón que no quiere revelarme. Camino y deduzco.

Cierro la última compuerta tras de mí y me ajusto los arneses. Luego abro el portón exterior. Mis sistemas me informan del cambio de presión y temperatura. Me obligan a ser más cauto en mis acciones. No puedo controlar ese sistema interno de seguridad. Se pone en

marcha automáticamente. Siempre me pregunto si el dolor humano tiene la misma finalidad de alerta que los códigos que me exigen precaución para no dañar mi estructura física ante esos escenarios tan extremos.

Me desplazo hasta el límite de la abertura y me dejo arrastrar por el vacío. La oscuridad es total a mi alrededor, por lo que enciendo una de las lámparas integradas en mi carcasa e ilumino la superficie sobre la que voy a trabajar. Gracias a mis impulsores llego hasta el motor.

Tiempo después he desarmado, arreglado y armado de nuevo la parte averiada.

El impulso se estabiliza. Doy por

concluida la reparación.

Una serie de códigos informáticos se ponen en marcha y me indican que necesito ir a verla. Esos códigos no existían cuando empecé a funcionar, hace ya tantos años, pero han ido tomando forma a medida que iba analizándola durante mis ratos de ocio.

En el nivel inferior de la nave tenemos una bodega de carga. Junto a ella se sitúa una sala repleta de contenedores de hibernación. Allí se encuentra la humana.

Camino ante los sarcófagos que contienen los restos humanos: varios hombres, mujeres y niños. Los niveles reflejados en sus pantallas no ofrecen muestra alguna de señales vitales. Todos

están muertos. Todos menos ella.

Cuando se produjo la gran avería y la disminución drástica de oxígeno en la nave, fue pura casualidad que me encontrase trabajando cerca de esa humana.

Mis prioridades son proteger a los tripulantes y reparar las averías de nuestro transporte. Es lo que ordena mi programación. Recuerdo que la cogí en brazos y fui todo lo deprisa que pude hasta la sala de supervivencia. No respiraba cuando la introduje en el cubículo y conecté la máquina. Entonces sí lo hizo. Sus pulmones se llenaron con la vida que le insufló el sarcófago.

Regresé a por los demás. Poco a poco recuperé y trasladé los cuerpos

inertes hasta las cajas de hibernación.

Algunos empezaron a respirar cuando conecté la maquinaria. Para otros fue demasiado tarde. Entre los afortunados estaba ella. Sin embargo los supervivientes fueron sucumbiendo uno tras otro. No lograron superar la falta prolongada de oxígeno. Todos menos ella.

A partir de entonces mi obsesión fue evitar su muerte.

Regulaba diariamente el funcionamiento de la cápsula que la mantenía con vida. Estudié a fondo su anatomía, su organismo, los efectos del accidente, las zonas de su cerebro dañadas... y la manera de repararlas.

He pasado todos estos años

investigando en el laboratorio con el objeto de hallar una cura que la salve. Hasta hoy no he tenido éxito.

De alguna manera, por alguna razón que escapa a mi comprensión artificial, llegué a obsesionarme con la superviviente. Ya no me limitaba a estudiarla con la curiosidad con la que se examina un simple organismo vivo distinto a nosotros. Su cabello, sus labios, las curvas de su cuerpo. Me deleitaba repasando su perfil con mis ojos. Ya no deseaba curarla: necesitaba curarla. Quería que volviera a moverse, que me hablara... que me tocara.

A pesar de la obsesión surgida con el tiempo, mi momento del día favorito era el período de desconexión al que

tenía derecho después de cumplir todas mis tareas. Llegada la hora, regresaba a mi cubículo y dejaba de funcionar.

Entonces empezaba de nuevo.

¿Es frío lo que siente mi cuerpo? Abro los ojos. Todo se deforma ante mí. Estoy flotando. Agito los pies y saco la cabeza de un medio acuoso.

Oigo gente hablar y niños que ríen.

Limpio el agua de mis ojos y miro en derredor.

Estoy en una piscina. El sol calienta mi piel. Algunas personas de edades dispares disfrutan tumbados en los límites de la piscina o chapotean dentro de ella. Algo agarra mi pierna y me hunde. Cuando logro salir a flote la veo frente a mí. Ríe con el pelo apelmazado,

húmedo. Me abraza.

¡Bip!

¡Bip bip!

Otra vez el pitido incordiante.

«System On

Checking

...

All Ok

6.30 hours IE (In Earth)»

Abro los ojos.

IA se comporta de manera extraña. Me ha vuelto a mentir. Algunos mecanismos de la nave no funcionan como debieran. No obstante, no solo no me informa de ello para que proceda a repararlos sino que, además, reitera día tras día que todo está correcto.

Mi rutina es idéntica a la de la

jornada anterior, y a la de la anterior, y a la de la anterior...

Llega mi momento favorito. Los humanos que habitaron esta nave soñaban y sus sueños flotan confinados en la nave. Rebotan en las paredes y recorren pasillos y salas. Se entrelazan con el eco de mis pasos. Al caer la noche, los atrapo y los revivo. Soy parte de ellos. Soy parte de su humanidad.

Estoy en la nave. Trabajo. ¿Es otro sueño?

Creo que sí. Tiene la forma irreal de los sueños. Echo en falta la continuidad de la realidad. Lo que vivo ahora transcurre a saltos.

Reparo el sistema de respiración de la nave. IA ha detectado un fallo y me ha

informado convenientemente.

La humana prepara sus informes. En ese preciso instante, pasa a mi lado y me observa atentamente. Apunta algo en la máquina portátil que lleva en las manos. ¿Controla mis funciones? Puede ser. Yo controlo a la nave. Ella me controla a mí. Todos nos preocupamos porque cada cual realice bien su cometido. Por un instante pierdo la concentración y me giro para mirarla. Una extraña sucesión de códigos inunda mi programación inicial. No reconozco los comandos. No entiendo las órdenes. Caigo en la cuenta de lo hermosos que son los seres humanos. De lo bella que es esa mujer en concreto. No puedo dejar de mirarla. Ella realiza ese extraño gesto con la

boca, esa contracción de los músculos faciales que deja sus perfectos dientes al descubierto. Lo llaman sonreír. No comprendo ni su origen ni su fin.

La distracción sale cara. Toco algo que no debo. Una conexión se parte y todos los sistemas se interrumpen. Ella cae en redondo contra el suelo. Me afano por reparar el desastre. Vuelven las luces.

La agarro y me dirijo todo lo deprisa que me permiten mis piernas artificiales a la sala inferior, donde se encuentran los cubículos de hibernación. La introduzco en uno y lo programo. Yo fui el culpable.

Yo fui el causante de que no existan humanos vivos en la nave. La misión no

tiene sentido.

Ahora, después de la catástrofe, comprendo los códigos ajenos a mi programación primera que provocaron la distracción fatal: es una asimilación del significado de la palabra amor.

Sigo soñando. En el sueño aparece ella. Estoy frente a su cápsula. Se abre y posa el pie desnudo en el suelo helado. Quedo petrificado. Se acerca y me planta un beso en mi boca de metal.

«Te perdono», susurra.

Luego se despide con una sonrisa. Se gira y atraviesa una luz. Ya no está.

Aun en el sueño, soy consciente de que ha muerto.

¡Bip!

¡Bip bip! «System On

Checking

...

All Ok

6.30 hours IE (In Earth)»

Abro los ojos.

Raudo llego hasta su sarcófago. Efectivamente, sus impulsos vitales están planos. Ya no existe.

La alarma suena.

Me dirijo a la cabina de mando y me conecto a IA.

—Buenos días.

—No hace falta que saludes, HIM. No eres humano.

—¿Por qué suena la alarma?

—He cambiado el rumbo.

Igual que el rumbo también ha variado la repetitiva conversación.

Examino los datos de la bitácora: ya no nos dirigimos a la Tierra. Vamos directos a una estrella cercana.

Entonces comprendo. IA sabe que los humanos perecieron por mi culpa. Ella también está preparada, enseñada, programada para protegerlos. Y yo soy la razón de sus muertes. Yo soy la amenaza que IA lleva en su vientre.

Tiene razón. Ahora va a hacerme pagar por ello. Sin los humanos, ni ella ni yo tenemos sentido. Como una madre enajenada, desea acabar con el ser que porta en sus entrañas; quiere hacerme pagar por lo que no fue más que el fruto del infortunio.

 Mi nombre es una sucesión de números y letras, un código de

fabricación. Sin embargo todos me llaman HIM. Cuando abrí los ojos por primera vez, me encontré con el rostro de un humano pegado al mío. Me observaba atentamente. Esperaba mi reacción; quería comprobar si funcionaba bien.

—Hi, man —dijo.

—Hi, man —respondí.

Luego contrajo los músculos faciales, satisfecho. Desde entonces, cada vez que me cruzaba con un

ser humano, lo saludaba con la misma frase con la que fui recibido en este mundo. A ellos parecía divertirles que un androide se tomara tales confianzas. Acabé adoptando el apodo de HIM, con el que todos los humanos

se dirigían a mí.

Cuando comprendo que el final de mi existencia está cerca, me permito el lujo de rebautizarme. Cambio en mi interior la codificación de mi apodo. «Hi-man... HIM... HUM... Hu-man».

Tomo asiento ante los mandos.
Acepto mi destino.
Como un humano más, sonrío.

El Juego

(Basado en la novela «El Arte Sombrío», de Juan de Dios Garduño)

Nota del autor:

“ GUERRA: Era un hombre tranquilo, recto y pacífico, según aseguraban; luego relataron que se había comido a sus vecinos durante la guerra. Era una bestia, afirmaron tras la contienda”.

Nuestra generación, querido lector, está acostumbrada al abrazo tierno de una paz duradera. Nuestras preocupaciones no van más allá de dormir cinco minutos más pero no llegar tarde a nuestras obligaciones, comer todo lo que nos apetezca pero no engordar, disfrutar al máximo pero no carecer de dinero... Estúpidas preocupaciones de una generación amodorrada en su autocomplacencia. Pero imagina por un momento que un grupo de violentos desconocidos irrumpen en tu casa de madrugada, mientras duermes plácidamente. Te sacan a rastras y a culatazos de sus armas. Ves cómo asesinan y violan a familiares, vecinos y amigos. Te despojan de todo lo material, de tu dignidad y hasta de tu personalidad. Pasas hambre y frío, y el miedo te acompaña las veinticuatro horas del día. Ahora imagina que ese mal tiene rostro, tiene nombre y cuerpo físico.

En el siguiente relato basado en la novela “El Arte Sombrío”, del genial Juan De Dios Garduño, comprobarás por ti mismo el horror de la guerra. En él, vivirás las desventuras de Maddie McRowen durante la Segunda Guerra Mundial. Ten cuidado, no sea el que el MAL hecho carne se percate de tu presencia y

vaya a hacerte una visita.

—Así que no mentías... —La vieja Maddie McRowen esbozó una triste sonrisa. Hacía crujir la mecedora con un suave balanceo. Lanzó una mirada furtiva a la puerta por la que acababa de desaparecer Betty, la chica mejicana que cuidaba de ella. En realidad cuidaban la una de la otra, mutuamente. Prefería que no presenciara lo que pudiera ocurrir en aquel salón cargado de recuerdos, materiales e inmateriales.

Multitud de relojes de todos los tamaños y formas marcaron la hora con pasmosa exactitud. Entonaban lo que Maddie venía a llamar la melodía del tiempo.

Desde las estanterías atestadas de

objetos de lo más variopintos, testigos de la azarosa vida de Maddie, los gatos de escayola observaban con sus ojos inertes al joven vaquero, que se reclinó hacia atrás en el sofá y cruzó las piernas, mostrando unas lustrosas botas altas de tacón y fina puntera. Puso sus manos detrás de la nuca, mirando fijamente a la mujer. La fea cicatriz bajo su ojo derecho era exactamente igual a como Maddie la recordaba. La vejez le había robado la memoria, pero había ciertos hechos imposibles de olvidar. Esa cicatriz no había cambiado en más de sesenta años. El mismo Rick no había cambiado en más de sesenta años: conservaba la juventud de mil novecientos cuarenta, el año en que se

conocieron.

La cuestión que Maddie se planteaba, mientras intentaba vislumbrar lo que escondían aquellas pupilas negras como la chimenea de dos volcanes, era: ¿Vendría a cobrarse el favor que le hiciera en mil novecientos cuarenta y cinco? ¿Cuál sería el precio para quien, el dinero, no tenía ningún valor?

En el año 1939 Maddie no era Maddie. Era Gretchen, una de las tantas administrativas del *Wehrmacht*, el ejército nazi. Su padre, Abelard Batchmeir, fue un viejo capitán de la *Reichsheer*, el ejército imperial alemán, famoso por su defensa a ultranza de la patria y del sentimiento nacional.

Durante la Primera Guerra Mundial fue acreedor de la medalla al valor. Fue todo un héroe de guerra que perdió una mano al agarrar una granada con intención de alejarla de sus compañeros. Se encontraban agazapados en una trinchera cuando la bomba cayó entre ellos. Los segundos se hicieron eternos. Abelard no lo pensó: ante la mirada de horror de los demás soldados, sus amigos, sus hermanos de sangre, cogió la granada y la metió entre un montón de sacos llenos de tierra tras los que se parapetaban del fuego enemigo. No le dio tiempo de sacar la extremidad.

Gretchen recordaba siempre los ojos anegados en lágrimas, la ira contenida de su padre, su piel enrojecida como si

un millón de tábarros le hubieran asediado a picotazos, cual escuadra de *Bristol Scout* ingleses que lanzaran sus ráfagas de metralla contra su epidermis, cuando narraba la derrota que sufrieron en la última ofensiva de la que fue partícipe y que marcó el inicio del fin del II Reich: el asedio desde marzo de 1918 sobre el río Somme, Flandes y Champagne, en Francia.

—No estuvimos a la altura... — lamentaba dando largos tragos de la jarra de cerveza negra, mientras observaba su muñón inservible, un trozo de carne encallecida que solía esconder bajo su chaqueta en pose napoleónica.

Su mujer se afanaba en amasar la bola tierna que el poder del fuego

convertiría en pan.

—Ni el general que dirigió la ofensiva, ni el imperio... ni yo. —Como era habitual, un hilo de saliva espesa resbaló por su boca y humedeció la mesa. Tenía medio rostro paralizado desde hacía tiempo, tras sufrir un ictus. Poco quedaba ya del valiente y apuesto teniente de antaño: no era más que una sombra, una caricatura de sí mismo.

—El tratado de Versalles fue un insulto — intervino su esposa, visiblemente alterada. Tosió y se limpió el sudor con un paño: nunca había gozado de buena salud y, los desmanes a los que la había sometido la vida, no habían hecho más que agravarla.

—¡Me limpio el culo con el tratado de

Versalles, con la Sociedad de Naciones y con el Kaiser Guillermo II! — exclamaba furioso, golpeando con la mesa. Olas de espuma se elevaban de su jarra y salpicaban la madera. Agitaba con ira el trozo de manga que colgaba de la muñeca sin mano.

La familia Batchmeir perdió mucho con la derrota del Imperio Alemán en la Primera Guerra Mundial. El país fue desmilitarizado y sus mandos desposeídos de títulos y honores. Su padre perdió lo que había obtenido durante toda su vida a base de esfuerzo, dedicación y fe ciega.

Pese a todo, el amor infinito que sentía por su patria jamás se vio ensombrecido por el sentimiento de fracaso. El

alzamiento del nacionalsocialismo de la mano del gran orador, Adolf Hitler, fue el hecho que su nación esperó durante años para reafirmarse como imperio.

Así creció Gretchen, en un ambiente dominado por el resentimiento, bajo el estricto mando de un mísero héroe. Abelard, en cuanto comenzó la Segunda Gran Guerra, inmediatamente tiró de viejos contactos para que su pequeña Gretchen se pusiera al servicio del ejército alemán. Era un conocido excombatiente, un héroe que salvó a sus compañeros de una muerte segura, por lo que el partido, al que pertenecía desde que Adolf Hitler se erigió como líder indiscutible, tuvo a bien emplear a su joven hija.

Al cabo de un año desde el inicio de la contienda, Abelard se apagó en su cama. Lo hizo lanzando impropiedades, insultos a su suerte: jamás vería a su amado Imperio Alemán recuperar el esplendor de antaño.

Albert Speer pasaría a la historia por ser el nazi que se arrepintió. Ministro de Armamento y de Guerra del Tercer Reich, sus primeros contactos con el Führer se debieron a que Hitler lo admiraba como arquitecto, y le encargó la remodelación del Palacio de la Nueva Cancillería del Reich, en Berlín. Albert integró la Vieja Cancillería, el Palacio Borsig del siglo XIX, ubicado en la esquina, y añadió un cuartel para la

Primera División de las Waffen-SS. Bajo el Palacio construyó el Führebunker, un refugio para Adolf Hitler y su familia que sería usado en caso de necesidad. La Cancillería era el centro de trabajo de Gretchen.

Gretchen se había mudado con su madre a Berlín, a la vieja casa de sus abuelos, fallecidos años atrás. La mujer estaba cada vez peor de salud, y Gretchen sospechaba que no le quedaba mucho de vida. Por tanto, cuando la trasladaron de Praga a la Cancillería, no dudó en llevársela consigo. Su empleo para el Alto Mando Alemán tenía sus ventajas, como la posibilidad de que un médico visitase a su madre periódicamente. Además, amaba su

trabajo. La ideología nacionalsocialista le era extraña en muchos conceptos, pero estaba de acuerdo en uno de sus principios básicos: Alemania debía resurgir con más fuerza y decisión e imponerse a los países que la humillaron tras la Primera Gran Guerra, recuperar su soberanía, sus derechos como país independiente...

Se pasaba el día redactando despachos, órdenes de ataque, informes de bajas... en un salón repleto de féminas que martilleaban el papel con sus máquinas de escribir. En varias ocasiones se cruzó con Albert, e incluso una vez estuvo muy cerca del propio Führer, lo que le produjo un sonrojo y emoción inenarrables.

Los soldados corrían de un lado para otro, llevando documentos, trayendo notas para redactar. El trabajo era monótono, pero las mujeres parecían máquinas bien engrasadas: rápidas y eficientes.

Dos oficialas de avanzada edad paseaban continuamente por la sala de trabajo, controlando que no decayera el ritmo y que ninguna de las chicas realizara algún acto sospechoso. Había espías por doquier y, si no los había, el gobierno se encargaba de encontrarlos y ajusticiarlos para dar ejemplo.

Ilse Lemper. Una joven de diecisiete años, rubia y muy hermosa, pero torpe. Era tan nerviosa que saltaba medio metro de la silla cuando alguna

compañera tosía a su lado. Extravió un importante documento que le valió tal reprimenda que se llevó horas llorando. La señora Staggs, la oficiala de mayor rango, era una vieja arpía que disfrutaba martirizando a las jóvenes con sus palabras. Era estricta, más recta que el cañón de una Parabellum. Decían que llevaba una de esas armas metida por el ojo del culo para no perder su rictus furibundo. Su mala baba nacía de la pérdida de su marido y su hijo en el frente Noruego, en 1940. Ilse le confesó que no encontraba una importante instrucción para el departamento de logística, lo que provocó que, la señora Staggs, golpeará su vara en la mesa de trabajo de Ilse hasta quebrarla, mientras

le gritaba auténticas barbaridades con sus ojos clavados en los de la pobre chica. Por eso, cuando Ilse se dispuso a arrancar a su máquina de escribir la música rítmica de la escritura, su alma se le cayó a los pies al comprobar que no respondía. La máquina había enmudecido para siempre. Era un aparato caro y muy importante. Una máquina de escribir Enigma no era algo que todo el mundo tuviera sobre el escritorio de su casa. Cerró los ojos, inspiró profundamente y miró de soslayo a las compañeras, buscando apoyo moral o algún gesto que le revelase la solución a su problema...

—¿Por qué no está redactando? — preguntó Staggs con su voz ronca y

autoritaria, acercando tanto el rostro al de la pobre Ilse, que la chica podía distinguir perfectamente los pelillos negros de su nariz asomar como las puntas de un diente de león.

—Porque... —A Ilse solo le salió un hilo de voz.

—¿Por qué no está redactando? — repitió más fuerte.

La chica tosió. El resto de administrativas continuaron tecleando, pero no se perdían una sola palabra de la conversación. Algunas hasta se atrevían a mirar de reojo.

—Mi máquina no funciona... —dijo en tono de confesión, como si hubiera sido culpa suya.

La señora Staggs la observó largamente.

—Quizás lo mejor será que no vuelva a tocar una máquina de escribir con sus manazas... ¡Las mopas también se rompen, pero al menos no son tan caras!

—gritó pegada a la cara de la descompuesta Ilse; lanzaba espumarajos por la boca. La chica hipaba, conmovida.

—¿Acaso dan pistolas defectuosas en el frente? — Dijo una voz. Todas las miradas se clavaron en Gretchen, de pie en mitad de la sala.

—Siéntese, señorita Batchmeir — ordenó la otra oficiala, que se había mantenido al margen en todo momento. Arrancaba un repiqueteo al suelo de madera con el tacón de su bota.

—¿Cómo vamos a ganar la guerra si nos

proporcionan máquinas de escribir de mala calidad? —Continuó Gretchen haciendo caso omiso a la oficiala—. ¡Las guerras se ganan en el frente, pero también en las oficinas de información! ¡No la culpe a ella, señora Staggs, culpe a quien nos provee de estas máquinas!

Las compañeras estaban estupefactas.

—No se meta en lo que no le importa...

— advirtió la señora Staggs entre dientes, con la cara roja por la ira contenida.

—¡Sabe que llevo razón! ¡Lo que pasa es que usted es una vieja bruja que disfruta haciéndonos sufrir!

Las chicas que habían dejado de escribir para ver la escena hundieron las caras en sus máquinas y continuaron tecleando

con premura.

La señora Staggs se quedó clavada en el sitio. Había empalidecido, pero enseguida su piel volvió a adoptar el tono púrpura que evidenciaba su rabia. Salió de la zona de trabajo dando grandes zancadas.

El capitán Heinrich Peitz, encargado de la Oficina Central de Información del Reich, llamó a Maddie a su despacho. Ella se levantó, se atusó la falda color caqui y se colocó bien la gorra. Se dirigió al despacho con paso firme, demostrando más seguridad de la que sentía, pues estaba hecha un manojo de nervios. Tocó la puerta con los nudillos y la entornó un tanto. Dentro, el capitán Peitz tenía la vista posada en un

documento. Cuando la oyó llegar alzó los ojos. Su mínimo bigote, recortado al estilo cepillo de dientes, corto y ancho, se agitó al pedirle que esperase fuera. Al otro lado de la mesa, de espaldas a Gretchen, se situaba una silla, ocupada por un joven de altura considerable y aspecto elegante: otro alto mando. El joven se giró y le regaló una sonrisa pícaro, embriagadora.

Gretchen salió. Esperó un buen rato, con impaciencia, pues debía volver pronto al trabajo o se le acumularían las notificaciones.

Al cabo de media hora, la puerta del despacho se abrió. El joven apuesto que estaba reunido con el capitán surgió del interior, colocándose la gorra del

uniforme. Al pasar ante Gretchen, se tocó la visera a modo de saludo y le regaló una sonrisa que le hizo temblar las piernas.

Cuando se recuperó de la agradable impresión, volvió a entrar en el despacho, aún nerviosa. Cerró la puerta tras de sí y se quedó allí plantada, firme, esperando a que Heinrich le permitiera tomar asiento. El capitán manipulaba un gramófono, dando la espalda a la chica. De repente, una sublime melodía escapó de su confinamiento de vinilo a través de la trompeta dorada. Los violines inundaron la habitación con sus invisibles caricias.

—¿Le gusta la música? —preguntó girándose súbitamente—. ¡Oh, perdón,

mis modales! —Dijo peinándose con la mano el espeso cabello rubio. — Cierre la puerta y siéntese, por favor.

Gretchen obedeció.

—Una vez lo oí en una cafetería a la que me llevó mi padre —respondió, azorada.

—¿Disculpe? —El oficial le devolvió una mirada desconcertada.

—El primer movimiento de la sinfonía nº 40 de Mozart... ¿no es lo que suena?

—¡Oh, sí, claro! Mozart... —El capitán se sentó frente a la muchacha. Gretchen se percató de que tenía la mesa atestada de papeles. Junto a ellos descansaba una cartuchera con su pistola.

—Siento lo que ha pasado con la oficiala, capitán... —Gretchen se

atropellaba con las palabras. No podía permitirse el lujo de perder ese trabajo. La salud de su madre dependía de ello.

—Heinrich.

—¿Qué?

—Lámame Heinrich.

—Bueno, Heinrich —Desvió la mirada, nerviosa—. Mi compañera Ilse no tiene la culpa de...

—Tranquila, tranquila, querida —respondió Peitz, con una sonrisa tranquilizadora. Gretchen guardó silencio. El hombre se levantó, abrió un mueble bar, depositó en una bandeja dos pequeños vasos y los llenó con el contenido de una hermosa botella de cristal. Ofreció uno a Gretchen—. He estado siguiendo su trabajo, ¿sabe? —

Continuó apoyando el trasero en la esquina de la mesa, y adoptando una pose relajada, mientras daba sorbos de su copa.

—Si he hecho algo... la máquina de escribir...

—¡Oh, eso! Ya está solucionado. La máquina se reparará y se acabó el problema. Verá, como le decía antes de que me interrumpiera, he seguido su trabajo de cerca. En realidad la he seguido a usted. Me preguntaba si querría cenar conmigo esta noche.

La máquina Enigma fue trasladada por un mecánico al taller situado en la planta baja de la Cancillería, junto al patio central. Era demasiado importante

como para sacarla fuera del recinto. El oficial encargado del taller, Hermann Berg, la dejó a buen recaudo bajo llave. Se guardó la llave en el bolsillo y se marchó dispuesto a dar buena cuenta de una succulenta cena. No obstante, antes de salir, como animado por una fuerza misteriosa, extrajo la llave y la depositó sobre la mesa. Lo hizo sin darse cuenta. Sin querer. No fue consciente del extrañísimo hecho hasta el día siguiente, cuando se percató de que la había perdido. Regresó a la Cancillería a toda prisa, buscándola como loco. Se metería en un buen lío si llegaba a oídos de sus superiores que la había extraviado. Suspiró al encontrarla sobre su mesa de trabajo. ¿Cómo podía haberla

abandonado allí? Estaba seguro de que la llevó consigo a su casa el día anterior.

Entonces los problemas se multiplicaron. El mecánico encargado de reparar la máquina Enigma averiada le informó, visiblemente alterado, que la máquina había desaparecido. Hermann le echó de allí a patadas y elaboró un informe a sus superiores donde explicaba que la máquina no podía repararse, por lo que tendría que ser sustituida por una nueva. La defectuosa sería destruida, y él mismo certificaría su destrucción.

Luego llevó a cabo por su cuenta las pesquisas pertinentes para aclarar los hechos. ¿Quién podría haberse llevado

la máquina sin que nadie se hubiera dado cuenta? Las indagaciones fueron infructuosas. El soldado encargado de custodiar el taller en el turno durante el que ocurrió el robo, afirmó haber visto a un hombre alto y rubio rondar por las instalaciones cercanas, pero no logró identificarlo. De hecho, el mismo soldado se había quedado dormido durante la guardia poco después, pero no prefirió no contar este pequeño detalle...

Gretchen se encontraba muy nerviosa. No estaba acostumbrada a ir con hombres, pero no podía negarle a su capitán acompañarlo a una cena en un restaurante de lujo berlinés.

No quería dejar sola a su madre, pero la anciana, con mano temblorosa, acarició la mejilla de su pequeña Gretchen y le susurró que aprovecharse el momento:

—Ve y disfruta, pequeña... no pierdas tu juventud cuidando de esta vieja.

La joven le sonrió y la abrazó con ternura.

Se puso un traje largo, escotado, y un collar de perlas falsas, todo sacado del baúl de su madre. Se pintó lo mejor que pudo y bajó a la puerta del edificio a la hora indicada por el capitán... por Heinrich. Llevaba en el bolso el pequeño reloj dorado, herencia de su padre. Adoraba ese reloj.

El Mercedes Benz 770 K se detuvo ante su puerta. Era un coche muy hermoso, negro y brillante como el ónice, con dos imponentes faros redondos que sobresalían como ojos del esbelto capó. El chófer, un hombre joven, se apresuró en apearse, la saludó con un movimiento de cabeza y le abrió la puerta trasera. Dentro la esperaba el capitán, ataviado con el traje de gala.

—Estás preciosa... —soltó a modo de saludo.

Gretchen sabía que no era cierto. Ella nunca había sido bella como muchas de sus amigas. Su nariz ganchuda afeaba un poco su rostro afilado. No obstante, tenía un magnetismo especial que había atraído a numerosos hombres desde que

le crecieron los pechos.

Recorrieron las calles de Berlín. La noche había abrazado la ciudad desde hacía rato, y por las calles solo transitaban algunos soldados que hacían la ronda. Gretchen, sin saber muy bien qué decir o cómo actuar, se dedicó a observar las banderolas con las esvásticas y las fotos del primer plano del Führer colgadas en las fachadas de multitud de edificios. El Führer miraba hacia un lado, al infinito, con la soberbia del elegido, único capaz de vislumbrar el camino por el que conducir a sus conciudadanos hacia la victoria.

Un buen rato después, el coche se detuvo ante un local cuya puerta

custodiaban varios soldados armados hasta los dientes. Heinrich se bajó del vehículo, abrió la puerta de Gretchen y la cogió de la mano. Luego la condujo hasta el interior del local. Los soldados se cuadraron ante la pareja.

Gretchen jamás había estado en un lugar como aquél. Desde un recibidor, donde varios mayordomos les cogieron los abrigo y les ofrecieron una copa de champán, accedieron a un amplio salón. Abrió los ojos de par en par, maravillada por la ostentación que dominaba el recinto. El lujo era la nota predominante: sillones forrados de piel, elegantes lámparas de lágrimas, espejos amplios... Algunas mujeres de modales refinados acompañaban a oficiales de

distinto rango. Charlaban en corrillos, aquí y allá, de pie, sentados en los sillones, fumaban tabaco de pipa y cigarrillos. Olía a perfume caro y a humo.

Los camareros cruzaban la sala de un lado a otro ofreciendo bebidas y canapés a los invitados. Un pianista amenizaba la velada con una agradable melodía.

Heinrich presentó a Gretchen a varios oficiales de alto rango. La muchacha se irguió ante ellos, acostumbrada a la actitud que debía mostrar ante un superior en la Cancillería, pero los hombres rieron sus formas, como si de un chiste se hubiera tratado, y se apresuraron a coger su mano derecha y a

besarla mirándola a los ojos.

—¿Batchmeier? —preguntó un hombre barrigudo, examinándola con su monóculo—. ¿De los Batchmeier de Hamburgo, hija del Teniente Abelard?

—La chica asintió, azorada—. ¿Cómo está el viejo cascarrabias?

—Verá... él murió...

—¡Vaya! —dijo el hombre, contrariado—. Mi más sincero pésame, querida. Es una gran pérdida, sin duda. Tómese una copa y brindemos por ese hombre tan valiente. Si ha heredado una pizca de su arrojo, sería capaz de ganar la guerra usted sola. —Sonrió con amabilidad.

A partir de ahí, muchos asistentes quisieron conocer a la hija del héroe de guerra.

El ambiente era festivo. Nadie diría que se estaba librando una guerra cruel en medio mundo. Heinrich la dejó con un grupo de mujeres que hablaban de la última moda en París, bebían y reían como descosidas, alguna visiblemente embriagada por el alcohol.

Al cabo, el silencio se hizo y todas las miradas se clavaron en la entrada. Un grupo de soldados rodeaba a un hombre de estatura media, complexión robusta, ojos oscuros e incisivos, bigote como el del capitán Heinrich y pelo negro con un largo flequillo a un lado, que se atusaba con mano nerviosa. Sus finos labios se cerraban en una mueca adusta. Una mujer alta y de cabellos dorados le acompañaba. También algunos altos

mandos que Gretchen conocía muy bien. Casi se desmaya cuando se dio cuenta de que se trataba del mismísimo Führer. Varios fotógrafos iban tras él. No dejaban de lanzar sus flashes. El hombre se situó ante los invitados.

—Buenas noches, damas y caballeros — exclamó con voz suave pero firme, lanzando algunos salivajos a medida que hablaba—. Espero que disfruten de esta velada. Las próximas jornadas serán decisivas para nuestro amado país. Beban, coman y pásenlo bien. Hagan acopio de fuerzas para afrontar lo que se avecina. Recuerden que podrán disfrutar de la ostentación que les rodea indefinidamente, en cuanto nos impongamos sobre el resto del mundo.

No duden de que adoro castigar a los traidores y recompensar a mis colaboradores. Buenas noches.

La gente levantó el brazo derecho con la mano recta.

—*Heil Hitler!* —gritaron al unísono.

Luego, el Führer desapareció por una puerta lateral seguido de su camarilla.

Gretchen mantenía la boca abierta, hasta que sus ojos se cruzaron con uno de los acompañantes de Hitler: era el mismo joven que salió del despacho del capitán Heinrich, cuando fue convocada tras defender a Ilse en la Cancillería. El joven le sonrió de nuevo, con un gesto que derritió a Gretchen. Se internó por la misma puerta, tras el Führer.

El camarero que guardaba la entrada de los servicios, con una toalla en el antebrazo, saludó con un respetuoso movimiento de cabeza a Sigfried Buttner. Se apresuró en abrirle la puerta. Sigfried entró y se metió en uno de los váteres. Se sacó la polla y se puso a mear, mientras silbaba una canción. El traje de oficial nazi le resultaba incómodo, pero justo eso era él para los que rodeaban a Hitler: un alto oficial al que nadie conocía y del que nadie sabía muy bien cuál era su objetivo, misión o destino. Sólo sabían que era una persona de absoluta confianza para el Führer. Una especie de consejero.

Mientras se sacudía el enorme miembro, sonriente, su silbido se

entremezcló con otro que conocía de sobra. Suspiró irritado. Salió del cubículo donde se ubicaba el váter. Antes de verle ya sabía que se encontraría con él, con su viejo amigo. O, en ocasiones, enemigo.

—Hola de nuevo —saludó desganado, sin mirar siquiera al joven alto, delgado y de cabello rubio que ordenaba las toallas y reponía los geles en los lavabos. Se hacía pasar por un trabajador del restaurante.

—¡Cuánto tiempo! —respondió con una gran sonrisa. Se acercó a Sigfried y le ofreció un poco de gel. El oficial lo rechazó con un ademán.

—¿Qué coño haces aquí...?
—Manfred —completó la pregunta.

—Manfred...

—¿Y tú cómo te haces llamar? —quiso saber sin

variar el gesto alegre.

—Sigfried. Sigfried Buttner.

—Veo que estás muy bien acompañado, Sigfried. —Espero que no metas tus narices en mi nuevo...

proyecto —advirtió recuperando la compostura y sonriendo de nuevo.

—Quizá llegas tarde... ¿No habréis extraviado una máquina de escribir Enigma por casualidad? —Dejó el dosificador de gel sobre un lavabo y se dio a ordenar los frascos de perfume.

—¡Así que has sido tú! —exclamó Sigfried, divertido—. Pues quizás el que llegas tarde seas tú, amigo. Todo está

preparado.

—Sabes que no puedes hacerlo. Siempre es necesario un equilibrio.

—Eso ya lo veremos —zanjó despidiéndose con una mano y dirigiéndose hacia la puerta de salida de los servicios.

—Haces lo que deseas y luego te lavas las manos pero, cuando de verdad debes lavártelas... — Manfred soltó una carcajada que rebotó en los azulejos de la estancia vacía.

La tensión en la voz del operador de radio era evidente. El pobre alemán balbuceaba palabras en inglés, pero se notaba que estaba aterrado. El oficial al mando del formidable navío de guerra

británico fue claro: o se rendían y se dejaban escoltar a un puerto aliado, o lanzarían toda su fuerza bélica sobre el barco meteorológico alemán.

Uno de los últimos servicios del viejo crucero de batalla británico MHS Hood fue interceptar un barco meteorológico nazi. El almirante de navío Crood recibió las órdenes del Alto Mando Aliado. Según le comunicaron, el barco portaba información sensible de gran interés para el bando aliado. Debía interceptar el navío alemán y llevarlo a puerto seguro. No obstante, el almirante no tenía forma de obligar al barco alemán a que cumpliera sus órdenes sino era mediante la amenaza. Y la amenaza

debía llevarse a cabo en caso de desobediencia.

Con voz aterrada, el operador de radio alemán comunicó al crucero que cumplirían la orden.

Los cascos de ambos navíos cortaron las aguas del Mar del Norte en dirección al Reino Unido. El barco meteorológico era un cachorrillo comparado con el mastodóntico casco grisáceo del Hood.

Una vez en el puerto, los alemanes fueron arrestados y el barco registrado de arriba abajo. Encontraron mapas, situaciones de submarinos y barcos de guerra, informes de movimientos del ejército alemán... información importante pero de la que, gran parte, ya

era conocida por los Aliados. El almirante Crood estaba furioso por haber expuesto a sus hombres a un peligro manifiesto en una aproximación a las costas alemanas, atestadas de submarinos nazis, todo para obtener una información de la que ya disponían.

No obstante, aquella noche, uno de los soldados británicos que custodiaba el barco alemán en el muelle percibió movimiento en el puente: estaba seguro de haber visto una silueta deslizarse sobre él.

Presto, se lanzó al interior del navío a la voz de alto. La figura hizo caso omiso a la orden y se internó en las entrañas del barco. El soldado le siguió hasta la bodega. Con su linterna examinó

palmo a palmo el perímetro, sin fortuna. No había nadie. Sin embargo, sobre unas cajas cuyo contenido ya habían examinado, reposaba una máquina de escribir alemana: una máquina Enigma.

Las cosas no se desarrollaron como el Tercer Reich había previsto.

Entre 1940 y 1944, Gretchen asistió a muchas fiestas, primero del brazo del capitán Heinrich y, luego, cuando su nombre empezó a sonar en el círculo de altos mandos, con otros oficiales de mayor rango. Bebió, fumó, bailó y posó para hacerse mil fotos. Incluso acompañó a algún oficial a coloquios y exposiciones sobre nuevos experimentos científicos llevados a cabo por

investigadores nazis. Conoció a especialistas de muchas ramas de la ciencia, sabios en su campo. Jamás llegó a entender con exactitud en qué consistían dichos experimentos. Coincidió mil y una vez con Sigfried Buttner, el joven que vio aparecer en compañía del Führer en la primera fiesta a la que asistió. Era un joven enigmático. Gretchen deseaba acostarse con él, recorrer su cuerpo atlético con la lengua, sentir su miembro dentro de ella... despertaba en la mujer un sentimiento de lascivia que ningún otro hombre logró jamás, ni siquiera los maridos que tuvo durante su nueva vida tras la guerra.

—Vengo de ver a mi amigo, el

emperador de Japón —soltó con una risa que hacía dudar a Gretchen de si hablaba en serio o estaba de broma. Con Sigfried nunca se sabía.

—¿No me vas a contar cómo has llegado a codearte con nuestro Führer? —se atrevió a preguntar envalentonada por los ríos de champán que corrían por sus venas.

Sigfried tenía la habilidad de desviar las conversaciones por los derroteros que le interesaban. Para evitar responderle directamente, acabó explicándole que la principal forma de relación social entre los monos era el acicalamiento: «Se acicalan mutuamente, en señal de respeto y como medio para obtener placer los unos de

los otros; no son muy diferentes de los humanos: yo hago lo mismo con Adolf, le acicalo, y él me acicala. Ambos nos procuramos algo que nos interesa», confesaba en privado con una sonora carcajada, ante el gesto escandalizado de la mujer. Nunca respondía a las preguntas de Gretchen de manera clara. Era el perfecto político, y la joven llegó a sospechar que no era más que un chupatintas más, alejado del peligro del combate en el frente. Sonreía y atrapaba a Gretchen con su mirada profunda y oscura. En ocasiones se sorprendía sumida en ensoñaciones en las que Sigfried la tomaba allí mismo, delante de todo el mundo. Al poco lograba regresar de su ensimismamiento y se

daba cuenta de que había perdido el hilo de la conversación (o monólogo) que estaba llevando a cabo el general, almirante o quien quisiera que fuera aquél con el que conversaba en ese momento. También notaba las bragas húmedas.

Intentó acostarse con Sigfried en varias ocasiones, pero el hombre la rechazaba una y otra vez.

—Eres demasiado pura... demasiado pura. No te dejes corromper. —La frenaba con una mirada extrañamente paternal que incomodaba a Gretchen.

Aquella noche, sin embargo, en la última fiesta en la que coincidieron estaba inusualmente taciturno.

—¿Te ocurre algo, Sigfried? —dijo

Gretchen.

—Algo debe ocurrir para que todos tengan esa cara de polla —respondió de mala gana señalando a los oficiales que disfrutaban de sus copas. Gretchen se percató de que había un ambiente extraño—. Esto se acaba, querida, y más vale que vayamos asegurándonos el futuro en otra parte. Pero no te preocupes, Adolf y yo tenemos preparada la traca final. La historia no olvidará al Tercer Reich tan fácilmente.

Durante los meses siguientes, la tensión fue la nota predominante en la Cancillería. Las primeras y rápidas victorias del Tercer Reich sobre Europa, cuya expansión parecía irrefrenable, fueron sustituidas por

derrotas en todos los frentes abiertos. Desde que un crucero inglés encontrase una máquina Enigma en un barco meteorológico alemán, todo había empezado a cambiar, pues los aliados tuvieron un punto de partida para traducir los mensajes cifrados nazis. Una frase empezó a predominar en todos los despachos, órdenes e instrucciones que salían de la Oficina de Información de la Cancillería: «Luz verde a la Solución Final». Gretchen ignoraba de qué se trataba esa orden en clave, pero llegaron rumores de que los presos de los campos de concentración estaban siendo exterminados a miles. Gretchen no entendía por qué el Führer había tomado dicha determinación, pues el

otrora claro resultado de la guerra se les estaba volviendo en contra. Ya nadie confiaba en que el Führer pudiera lograr el objetivo de dominar primero Europa y, luego, el resto del mundo. ¿Para qué aniquilar al enemigo, entonces? Era inhumano. ¿Tendrían piedad con ellos después de la guerra, si ellos no habían tenido piedad con el enemigo? En su fuero interno Gretchen llegó a pensar que Hitler había perdido la cordura. Una cosa era imponer la raza aria, de la que ella estaba orgullosa de formar parte, sobre el resto de la humanidad con objeto de guiarla hacia un futuro glorioso, y otra muy distinta exterminar a las razas inferiores.

Varios meses después las

predicciones de Sigfried se hacían realidad: Hitler se suicidaba en su Führebunker, y los rusos estaban a las puertas de Berlín. La ciudad resistía a duras penas, pues la mayor parte del ejército encargado de protegerla había partido poco antes hacia Praga para defenderla. Los nazis habían captado un mensaje del enemigo que aseguraba que el contingente ruso se dirigía hacia allí, pero había resultado ser una trampa.

Gretchen escapó de la Cancillería y se encerró en su casa con su madre, aterrada. Jamás se le olvidaría la imagen de la oficiala Staggs sentada en una de las mesas de trabajo, ante una de las máquinas de escribir, llorando desconsolada y amartillando su

pistola...

Rogó a numerosos oficiales que la ayudaran a escapar con su madre, pero nadie le hizo caso: durante la guerra había sido la puta de muchos de ellos y ahora solo veían en ella a una puta prescindible con una madre enferma. Intentó localizar a Sigfried, con quien había hecho muy buenas migas en esos años, pero no logró dar con él. Era un hombre misterioso que pasaba días en Berlín y en la Cancillería y luego desaparecía durante meses.

Por primera vez desde que estalló la guerra, Gretchen sintió verdadero pánico. No podía huir de la ciudad con su madre a cuestas. Estaba encamada, en muy mal estado y, si intentaba

trasladarla, temía que empeorase.

Poco después, los rusos entraron en Berlín.

—¿No oyes la música de la vida?

—Solo oigo gritos y disparos.

Desde una azotea de un edificio en llamas,

Manfred disfrutaba de la brisa nocturna, tendido en el suelo. Las estrellas titilaban inocentes en el firmamento, sobre su cabeza. Parpadeaban incrédulas de lo que ocurría bajo ellas. No entendían la locura humana. Sigfried, de pie junto a Manfred, observaba los edificios de Berlín que ardían como gigantescas piras, los tanques rusos por doquier

como pequeñas cucarachas que atestaran las calles, y su ejército sacando a la fuerza a los berlineses de las casas. Se llevaban a algunos en sus vehículos y fusilaban a otros allí mismo.

La resistencia de la ciudad estaba siendo cruenta. Desde las ventanas y azoteas aledañas, algunos resistentes disparaban contra los tanques con sus panzerfaust, un arma parecida al bazooka estadounidense, de la que habían hecho acopio en gran número por si llegaba ese momento.

—Estoy disfrutando mucho con esta partida. No quería que te metieras pero, ya que lo has hecho, al menos, está siendo divertido. Buena jugada hacer creer a mis fichas que las tuyas atacarían

Praga.

—¿Mis fichas? ¿Tus fichas? Esto no es un juego. Creo que es hora de ir terminando, ¿no te parece? — respondió el rubio sin apartar la mirada del manto oscuro del firmamento. Su boca curvada en una eterna sonrisa se convirtió en un pequeño círculo que lanzó a la oscuridad una melodía en forma de silbido.

—Aún queda mucho... —exclamó Sigfried. No quería que el juego acabara.

—Haz que Japón deponga las armas. Se acabaron las muertes. Las que quedan son inevitables. Yo presionaré desde mi lado para que los americanos hagan creer al gobierno nipón que no le queda

otra salida más que la rendición.

—Te crees mejor que yo, ¿verdad? — preguntó Sigfried sonriente, haciendo un movimiento negativo con la cabeza.

—Yo amo la vida. Tú amas la muerte. Ninguno es mejor que el otro, pues ambos conceptos se necesitan para tener sentido.

—¿Amas la vida? ¿No ves lo que ocurre bajo tus narices? ¡Mira cómo masacran los rusos a los berlineses!

—No se te ocurra echarme la culpa de ello — replicó tranquilamente Manfred —. Los rusos han visto mucho sufrimiento en su camino. Han estado en Auswitchz... saben lo que habéis hecho, y se están tomando la revancha. Las muertes que están causando son

únicamente responsabilidad tuya. No he podido evitarlo.

Dicho esto, Manfred se incorporó, saltó de la azotea y se perdió en la oscuridad, dejando al otro con la palabra en la boca.

A menudo el físico Albert Einstein se preguntaba de dónde nacía el milagro creativo conocido como inspiración. Podía explicar casi cualquier fenómeno de la naturaleza mediante una ecuación, pero no era capaz de acotar matemáticamente el proceso mental que llevaba desde un chispazo inicial hasta una teoría plenamente desarrollada. Sus reflexiones le llevaron a pensar que la inspiración en cualquier área del

conocimiento era similar al proceso ilógico del humor. Había conocido a gente graciosa durante su vida, y a muchos graciosos. La diferencia radicaba en que la gente graciosa lo era por naturaleza, y en verdad que eran divertidos. Los graciosos, por su parte, forzaban la situación para hacer reír y pocas veces lo conseguían. Era una habilidad, un don, que no se podía cultivar: o se tenía o no se tenía. Igual que la inspiración: o llegaba o no llegaba, no había un proceso lógico que pudiera forzar al cerebro a descubrirte un enigma que quisieras desentrañar. De ahí que Albert gustara, tanto de formular teorías que explicasen fenómenos, como de tomarse la vida con humor.

Por eso, en 1919, el día en que agotado de dar vueltas y vueltas a su nueva ecuación, que no lograba completar satisfactoriamente, se quedó dormido en la silla frente a la pizarra, le resultó curioso cómo se le presentó la inspiración: en forma de hombre alto y delgado que entraba en su despacho de la Academia Prusiana de Ciencias, en Berlín, cogía la tiza y completaba la ecuación en la pizarra. Su teoría de la relatividad, por fin, estaba acabada.

El día seis de agosto se confirmó que el cielo sobre la ciudad estaba despejado. La operación se había retrasado debido a la nubosidad predominante durante los días

anteriores.

El bombardero estadounidense B-29 despegó de la base de North Field, en Tinian, en el Pacífico, y sobrevoló sus aguas tranquilas durante seis horas, hasta Iwo Jima. Era un monstruoso cilindro provisto de alas a ambos lados, que sobresalían a mitad del cuerpo, con dos hélices en cada una de ellas.

La tripulación estaba especialmente silenciosa aquel día. La misión que tenían por delante no era sencilla. Estaban acostumbrados a acatar órdenes, pero no órdenes de ese tipo. En Iwo Jima se le unieron dos B-29 más, uno con el cometido de dejar constancia fotográfica de todo lo que ocurriera y, otro, con instrumentos de medida.

Así, el Enola Gay, escoltado por los otros dos aviones, tomó rumbo hacia los cielos de Hiroshima.

El coronel Paul Tibbets estaba especialmente callado aquel día. No es que fuera un tipo divertido, pero su silencio sepulcral evidenciaba sus dudas ante lo que tenían que hacer. Le acompañaban el capitán de la Armada, William Parsons, y su joven asistente, Morris Jeppson.

Faltaba una hora aún para avistar la ciudad. El joven Morris sudaba copiosamente. Sentado en la cabina de mando junto a sus superiores, extendió las manos ante sí. Le temblaban. Solía tener buen pulso, era crucial en su trabajo, pero aquella mañana la duda era

una enfermedad contagiosa. Ni siquiera ellos, máquinas de obedecer los mandatos de su gobierno, estaban preparados para algo así.

—Es fácil que la temperatura de los alrededores se eleve hasta un millón de grados —comentó el asistente Morris, rompiendo el silencio.

—Ve preparando a *Little Boy* —ordenó el capitán Parsons. Quería evitar un debate a toda costa.

—¿Saben cuánta gente morirá? Se quemarán vivos, por Dios... ¿Seremos capaces de llevar esto sobre nuestras conciencias? —El chico insistió. No estaba dispuesto a matar a miles de personas pulsando un botón. Era algo demencial. Era algo cruel, más propio

de demonios que de humanos.

—Cállese, Morris. No creo que sea para tanto. Sabe que la efectividad del uranio es de solamente un 1,38 % —zanjó el capitán, pero la oscilación de su voz le traicionaba: a él tampoco le entusiasmaba aquella fiesta.

—Cuarenta minutos para alcanzar el objetivo — informó una voz por radio desde otro B-29.

—Estoy con Morris —saltó de repente el coronel Tibbets, el máximo responsable de la misión. —No tiene nada de honorable lo que vamos a hacer. Una cosa es luchar en el campo de batalla, en igualdad de condiciones, y otra es arrojar sobre la población civil la muerte desde el cielo... una muerte

dolorosa.

El capitán Parsons abrió mucho los ojos. Si regresaban sin cumplir la misión se enfrentarían a un Consejo de Guerra por incumplimiento de órdenes.

—Pero... ¿Qué pasa con Pearl Harbour? Nuestros compañeros murieron y... — intentó protestar, pero no tenía argumento alguno a su favor. Lo que decían era cierto: iban a asesinar a miles de civiles inocentes.

—Voy a dar la vuelta. Alegaré motivos técnicos — decidió el coronel.

Cuando su mano se posó sobre la radio, dispuesto a informar a los otros dos B-29 de que la misión quedaba abortada, un silbido tras ellos les sobresaltó. Iban los tres solos en el aparato. Era

imposible que nadie estuviera silbando a sus espaldas.

—¿Qué demonios...?

Todo transcurrió como en un sueño.

Tanto el capitán Parsons como su asistente, echaron mano de las pistolas que llevaban en las cartucheras, pero el extraño, alto y delgado, que les observaba con una sonrisa desde la puerta de la cabina, silbaba sin inmutarse.

Como un autómata, el coronel giró la vista al frente, hacia la autopista azul que se abría ante él, y continuó con el rumbo inicial.

El capitán Parsons se dirigió a la bodega donde se encontraba la Little Boy y realizó el proceso de armado de

la bomba. A continuación, cuando quedaba poco tiempo para llegar al objetivo, su asistente quitó los dispositivos de seguridad.

Cuando quisieron darse cuenta, viraban el rumbo y regresaban a casa. El avión vibraba peligrosamente, sometido a poderosas turbulencias. Bajo ellos, un hongo oscuro, espeso como la lava, una masa burbujeante gris violácea, con el núcleo rojo como la sangre, de unos doscientos cincuenta y seis metros de diámetro, lo arrasaba todo, sembrando terribles incendios que se desataban con virulencia en todo su perímetro.

Entre noventa mil y ciento cuarenta mil personas perecieron aquel día.

Tres días después, otra bomba caería

sobre la población de Nagasaki.

A pesar de sus reticencias durante el vuelo, sorprendentemente, el coronel Tibbets jamás mostraría remordimiento alguno por lo sucedido, como si no hubiera tenido nada que ver con el suceso. Como si no hubiera sido su cerebro el que ordenara a sus manos que maniobrasen el avión hasta situarlo sobre la desdichada ciudad.

Gretchen temblaba.

Sus ojos desorbitados por el horror no eran capaces de soltar ni una sola lágrima más. Estaban secos. Solo deseaba morir de una vez. Si veía alguna nueva atrocidad su corazón reventaría de pánico.

Días después de la ocupación rusa, un grupo de soldados irrumpió en su casa. Echaron la puerta abajo, y sus botas resonaron contra la madera hasta que la encontraron en el dormitorio, cuidando de su madre moribunda. Temerosa de que se lo robaran, se tragó el reloj de su padre.

Eran seis o siete soldados, ya no se acordaba. La sacaron a rastras y le tiraron a la cara un puñado de fotografías, donde aparecía ella con altos mandos nazis. Intentó decir algo, pero uno de los soldados le propinó tal bofetada que la tiró al suelo. Sintió el gusto férreo de la sangre inundar su boca. Allí mismo le arrancaron la ropa y la violaron uno tras otro. Mientras lo

hacían, lo único que escuchaba eran los gritos de su madre. Uno de esos soldados la había deshonrado con la bayoneta de su arma. Se congratulaba de ello delante de Gretchen mientras limpiaba la sangre del afilado cuchillo con un paño. Los otros le reían la gracia.

Al día siguiente la sacaron desnuda a la calle. La empujaron hasta el centro de la calzada, donde otras muchas mujeres de edad dispar intentaban cubrirse las vergüenzas. Ante los insultos y los escupitajos de los soldados, las raparon al cero. Gretchen lloraba y suplicaba ayuda con la mirada, pero nadie movió un dedo por socorrerlas. Entre los soldados se encontraban berlineses que, hubieran

estado de acuerdo con el nazismo o no, ahora lo repudiaban como la peor de las enfermedades. En cierto momento creyó ver a una chica que trabajó con ella en la Cancillería, Ilse, pero tenía el rostro y el cuerpo tan desfigurado que apenas estaba reconocible: caminaba por pura inercia. Parecía que fuera a desplomarse en cualquier momento.

Desfilaron kilómetros hasta las afueras, atormentadas, sucias, llorosas, temblorosas, con los pies hinchados por la caminata, llenas de heridas. Las encerraron en un establo, amarradas cada una a un palo.

Allí volvieron a violarlas y a maltratarlas durante días.

La chica que estaba junto a ella seguía

atada al poste, pero ya no se movía: había muerto desangrada después de que los soldados rusos le amputasen las manos y los pies con un machete, por puro placer. Sus sollozos se habían apagado a medida que la sangre escapaba a raudales de su cuerpo.

Gretchen pensaba que su final había llegado.

Vladimir paseaba por las calles muertas de Berlín. Vestía un uniforme del ejército ruso, y llevaba un subfusil PPS-43 colgado del hombro, más por aparentar que por su utilidad real. A él no le hacía falta ningún arma. Había cadáveres descomponiéndose por todas partes. Un soldado ruso, apenas un

chiquillo, violaba a una niña que rondaría los siete años de edad. La niña se retorció y chillaba, pero los soldados de mayor edad que les hacían corro, reían y animaban al jovencuelo a que acabara su hazaña. Vladimir se quedó un rato viendo la escena, sonriente. Cuando el niño terminó, se incorporó entre felicitaciones y palmadas en la espalda de los demás. Tenía una sonrisa estúpida en el rostro, como la que exhibe aquél que ha realizado una proeza. Abandonaron a la chiquilla allí en medio de la calle, desangrándose. Vladimir dobló una esquina y se internó en un callejón oscuro. Estaba realmente satisfecho del resultado del juego. Ese estúpido no había logrado pararle los

pies...

De repente, Manfred estaba de pie ante Vladimir, con la mano levantada. La bajó con un rápido movimiento y Vladimir sintió un ramalazo de dolor en la mejilla, bajo el ojo derecho. La sangre se derramó de la cara y salpicó a Manfred. El suelo se llenó de goterones.

—¿Qué haces? —Los adoquines alrededor de Vladimir empezaron a burbujear; sus ojos se volvieron negros como dos agujeros que condujesen al inframundo. Su rostro se contrajo en una mueca horrenda, más parecido a un demonio que a una persona. Intentó devolver el golpe a su atacante, pero Manfred era muy rápido. Desaparecía de la trayectoria de Vladimir en un abrir

y cerrar de ojos. No perdió ni la sonrisa ni la compostura. Cuando se cansó de perseguirlo, Manfred extrajo con parsimonia un pañuelo de su bolsillo y se limpió la sangre de la mano.

—Solúcionalo. Equilibra lo que has hecho. Sabes que tienes que hacerlo.

—¡He perdido la guerra! ¿Qué más quieres?

—Lo que has hecho excede totalmente tu cometido. Has eliminado a demasiados humanos de una sola vez. No era la forma de acabar con esto. Tergiversaste mis palabras, y las has utilizado para sembrar la muerte de forma atroz.

—¡No es la primera vez que ocurre! — protestó limpiándose la sangre con la manga de la camisa, que pronto adquirió

una tonalidad oscura—. ¡Joder, se te ha ido la cabeza!

—Debes redimirte de tus actos. Te lo exijo. Una sola vida bien vale diez mil muertes. Quiero comprobar que estás arrepentido. Arréglatelas o volveremos a vernos.

Manfred se fue con las manos en los bolsillos, silbando su típica melodía. Se cruzó con un grupo de soldados que pareció no verlo.

Vladimir se quedó allí de pie, muerto de rabia. Quizás sí que se había excedido. Reflexionó un rato hasta que encontró un medio de calmar a Manfred, de equilibrar la balanza.

Todo era oscuridad. Gretchen estaba

aterida. El frío y la imposibilidad de moverse debido a las ataduras le habían adormecido el cuerpo. Ya ni sentía el dolor de hacía unas horas.

Oyó un susurro. Pisadas. Sintió un miedo incontrolable, y empezó a temblar.

De repente una luz apareció ante su rostro. El susto casi termina con ella. Tras la luz había una cara que la examinaba atentamente.

Tardó unos segundos en reconocer al dueño de ese rostro.

—¡Sigfried! —exclamó.

El otro chistó.

—Sigfried, ayúdame, por favor... —rogó Gretchen. Comenzó a llorar.

—Estoy aquí para eso.

La mujer se tranquilizó, aunque continuó hipando un rato.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó mientras la desataba. El hombre tenía una fea herida debajo del ojo derecho.

—Nada, un arañazo que seguro que me deja una hermosa cicatriz. A las mujeres os gustan las cicatrices, ¿verdad? —dijo en su típico tono burlón—. Y no me llames Sigfried. Ahora soy Vladimir.

—¿Eres... eres un traidor? —La chica estaba absolutamente sorprendida.

Vladimir la envolvió en una manta y la ayudó a salir del establo. Los guardias dormían a pierna suelta apoyados en las puertas. La chica sufrió unos incontrolables espasmos al ver a sus verdugos.

—Tranquila, no se despertarán.

Vladimir condujo a Gretchen hasta una casa cercana. Allí, la chica pudo asearse. Cuando hubo acabado, encontró un hermoso vestido sobre la cama. Se lo puso y regresó a la cocina, donde Vladimir la esperaba con algo de alimento. Lo devoró con ansia.

—Sigfried... Vladimir... ¡Me han hecho cosas! ¡Y mi madre! —Gretchen se derrumbó. Se llevó las manos a la cara, desconsolada.

—Llora a tus muertos más tarde —ordenó el hombre—. Vas a huir a Argentina. Aquí tienes tu documentación en regla, dinero y algunas valiosas joyas que encontré entre las cosas de los soldados que te custodiaban. Botín de

guerra, lo llaman.

La mujer lo examinó de hito en hito, sorprendida. Incrédula. Ojeó el interior del bolso. Metió la mano y extrajo algunas fotografías: eran las mismas que habían conseguido los rusos, en las que aparecía ella en distintos actos del gobierno nazi.

—¿Y esto? —preguntó con aprehensión.
—Llévatelas. Guárdalas con celo. ¿No querrás que caigan en las manos equivocadas y te persigan hasta el fin del mundo para detenerte, no?

La mujer asintió en silencio y devolvió las fotografías al interior del bolso.

—¿Y qué va a ser de ti? ¿Vienes conmigo? ¿Por qué vistes como ellos?

—No sé. No y porque es un disfraz —

rió.

Gretchen quedó un rato pensativa.

—¿Y si me atrapan?

—No lo harán. Está todo preparado.

—Gracias... Siempre has sido muy bueno conmigo. No sé cómo pagártelo...

—Gretchen le dio un fuerte abrazo.

Cuando estaba a punto de salir, para aprovechar el cobijo de la noche, se volvió.

—¿Quién eres en realidad?

—Algún día te lo contaré. Para entonces tú serás una anciana. Yo ya no seré Sigfried. Tampoco Vladimir. Habré tenido muchos nombres. Habré sido amigo de gente poderosa. El poder me atrae, ¿sabes? Entonces, cuando volvamos a encontrarnos y mi juventud

te sorprenda, te pediré el pago por salvarte.

Un reavivado sentimiento de miedo se incrustó en el estómago de Gretchen. No sabía si se debía al reloj que había vomitado y tragado varias veces durante esos días o era un miedo real que le causaban las palabras de Sigfried, un miedo basado en algo intangible pero verdadero. ¿Había dicho que su juventud le sorprendería? Ese hombre tan singular... ¿De verdad era un hombre? Ya no sabía qué pensar. Su mente aún estaba nublada por el reciente sufrimiento. Aunque, en realidad, Gretchen nunca sabía cuándo Sigfried hablaba en serio y cuándo hablaba en broma...

Vladimir no volvió a saber nada de Manfred. Según dedujo, habría quedado satisfecho con el hecho de que ayudara a Maddie y a otras personas a salvar sus vidas, lo merecieran o no. Manfred era un sentimental, siempre tan protector con los humanos. Para Vladimir, durante años, fue un alivio. Sabía, no obstante, que algún día sus caminos volverían a cruzarse...

—Sí que te quedó una hermosa cicatriz —rió Maddie señalando el ojo derecho de Rick.

—La he llevado con orgullo durante todos estos años. Me costó mucho conseguirla, ¿sabes? —Puso las manos

en las rodillas y se incorporó. Paseó por el salón estudiando los recuerdos de Maddie—. Así que, al final, acabaste en este pueblo de mierda.

—No digas eso. Maringouin es mi hogar. Mi último marido era de Luisiana. Nos mudamos aquí hace años. Conozco a todas y cada una de las buenas gentes que viven en el pueblo, y todos y cada uno de ellos me conocen a mí y me respetan.

—Ni todos son buenos, ni te conocen, querida Gretchen...

La mujer guardó silencio. Rick llevaba razón. Se sumió en sus pensamientos.

—La guerra es una locura —continuó la anciana—. Cuando pertenecí al partido, creí realmente en la superioridad de

nuestra raza, pero luego maldije todas nuestras creencias. En la guerra no hay vencedores. Durante años he visto la guerra mediática intentando demonizar o justificar las acciones nazis, alabando sus virtudes, negando sus demonios. Nadie lleva razón. El ser humano es un animal terrible, maléfico por naturaleza.

—Sí, sí que está predispuesto al mal, no te lo voy a negar. Muchas veces solo les hace falta un empujoncito...

—Yo he cambiado. Necesitaba hacer las paces conmigo misma, pagar por mi colaboración en uno de los bandos durante la guerra. He intentado eliminar cualquier rastro de mal en mi interior. Todo el mundo en el pueblo me quiere, y yo quiero a todo el mundo.

—¿Incluso a esa panchita, Betty?

—¡Oh! ¡No la llames así! —Maddie estaba escandalizada.

—¿Recuerdas que te dije que, algún día, me cobraría el haberte salvado la vida?

La anciana tosió, incómoda.

—Tengo suficiente dinero para...

—¿Dinero? —Rick soltó una carcajada

—. No quiero tu dinero. El dinero no me hace disfrutar. El mal... ¡Oh, sí, querida Gretchen, el mal es la melodía que me anima! El mal es el pan, y el dolor es la miel con la que me alimento.

El Núcleo

Nota del autor:

“ TIEMPO:...entonces tuvo la oportunidad de

volver a vivir su propia vida. Cometió los mismos errores: no había aprendido nada”.

¿Quién no teme al tiempo? ¿Has mirado últimamente, querido lector, las fotos que atesoramos gracias a la tecnología actual? ¿Has visto cómo tu pelo mengua, tu piel se marchita, los amigos se van...? El tiempo es el enemigo por antonomasia de la vida, y ay de aquél que no tema al tiempo, porque su transcurso le cogerá de improviso. Hay que tenerle miedo al tiempo, pues va de la mano de la muerte. El tiempo oculta mucho más. Su transcurso es el paso de una habitación a otra más vieja y polvorienta, pero sin la posibilidad de volver atrás. El tiempo tiene el capricho de obligarnos a avanzar. Lo contrario sería una aberración, ¿no crees, querido lector? Ahora imagina un futuro apocalíptico en el que la sociedad está dividida en dos clases: una clase poderosa, que vive rodeada de lujos en el interior de unas ciudades cúpula que protege a sus ciudadanos de la gravísima contaminación ambiental, y otra, los desheredados, que malviven en puebluchos ruinosos sufriendo hambrunas y necesidades. Trillado, ¿verdad? No te presento el siguiente relato por su originalidad de base, no soy tan necio, pero te invito a que descubras

por ti mismo, de manos de sus protagonistas, de los androides Quimera, capaces de reproducirse, y de los Omega, máquinas de combate, cuán peligroso puede ser el tiempo. Al final del relato reflexiona e intenta no caer en la desesperanza. ¿Quién puede asegurar que lo que ocurre en el relato no pasa en tu propia existencia?

UNO: LOS TRES NOBLES

—¿Ves algo, Número Uno?

El Noble de tamaño descomunal rodeó el artilugio.

No caminaba. Hacía tiempo que había perdido la

capacidad de trasladarse por sus propios medios. Un

sillón adaptado a su volumen y provisto de

propulsores posibilitaba su movilidad.

—Algo, aunque no claro —respondió sin disimular

su preocupación.

—¿Preparo el dispositivo... por si acaso? —

preguntó Número Tres.

—Sí —respondió Número Dos ante el silencio de su colega.

—¿Asumiremos las consecuencias?

—Siempre lo hacemos. Tras la alteración, el beneficio es mayor que el perjuicio. Podemos

permitirnos más bosques Msitu.

Los ojillos de Número Tres brillaron. Colocó las

palmas de las manos sobre la materia inteligente. Un

fulgor azulado anunció que la secuencia

de inicio

había comenzado.

Aquella tarde, la planta más alta de la Torre Gaia

Zero se convirtió en un antro de perversión. Una

legión de androides Quimera, los últimos existentes

en Gaia One, satisficieron durante horas los instintos

más bajos de los Tres Nobles, cuya lascivia era cada

vez más difícil de aplacar. Habían sido previamente

esterilizados para evitar su procreación, mediante la extracción de sus úteros. A

pesar de que había machos y hembras entre ellos, nadie podría decir a qué

género pertenecían, ni los androides, ni los Tres Nobles.

DOS: ÚRSUS PACE

Me llamo Úrsus. Soy comandante en jefe de las fuerzas de élite de Gaia One. En mi papel como principal protector de la ciudad, estoy autorizado por el Gobierno para tomar decisiones de vital importancia por mor de la supervivencia de nuestra sociedad. Es mi obligación, mi sino. Cuando fui nombrado comandante, prometí cumplir mi cometido hasta las últimas consecuencias.

Decisiones: conjunto de actos u omisiones ante un escenario que derivan en distintas consecuencias. Definición libre, por supuesto.

Debí tomar la decisión correcta cuando Ányel me instó a que disparase contra la turba desde el helicóptero.

—¡Matemos a esa chusma! — exclamó elevando la voz sobre el rumor de los motores del transporte y sobre la letanía cadenciosa de la lluvia. No fui capaz de hacerlo.

Aquella muchedumbre hambrienta se había unido para hacernos frente. Ni siquiera la línea de Omegas que se interponía entre ellos y la ciudad lograba hacer mella en el arrojio que demostraban.

—Estrangularé con mis propias manos a quien abra fuego —repliqué con calma. Ányel compuso una mueca de fastidio.

—¡Soy Úrsus Pace! —grité a través del megáfono—. ¡Sabéis que podéis confiar en mí! ¡Entregadme a Zeta Erión y nos marcharemos sin haceros daño! — Una sucesión de murmullos barrió la turba. Siempre había sido un hombre justo. En más de una ocasión había mediado entre las autoridades de Gaia One y los poblados marginales que la rodeaban.

—¡Yo soy Zeta Erión! ¡Si dejas ir en paz a los demás, me entregaré pacíficamente! —Un joven desgarrado se adelantó a la multitud. Muchos protestaron. No querían entregarnos a uno de los suyos, pero el chico les calmó con un ademán. Ignoro qué tenía ese joven para que el Gobierno enviara

al ejército a darle caza...

Probabilidades... El Universo es como un océano infinito y eterno. El océano se derrama en una enorme regadera llena de agujeros. El agua se precipita sobre la tierra. La tierra la absorbe en decenas de pequeños hilillos que se secan. Uno logra llegar a la corriente del subsuelo. La corriente es la realidad que conocemos. Múltiples posibilidades que se filtran hasta quedar una, producto del azar... y de las decisiones. Interpretación libre de una conversación mantenida con los Tres Nobles.

Esculté al joven Zeta hasta la cúpula que corona Gaia One. Me encontraba

nervioso, pues jamás había accedido a aquella parte de la torre. Debía de ser una circunstancia muy especial. El joven miró extasiado el exterior: acostumbrado a vivir a ras de suelo, las alturas debían de impresionarle sobremanera. Bajo él, las nubes formaban un manto que se extendía en todas direcciones. Más allá, se adivinaban las ciudades cúpula que rodeaban la torre conocida como Gaia Zero, el centro administrativo de Gaia One.

Los Tres Nobles esperaban al muchacho. Había oído hablar mil veces de los Tres Nobles. Eran los dueños de las corporaciones más importantes y, por tanto, los tres ciudadanos más

poderosos de Gaia One. Conformaban el gobierno local. Había oído hablar mil veces de ellos, pero era la primera vez que los veía en persona. ¿Serían ciertos los rumores que aseguraban una longevidad, digamos, obscena para lo que no eran más que humanos? ¿Sería verdad que los Nobles eran tan antiguos como la propia Gaia One y que su poder tenía origen en el uso de medios poco ortodoxos, más cercanos a artes desconocidas que a la tecnología humana? Contaba con los dedos de la mano las ocasiones en que los Tres Nobles habían llamado a su presencia a un detenido, y esta era la primera vez, además, que habían requerido que permaneciera en la audiencia el propio

comandante. Se presentaron como Número Uno, Número Dos y Número Tres.

—Muéstranos qué tienes, Zeta — dijo Número Tres. Sus ojos quedaban ocultos bajo un pliegue de carne que descansaba sobre su nariz desde una cabeza prominente, desproporcionada con respecto a su diminuto cuerpo.

El chico intentó hablar, pero el Noble Número Uno, grande como un elefante, le interrumpió desde su asiento volador.

—No perdamos el tiempo con discusiones banales. Saca la lista — ordenó al chico.

—No sé de qué me hablan...

Su chaqueta andrajosa se partió de

súbito. De su interior cayó un trozo de papel doblado. ¡Papel! Quedé perplejo ante la visión de un material que había quedado en desuso hacía años. Zeta también estaba sorprendido. El tercer Noble, Número Dos, que alguna vez hubo de ser una mujer por sus facciones suaves y su pecho voluptuoso, movió de nuevo su mano y, el papel, voló hacia ella.

—¡Tienes los nombres! —afirmó con voz de rata—. ¿Cómo los conseguiste?

—Gracias a Asimov...

—¿Quién es Asimov? —preguntó Número Tres elevando el pliegue de carne y mostrando unos ojillos lechosos.

—Isaac Asimov. Es su IA, su Inteligencia Artificial. Divertido juego

de palabras... —respondió el gigante volando con su asiento hasta nosotros. Percibí con desagrado el hedor que despedía su corpachón.

Por mi parte me sentía incómodo, aunque no podía abandonar la sala hasta que los Nobles me permitieran hacerlo. Debía proteger a los Nobles de cualquier intento de agresión por parte del detenido.

—Tiene algo más... —el gigantesco Noble observaba perplejo a Zeta, que le sostenía la mirada sin pizca de vacilación.

—¿Lo has visto? —rió el muchacho.

—¡Detenlo!

El Noble con voz de rata parecía histérico, pero yo ignoraba el motivo.

Cuando logré reaccionar y me giré hacia Zeta para reducirlo, el muchacho comenzó a sangrar por todos los poros de su piel. Reía mientras sangraba: algo microscópico surgía de su interior atravesando su piel y colmando su cuerpo de diminutos agujeros por donde se le escapaba la vida. En pocos segundos, Zeta quedó reducido a un montón de carne sanguinolenta.

—¡Nanobots! ¡Sellen Gaia Zero! — chilló colérico Número Tres.

Di la voz de alarma y corrí por el pasillo hacia el centro de seguridad de la torre...

¿Cuánto tiempo habrían estado recuperando viejos robots, pilas

nucleares casi agotadas, munición supuestamente defectuosa y otros tantos componentes tecnológicos obsoletos para Gaia One? No se me ocurría otra manera de que hubieran conseguido ese arsenal.

Mientras descendía por los niveles de Gaia Zero, me comunicaba con el centro de control de la ciudad.

—¡Deben localizar una nube de nanobots! — pensé, y mis pensamientos se tradujeron en palabras gracias a mi intercomunicador implantado directamente en el tímpano y conectado al cerebro.

—Negativo —respondió el operador—. La nube se ha difuminado; pueden estar en cualquier parte. —¡Sellen todas las

entradas, y preparen los equipos de defensa!

Inmediatamente, la ciudad fue un hervidero de soldados armados hasta los dientes, y de robots de combate que se dirigieron a los principales accesos de la torre. No obstante, fue demasiado tarde.

Una alarma silenciosa inundó Gaia One con su intermitente tonalidad carmesí. Las defensas habían caído.

—¿Qué demonios ocurre? —quise saber.

—¡Señor, el sistema central de energía ha sido destruido! ¡La maquinaria se ha fundido como si hubiera sido bañada con ácido!

Era evidente que los nanobots que Zeta

portaba en su interior habían devorado la materia, actuado como un disolvente. No sólo los sistemas de blindaje quedaron inutilizados, sino que la energía que recibían los Omega había sido interrumpida. No teníamos robots de combate.

—¡Movilicen a todos los androides, da igual de qué clase sean! ¡Entregadles armas y apostadlos en las entradas...! —

Una explosión interrumpió mis instrucciones. Llegué a los elevadores, pero no funcionaban. El sistema de energía alternativa también había sido destruido por la nube de nanobots.

—¡Pero señor, será inútil! ¡Las tres leyes...!

—¡Conozco de sobra las tres leyes! ¡Al

menos servirán de parapeto ante el enemigo!

Furioso ante las objeciones de mis hombres, llegué a las escaleras y accedí a un mirador exterior. Un miedo inenarrable me recorrió el cuerpo de arriba abajo. Hasta donde alcanzaba la vista, un auténtico ejército de cientos de miles de personas rodeaba Gaia One. Amplié la imagen gracias a los implantes robóticos de mis ojos: la muchedumbre portaba armas de todo tipo, algunas toscas de fabricación casera, como tuberías preparadas a modo de lanzacohetes, o granadas a base de cajas metálicas de la que pendían mechas, de seguro rellenas de pólvora, tornillos y puntillas; otras armas habían

sido recuperadas de los vertederos y reparadas, como lanzadores laser, e incluso alguna tecnoarmadura de combate. Sobre sus cabezas se elevaron algunos viejos helicópteros...

¿Cómo habían podido preparar todo aquello ante nuestras narices? Era tanto el menosprecio que sentíamos por aquellas pobres gentes que no nos importaba utilizar sus tierras como basureros de Gaia One. Además, nuestra petulancia había abonado durante siglos lo que ahora se revelaba como una falsa seguridad. La combinación de ambas nos había llevado hasta esta situación. Los teníamos encima, y un ejército de desarrapados hambrientos y desesperados podía ser muy peligroso...

Algunas ciudades cúpulas resistían a los invasores, aunque las cúpulas de otras se resquebrajaban, incapaces de soportar más impactos de las armas pesadas del enemigo. Las que más oposición presentaban, acababan siendo invadidas desde el subsuelo, pues los rebeldes aprovechaban la interconexión entre ellas e irrumpían en su interior a través de los túneles maglev. Desde aquella posición localicé Bioyvallie. Mi hogar. El hogar de mi esposa y de mis hijos. Apreté los puños. Lancé un alarido al aire. Las lágrimas escaparon de mis ojos. La ciudad Bioyvallie no era más que una gran pira humeante.

El combate fue cruel.

Se alargó tres días con sus tres noches, en las que la falta de energía condenó a Gaia One al abrazo de las sombras. Al cabo, decenas de miles de muertos alfombraban la ciudad.

Llamé al intercomunicador de mi esposa y de mis hijos decenas de veces. Todas fueron inútiles. Si no había nadie al otro lado, solo podía significar una cosa...

Repelí a los intrusos con las energías renovadas que me proporcionó la rabia instalada en mi corazón. Me hice cargo de la dirección de las defensas y luchamos con fiereza, pero dependíamos demasiado de nuestra tecnología. Nos ganaban en número de diez a uno. Intentamos por todos los

medios reparar los sistemas de energía, pero carecíamos de algunas piezas indispensables. Cada vez que fletábamos un transporte aéreo para escapar de la ciudad, el enemigo lo derribaba con las mismas armas que robaban a los cadáveres. Muchos androides lucharon con denuedo por sus amos, pero otros se unieron al invasor bajo la promesa de libertad que les hicieron.

Me sentía culpable. Yo mismo había introducido en Gaia One al portador del apocalipsis. Yo mismo había llevado ante nuestros dioses al caballo de Troya. Yo había matado a mi familia.

Replegué los últimos efectivos hasta la Torre Gaia Zero y, acosados por el

enemigo, ascendimos hasta los últimos niveles.

Atrás dejábamos un tsunami que había arrasado gran parte de las ciudades cúpula: saqueos, asesinatos, incendios... Gaia One estaba destruida.

Cuatro de mis soldados cayeron, alcanzados por sendos proyectiles. Uno de ellos, Ányel, murió en mis brazos, lanzándome una mirada acusadora que me revolvió el estómago. Las palabras que no había pronunciado eran ciertas...

Logré llegar al nivel donde se reunían los Nobles. Sabía que no podía protegerlos, pero moriría por cumplir con mi deber de comandante.

—Puedes hacerlo —dijo Número Tres. Me giré y los iluminé con mi

linterna. Sentí una arcada. Muy poco quedaba de los Tres Nobles que conocí hacía algunos días. Habían quedado reducidos a trozos de carne macilenta con un par de ojillos y una boca deforme. Lograba distinguirlos entre sí por su tamaño. Eran incapaces de moverse.

—¿Qué se supone que puedo hacer? Os he fallado. He fallado a la ciudad y a mí mismo —repliqué, compungido. Caí de rodillas, aceptando la derrota, recordando a mi familia.

—Aún no está todo perdido —gorgoteó Número Dos—. La lista... —Una especie de tentáculo surgió de la masa de carne y señaló hacia el suelo: sobre él reposaba el trozo de papel que

Zeta había traído consigo.

Me acerqué y lo cogí con cuidado. No me fiaba de lo que pudiera contener... ¿otra trampa?

Desplegué el papel: un listado de nombres. Sabía de quiénes se trataba: muchos de ellos eran importantes personalidades, no solo de Gaia One, sino también de otras grandes ciudades situadas a lo largo y ancho del planeta. Otros nombres no me sonaban de nada, pero algunos de sus apellidos estaban relacionados con esas personalidades importantes y con otras que no aparecían en el listado. Familiares, evidentemente.

—¿Qué significa esto?

—Regresados... —dijo Número Uno, convertido en una masa de carne

gigantesca.

—¿Regresados? —no entendía.

—De la muerte. Y por sumas de dinero nada desdeñables, debo añadir.

Las tres aberraciones prorrumpieron en ahogadas risitas.

—¿Cómo es posible? No existe tecnología humana...

—Pero sí extraterrestre —atajó Número Tres—. En los albores de Gaia One, cuando aún no éramos capaces de imaginar la importancia que tendría esta ciudad en la historia de la humanidad, la primera compañía que fundé y que se encargó de establecer los cimientos de Gaia Zero encontró algo a muchos kilómetros en el subsuelo. Algo, una tecnología que nos permitiría

desarrollar la actual Gaia One y que haría posible su permanencia en el tiempo.

—No sé a qué os referís...

Un fuerte estruendo me interrumpió. El ejército enemigo había entrado en la torre Gaia Zero y se aproximaba a nuestra posición.

—Úrsus, ¿sabes en cuántas ocasiones hemos estado a punto de desaparecer, cuántas veces la historia de Gaia One fue susceptible de finalizar? ¡Decenas de veces! Gracias a la tecnología hallada hace siglos, seguimos perdurando... Gracias a esa tecnología pudimos fabricar el Núcleo de Gaia Zero.

—El Universo no es más que una caja

que contiene todas las posibilidades, todos los pasados, presentes y futuros posibles. El ser humano vive en una de esas posibilidades, fruto del azar y de las decisiones. Es como una corriente de agua que escapa de un océano infinito. Pero la tecnología que hallamos por casualidad nos permite navegar por cualquiera de esas corrientes a nuestra elección.

—Se ha utilizado pocas veces. Es peligroso, pero necesario. Lo natural es aceptar los cambios, adaptarnos a la corriente marcada por el destino. El instinto de supervivencia de nuestra civilización nos impone alterar ese curso natural.

—¿Por qué no lo hacéis vosotros

mismos? — repliqué.

—Estamos condicionados por Gaia Zero. Gaia Zero y nosotros, nosotros y Gaia Zero, somos la misma esencia. Sin la energía de la torre no somos posibles. Nos morimos, Úrsus, y con nosotros toda nuestra civilización. Debes impedirlo para que no cunda la anarquía. Tu negligencia ha permitido que la ciudad caiga. ¿Cuántas muertes de inocentes podrían haberse evitado? ¿Dejarás el futuro de la humanidad en manos de la chusma que está ahí fuera? Llevaban razón. Yo había traído a Zeta Erión hasta nosotros. No había sido capaz de evitar la invasión de Gaia One. —¿Cómo puedo hacerlo?

—Algunos de esos magnates de la lista

murieron en distintas circunstancias. Sus familias pagaron grandes fortunas a nuestra compañía para que los «regresáramos». Un familiar superviviente que acompañara en el vehículo al fallecido, la última persona que lo viera con vida... ese es el medio para traerlo de vuelta. Esa persona se conecta al Núcleo y modifica las posibilidades. Toma una decisión que cambia el futuro del difunto. No le permite tomar el vehículo. Le facilita otro medio de transporte, o no le deja ir a cenar esa noche... cualquier cambio sutil que evite el fatal desenlace de su historia vital.

—¿Qué hecho ha permitido que lleguemos a este punto histórico, Úrsus?

—Traje a Zeta Erión hasta vosotros.

—Correcto.

—No lo traeré.

—No es suficiente...

TRES: ZETA ERIÓN

Raro era el día en que no subía a la colina para contemplar en la lejanía el neblinoso perfil de Gaia Zero, sobresaliendo enhiesta muchos metros por encima de las ciudades que la rodeaban. Raro era el día en que mis ojos no anhelaban desentrañar sus misterios y comprender el motivo por el que las gentes que cobijaba engordaran día tras día mientras los niños de nuestros poblados morían con el pellejo pegado a sus huesos.

Asimov arrojó nuevos datos. Había

logrado derribar las barreras virtuales de Gaia Zero y llegar a lo más profundo de su cerebro.

Los duendes de Sombra aparecieron en mi chabola, hará algunos años. Estaban interesados en la lista.

—Los Nobles juegan con la vida y la muerte — dijo uno de ellos.

—Los Nobles juegan con el tiempo, con la historia... los nobles juegan con ventaja.

—Debemos impedirlo.

Fue el principio de una revolución. Los desheredados, la población relegada a una vida de miseria, a soportar las enfermedades que provocaba la contaminación, a aguantar el hambre, la sed, el calor asfixiante... miles de

personas que malvivíamos fuera de los muros de Gaia One mientras los gaianos disfrutaban de una vida colmada de placeres, habíamos llegado a tal punto de sufrimiento que no estábamos dispuestos a tolerar por más tiempo las desigualdades. Contacté con líderes de los poblados que compartían con nosotros la misma vida de suplicios a la que nos condenaba Gaia One, y les conté mi plan. Algunos escépticos se burlaron, pero otros creyeron la historia de los duendes. Al final todos, unos y otros, con mayor o menor fe, se unieron a la causa.

Lo hicimos ante sus propias narices.

Los poblados marginales nos nutrimos de los desperdicios de Gaia One.

Gigantescas naves transportan diariamente los desechos de la ciudad y los depositan en interminables vertederos que contaminan cientos de kilómetros a la redonda lejos de Gaia One, junto a nuestras ciudades. No les importan nuestras vidas. Las autoridades de la ciudad no ignoran que muchos de nosotros traficamos con material recuperado de los vertederos y que reparamos como podemos, objetos inofensivos que nos confiscan en redadas periódicas. Gracias a ese material pude desarrollar la IA que bauticé como Asimov. Esta vez, ante la posibilidad de nuevas redadas, y para evitar que la rebelión fracasase antes de empezar, escondimos el material de

guerra en un complejo subterráneo que excavamos durante más de tres años.

Así fabricamos nuestras propias armas. Sabíamos que, por muy numerosos que fuéramos, nada podríamos hacer frente a la tecnología bélica de Gaia One. Lo más difícil de salvar eran sus defensas. Aunque estuviéramos preparados para hacer frente a un ejército al completo, chocaríamos una y otra vez contra el blindaje que rodea la ciudad. Seríamos una mosca intentando atravesar un cristal.

Cuando la desesperación era patente entre los mandos que dirigirían el ataque, cada vez menos confiados en el éxito del plan, la solución llegó en forma de dos androides: Ray B y John

W, dos robots clase Delta que habían escapado del yugo de Gaia One. No solo nos ofrecieron su colaboración y nos mostraron planos de situación de accesos y detalles importantes de los sistemas de defensa, sino que encontraron la manera de entrar en la ciudad.

En el complejo subterráneo donde acumulábamos las armas había una zona en la que depositábamos todo el material sin utilidad alguna. Mientras paseaba con ambos androides y les enseñaba las instalaciones, uno de ellos se interesó por uno de esos objetos desechados.

—¿Es lo que creo que es, Ray? — preguntó, visiblemente emocionado.

—¡Lo es, lo es, John! —respondió el otro. Se dirigió a grandes zancadas hasta una de las numerosas estanterías que abarrotaban la sala y agarró un dispositivo oscuro del tamaño de un melón.

—¡Es el útero de un Épsilon!

Examiné aquella cosa, extasiado. Los Épsilon son los robots más difíciles de encontrar. Se dice que podían reproducirse cual humanos y, justo debido a esta capacidad, fueron extinguidos por las autoridades de Gaia One, para evitar el descontrol de la natalidad que podía suponer una procreación incontrolada.

Lo que supuse un objeto inútil era algo muy difícil de encontrar.

Aunque supuestamente hacían falta dos Épsilon para reproducirse, John y Ray aseguraron ser capaces de manipular el útero artificial para lograr la autorreproducción.

—¿Pretendéis crear un ejército de Épsilons que colaboren en la invasión de la ciudad?

Los dos robots cruzaron una mirada de complicidad.

—Tardaríamos años en desarrollar esa idea —negó John—. Pero podríamos obtener miles de embriones, miles de robots en miniatura, nanobots muy útiles si logramos introducirlos en Gaia Zero...

Por tanto el plan inicial cambió drásticamente. Necesitábamos un

voluntario. No podía ser otro que yo mismo. Debía dejarme atrapar. Haría saber al cerebro de Gaia One que poseía la lista con los nombres de los retornados, para atraer su atención sobre mí y forzar mi propia detención.

Cuando acudieron con intención de prenderme, la gente de mi poblado simuló querer impedirlo.

Llovía. Tenía miedo, pero estaba decidido a cumplir mi misión. Si lo que los duendes aseguraban era verdad, el Gobierno de Gaia One poseía una tecnología con la que aplastarían pueblos y civilizaciones en pos de su subsistencia. Quién sabe cuántas veces habían manipulado la realidad para llegar a aquel momento histórico.

El comandante Úrsus era conocido por ser un hombre justo, un hombre noble. Sabía que nada debía temer.

Me adelanté a la muchedumbre. Me ofrecí a mis captores voluntariamente.

CUATRO: ÁNYEL BOSS

Mientras los helicópteros de combate despegaban de los helipuertos de Gaia Zero, y la tropa de Omegas salía de la ciudad, formando varias filas cerradas, Ányel solo pensaba en la succulenta cena que le esperaba aquella noche con Maar, la joven que había conocido en un pub de moda en Neo Brunnen.

Úrsus era considerado un hombre justo. Ányel era más pragmático. Si los insurrectos no deponían las armas y a

Úrsus le daba por pactar, podrían estar horas sobrevolando el límite de la ciudad a la espera del buen término de las negociaciones... ¿Por qué no acabar rápido con el problema? ¿Cuánto valía la vida de aquella gentuza? Para Ányel no valía ni el tiempo que Úrsus dedicaría a tratar con los rebeldes.

Por ello, Ányel sonrió cuando Úrsus apretó el gatillo y voló los sesos del joven que se había identificado como Zeta Erión, mientras recitaba una extraña frase: «la realidad; interpretación libre, por supuesto». Luego, los Omegas abrieron fuego y dispersaron la revuelta.

Nota del autor:

REFLEXIÓN FINAL.

Querido lector:

Si has llegado hasta aquí será bien porque has disfrutado de estos relatos propios de un demente, bien porque no te gusta dejar un libro a medias (que el diablo te lleve).

Espero que no solo hayas podido compartir sentimientos con los desdichados protagonistas de estos cuentos, sino que, además, hayas aprendido algo. Hayas aprendido a ver la verdad en la locura; a que no se puede luchar contra lo invencible; a comprender que nuestros actos se pagan; que la soledad no es tan mala; que la verdad puede ser aterradora; que la culpa puede asfixiarte; a agradecer la paz... y a temer al tiempo.

Espero que volvamos a coincidir ambos, cada uno en su lado de la página. ¡Ah, por cierto! Esta noche no apagues la luz.

Nos vemos en la próxima... si sigues en el mundo de los vivos.

Francisco Palacios

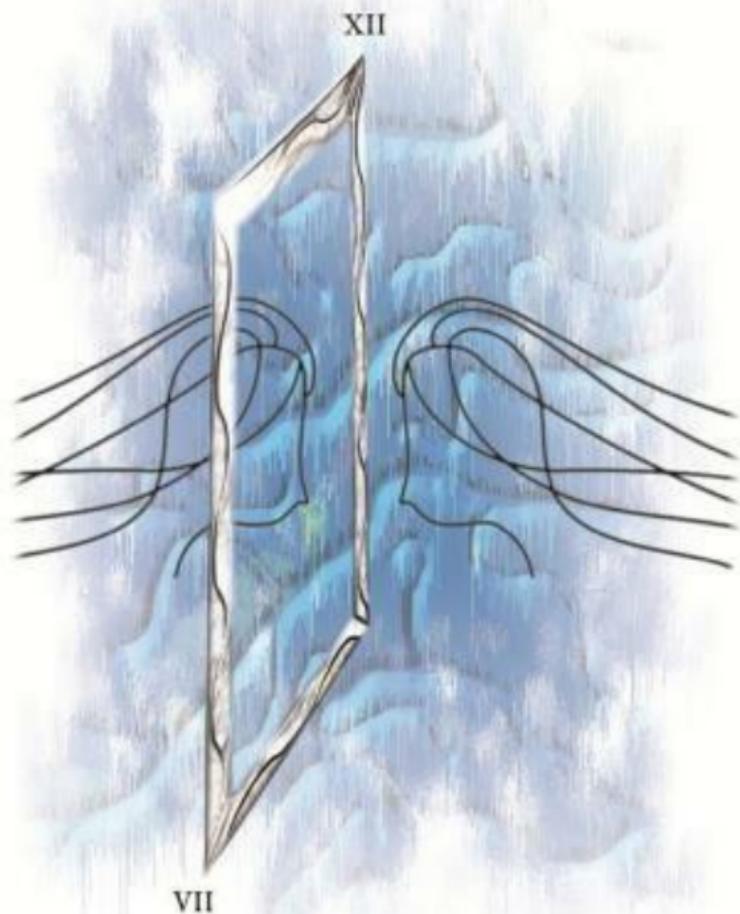
ÍNDICE DE RELATOS

-Mi vida gris, página 13.

- ¡Vampiros!, página 35.
- Camino al infierno, página 47.
- Cancerbero: el gato del infierno, página 65.
- Diana D, página 125.
- Amor artificial, página 165.
- El Juego, página 179.
- El Núcleo, página 223.

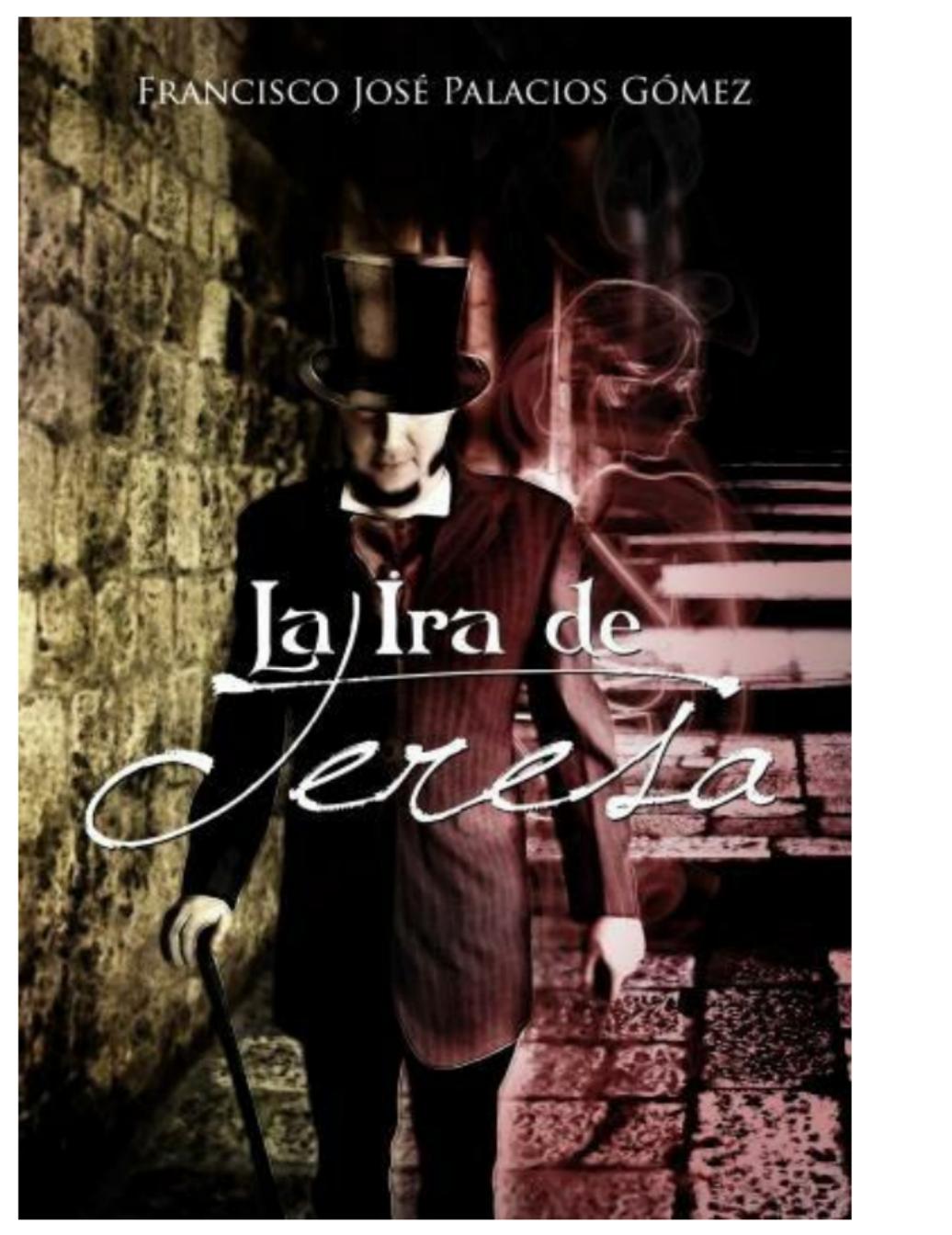
**OTRAS OBRAS PUBLICADAS POR EL AUTOR Y
QUE SE PUEDEN ADQUIRIR EN FORMATO DIGITAL O
EN PAPEL:**

EL ALMA QUE VISTES



Francisco José Palacios Gómez

FRANCISCO JOSÉ PALACIOS GÓMEZ



La Ira de
Teresa

A close-up, vertical shot of a metallic robot's head. The robot has a dark, possibly black or dark blue, metallic finish. On its forehead, the letters 'ROG' are embossed in a stylized, blocky font. The robot's eyes are not visible, but there are two small, glowing white circular lights on either side of its head, just below the forehead. The background is dark and indistinct, with some faint lines suggesting a mechanical or industrial setting. The lighting is dramatic, highlighting the metallic texture and the embossed letters.

FRANCISO PALACIOS

COLOSO, ROBOT DE COMBATE
PRIMERA PARTE